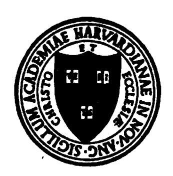



SIGILLUM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV·ANG·
CHRISTO ET ECCLESIAE

LA GUERRA DE CUBA

ESTUDIO MILITAR

POR

G. REPARAZ

CAMINO DEL DESASTRE

(INTRODUCCIÓN.)

Con dos cuadros gráficos del orden de marcha.

MADRID
LA ESPAÑA EDITORIAL
Cruzada, núm. 4.

1896

MADRID.—Est. tip. «Sucesores de Rivadeneyra», Paseo de San Vicente, 20.

AL LECTOR

Publico este libro porque no hay ninguno completo que trate de la guerra de Cuba. Le falta no poco para serlo, pero creo que á los que hay, con ser mejores en muchas partes, les falta más.

He procurado reunir en él la doctrina contenida en las Memorias de los generales que han mandado en la isla; la que encierran los trabajos hasta ahora dados á la estampa por los jefes y oficiales que por haber padecido las fatigas de aquellas campañas las conocen bien y son testigos de gran autoridad en la materia; la que por cartas y de viva voz he adquirido de muchos de los que están en Cuba ó han vuelto hace poco; y lo que más importa saber, para conservar la salud en aquel clima. Con esto creo haber hecho algún servicio á los que van ahora por primera vez, ofreciéndoles juntas

en un breve tomo tantas noticias dispersas en libros diferentes, raros unos, y tan olvidados otros que son como si no se hubieran impreso.

La intención que he tenido ha sido buena. Sirva de disculpa si el libro fuere malo.

***

No faltará quien diga que es duro y amargo. De esto no me reconozco culpable. Es como los tiempos en que lo escribo. Cierto que hubiera sido más cómodo hacer coro á los que, por medrar con las angustias de la Patria, gritan que todo va bien y que debemos seguir como estamos. Y sobre más cómodo más conveniente, por ser ése el camino de los bienaventurados de la política, cosecheros de credenciales y de actas, y, por último, de subsecretarías y carteras.

Ese camino, llano y suave para muchos, es fragosísimo para el que lleva encima el peso de una conciencia, siente las desventuras públicas como propias y prefiere estar quieto á ir á ninguna parte con ayuda ajena y á nada bueno.

Por eso no estoy en la comedia optimista de estos tiempos. Digo la verdad por el gusto de

decirla y de que sirva de lección, y si no me le pudiese dar, de aburrimiento se me caería la pluma de la mano antes de haber escrito una sola página.

Algunos no me entenderán. Tampoco es preciso que me entiendan, porque no escribo para ellos. Escribo para los que sienten como yo, y, como yo, nada esperan. Escribo, sobre todo, para la gente joven del ejército, la que, limpia de las manchas de los pronunciamientos y ansiosa de más puras glorias, derrama en Cuba á torrentes sangre y lágrimas: sangre por España que los mandó á pelear; lágrimas de vergüenza de malos ejemplos.

INTRODUCCIÓN

CAMINO DEL DESASTRE

DE RIEGO Á CASTELAR

La democracia, que desde los comienzos del siglo se nos entró por el Pirineo adelante, vino parlera y copista, así vivió siempre y así continúa su bulliciosa existencia. Y aun trajo y tiene otro pecado mayor, que es el de ser tan ignorante de nuestras cosas (como extranjera, y sobre extranjera francesa), que nunca supo, ni creo que sabe, de la existencia de otra democracia nacida en España muchísimos siglos há, crecida con la nación y de la substancia de ella, y único natural origen de verdaderas libertades y de Gobiernos apropiados á nuestras tradiciones, á las costumbres por estas formadas y á nuestro carácter. Esta democracia española no murió del todo, porque se halla de tal suerte arraigada en las entrañas del cuerpo nacional que habría que arrancarlas para que saliera con ellas; pero ha venido á tan profundo letargo que está como muerta, y la otra, la postiza, la extranjera, triunfa y gobierna, gozando

satisfecha las dulzuras del poder y recreándose en las hazañas de sus hijos predilectos, el Sufragio universal y el Jurado.

Entre muchos nos trajeron de fuera este regalo, y sería obra entretenida y de gran enseñanza escribir la historia de tal empresa; mas para lo que en este libro me propongo bastará un breve compendio escrito al correr de la pluma por un español no liberal, ni conservador, ni republicano, ni carlista, enemigo de pocos y amigo de nadie, sino es de la verdad, á la que ama sobre todo, el cual, desde que tiene uso de razón, llora los males de la Patria sin fundada esperanza de verlos remediados.

Este resumen enseñará al que lo leyere el camino por donde hemos venido á dar en las desdichas que nos afligen.

*
* *

Introdujeron los Borbones en España la semilla revolucionaria, que, pasando á América, germinó en poco tiempo con el abono de las Cortes de Cádiz, en las que el filibusterismo inconsciente de los más cándidos legisladores que han visto los siglos fué causa muy principal de la pérdida del gran imperio que tan trabajosamente habían fundado nuestros padres. Potente ya el alzamiento años después, y mermados los ejércitos leales por falta de socorro, quiso el rey Fernando VII enviar el que le pareció suficiente, y mandó que se reuniese en Cádiz. Los generales que peleaban en el Nuevo Mundo pedíanle con

apremiantes instancias que les mandase soldados con que continuar la guerra, y Morillo le escribía una larga y triste carta en la que resumía la situación militar en Venezuela y Nueva Granada en esta elocuente frase: «*Mi ejército es un esqueleto.*»

A fines de 1819 había en Cádiz y sus alrededores más de 20.000 hombres. Los rebeldes americanos temían mucho la llegada de aquel considerable refuerzo, y propusiéronse impedir que saliera. Juntaron dinero, mandáronlo á la Península, rodó por las logias, sobre todo por las gaditanas y malagueñas, y al fin consiguieron lo que tanto deseaban. Los días 1 y 2 de Enero subleváronse Riego, Quiroga, Roten y otros jefes al grito de *¡Viva la Constitución!* Prendieron al general, y comenzaron á hacer desatinos y á dar muestras de la mayor ineptitud militar. En las tres primeras semanas no hicieron más que saquear el arsenal de la Carraca, con lo que favorecían, según estaban obligados, á los separatistas, pues dificultaban los aprestos de una nueva armada. Cerca de un mes después salió Riego camino de Algeciras con 1.600 hombres y el propósito de ganar la plaza. No la ganó, marchó con su gente hacia Córdoba, recorrió buena parte de Andalucía, y era tan incapaz de mandar que, aunque poco y mal perseguido, quedó solo, teniendo que esconderse en Sierra Morena. A su compañero Quiroga, tan inútil como él, no le iba mucho mejor, pues el general Freire, jefe de las fuerzas leales, le tenía bastante apretado. El dinero americano los sacó del mal paso en que estaban, porque en la Coruña, el Ferrol y otros sitios se alzaron las tropas.

Por último, el conde de La Bisbal, á quien Fernando VII diera el mando del ejército que había de castigar á los revoltosos, se sublevó también. Él propio había solicitado el cargo, ofreciendo al Rey que haría en los rebeldes un gran escarmiento. Aquel bribón coronado que vivía de engañar y mentir, fué engañado por todos. El gasto de estos engaños mutuos le hizo España. No hubo más remedio que proclamar la Constitución; Riego pasó en breves días de comandante á general, y no fué á América. Lo propio logró Quiroga. Los nombres de ambos están en el Salón de Sesiones del Congreso, sin duda para que, vista la honra que reciben, se animen otros á imitarles.

Los que allende del mar peleaban por España, quedaron abandonados. Liberales y absolutistas no se acordaron de América, y tanto se les daba de que se perdiese como de que se ganase. Los americanos rebeldes esperaron siempre que la anarquía española les daría el triunfo, y su principal cuidado fué sostenerla y avivarla. Las Cortes del 20 al 23, tan desatinadas y filibusteras como se deja considerar, habiendo nacido del pronunciamiento de un ejército sin pundonor que se sublevó por dinero y ascensos para no ir á la guerra, ayudaron poderosamente á los enemigos de España.

Hervían los tumultos y revueltas, y más aún los discursos de los revolucionarios copistas de los franceses del 93, gente tan expedita de lengua como lo era de pies cuando salían las tropas de los cuarteles á restablecer el orden. Barcelona, Zaragoza, Cádiz, Valencia, Granada, Málaga, y no sé cuántas otras

poblaciones grandes y pequeñas, estaban á merced de los alborotadores. Los que han conocido el año 73, podrán imaginar lo que fué el año 22. ¿Y las Cortes? Deliberaban sin cesar. Diputado hubo en ellas que, luégo de cumplir su cometido de revolver la política peninsular de modo que en muchos años no nos pudiéramos entender, se volvió á Buenos Aires, donde pasó el resto de sus días dándose buena vida y riéndose de nuestra simpleza. Flores Estrada defendió en las Cortes el derecho del pueblo al motín y al asesinato; doctrina increíble, pero que en aquellas circunstancias servía muy bien á los enemigos de la Patria, y era cosa natural en el que años antes escribía cartas á los jefes rebeldes, al mismo tiempo que enviaba á España hojas impresas llamando á los españoles á las armas en nombre de la libertad. Otro diputado (González Alonso) dió no poco que hablar proponiendo que los criados de palacio no llevasen escarapelas en los sombreros. En cierta sesión famosa diéronse de bofetones y patadas diputados y ministros. Al grito de *¡Viva Riego!* quisieron un día las turbas asesinar á Toreno y á Martínez de la Rosa al salir de las Cortes.

El 16 de Marzo de 1823 llegó á Madrid, de paso para Zaragoza, el segundo batallón de Asturias; el de las Cabezas de San Juan. Gran muchedumbre fué á recibirle á la puerta de San Vicente. Bajaron también comisiones de todos los cuerpos de la guarnición. Acompañáronle con músicas y ruidosos vivas hasta el palacio de las Cortes, donde formó. Salió á su encuentro una Comisión de diputados, la cual volvió al salón acompañada del comandante de Asturias y de

un individuo por clase. Colocáronse éstos en la barra, donde el presidente les dió un ejemplar de la Constitución, con encargo de que le guardasen y leyesen todos los 16 de Marzo, día de aquella admirable y nunca vista ceremonia. El Ministro de la Guerra envió para enseña un leoncillo de bronce, y ambos objetos, Constitución y leoncillo, los entregó el vicepresidente (un tal Salvato), con gran ceremonia, al comandante. Éste desciñóse el sable y entregóselo á Salvato, diciendo que «era el mismo que Riego había desenvainado en las Cabezas de San Juan al grito de *¡Viva la libertad!*, y que con sumo gusto le entregaba á las Cortes para que le guardasen». Quedaron muy contentos los diputados de la posesión de aquella noble reliquia, y pidieron que se colocase en el sitio más principal del salón de sesiones y que estuviese allí como trofeo de la Nación; pero otros propusieron que se devolviese á Riego (á la sazón presidente de las Cortes) para que con él defendiese la libertad, y que después de su muerte pasase á la Real Armería.

Entretanto, nuestros últimos soldados peleaban en América como leones; pero faltos de todo, caían vencidos por San Martín en Maypó, por Bolívar en Carabobo, y poco después por Sucre en Ayacucho (1825). Perdimos las Floridas, perdimos Méjico, el Perú; lo perdimos todo, incluso la honra.

El sable de Riego no nos salvó de la desmembración, ni á su dueño del patíbulo.

* * *

La revolución siguió á pesar de Fernando VII, digno Rey de tal pueblo. De la lectura de los libros franceses habían salido y seguían saliendo historiadores, filósofos y políticos tan impuestos de las verdaderas Historia, Filosofía y Política, como los generales de los pronunciamientos y contiendas civiles en el arte de la guerra; gente toda ella de mucho ruido y pocas nueces, pero declarada, por la propia vanidad y la extranjera cultura de que se hallaba repleta, salvadora y regeneradora de la atrasada y degenerada España. El estado infantil de la Nación favorecía á las nuevas ideas, á lo que se añadía el poco valer de los que se decían defensores de la tradición, los cuales estaban tan apartados de lo castizo que declaraban ser mejor el derecho de los varones al Trono que el de las hembras, extraña doctrina en esta tierra en que han reinado Petronila de Aragón, Urraca de Castilla é Isabel la Católica.

Vino la guerra civil, y duró siete años porque ninguno de los dos bandos sabía vencer. Venció el cansancio, y la paz, por mal hecha, fué tregua. Mientras volvía á encomendarse á las armas el fallo del litigio siguiéronle ambas partes en libros y periódicos, y con mayores esperanzas en los pasillos y antesalas de los palacios de sus Príncipes.

Á Proudhon y á los demás prohombres de la revolución del 48 les salieron en España muchos discípulos. El 54 tuvo ciertos asomos de revolución á la francesa. No se atrevieron los revolucionarios con la Reina, pero sí con su madre. Pudo ésta escapar, contentándose los terroristas de acá con nombrar una Comisión, que se quejó de la fuga á Espartero. Algu-

nos vocearon en las calles. No hubo prisión en Varennes. La imitación del 93 quedó en parodia, natural consecuencia de ser el uno hijo de una conmoción social, y la otra producto de una inundación de retórica.

En aquellas Cortes votaron contra la Reina 21 diputados. Uno de los que con mayores bríos la defendieron fué Prim, el cual dijo: «Yo soy lo que he sido siempre: monárquico constitucional, que quiero á la Reina D.ª Isabel II como la he querido siempre, y como la he defendido siempre en el campo de batalla y en la tribuna. En el campo de batalla me encontrarán por desdicha suya los que quieran atacarla; y si fuese posible que vencieran, no sería yo quien les pidiera tregua, gracia ni cuartel. Tomad acta de estas palabras, por si llega el día en que se rompa el fuego entre nosotros.»

Luego la destronó, y en aquel mismo Salón de Sesiones juró que los Borbones no volverían á reinar *¡jamás! ¡jamás!* y *¡jamás!* Así eran todos aquellos parlanchines sin substancia. Así son los de ahora.

En las Cortes y en los clubs hablóse largo y tendido de todas las cosas humanas, y también de las divinas. Había que hacer una nueva Constitución, pues se conoció por muy diversas señales que ninguna de las anteriores servía, y lo que principalmente había que averiguar era si habría ó no habría libertad religiosa. Tras esto venía el grave problema de la desamortización, y luégo otros muchísimos, bastante cada uno de ellos (sin contar los que por disparatados no merecieron atención alguna) para dar que pensar á media docena de generaciones. La del

54 no quería dejar nada que hacer á las siguientes, y propúsose labrar la dicha de España en fuerza de leyes y decretos. Orense andaba predicando de pueblo en pueblo la gran gollería del *Gobierno bueno y barato*, y con él otros muchos demócratas enseñaban utopías semejantes.

Entonces llegó el tiempo de Castelar, y entonces vino. Habló en el Real; y conociendo todos que era el verbo democrático enviado por Dios, le aclamaron y llevaron en hombros á su casa. Los periódicos de la comunión naciente le abrieron de par en par las puertas. Fué redactor de *La Soberanía Nacional*, luégo de *La Discusión*, y, por último, fundó *La Democracia* (1.º de Enero de 1864). Desde el 58 era catedrático de Historia en la Universidad Central. No sabiendo explicarla, púsola en música, y gustó mucho á la buena gente de entonces.

Pi, Rivero, Orense, Figueras, Sixto Cámara, García Ruiz, Chao y Martos eran apóstoles del mismo credo que Castelar; pero pronto se sobrepuso éste á todos con su artículo titulado *El Rasgo*, trozo de literatura política muy del gusto de aquellos tiempos, y que levantó los ánimos, no sin razón, contra el Gobierno, el cual, para castigar al autor, determinó quitarle la cátedra de Historia que en la Universidad tenía, sin dar tiempo á que se acabase el expediente que se le había formado. Negóse á ello el rector, Sr. Montalbán; quitóle el Gobierno, y nombró en su lugar al Marqués de Zafra. Alborotáronse los estudiantes, muy aficionados entonces, por lo visto, á la historia lírica, y de aquí vinieron los sucesos de la noche de San Daniel. Cayó del poder

el general Narváez, y levantóse á mayor altura que el de ningún otro el nombre de Castelar.

Subía la marea democrática, y para contenerla no había otra barrera que la que á toda prisa se pudo levantar con estos frágiles y heterogéneos materiales: Trono sin tradición; Reina sin dignidad, sufrida, pero no amada ni respetada; ministros sin partido ni crédito. Ideas y clases directoras y de gobierno, habría de darlas Dios para que las hubiese. La primera oleada revolucionaria las había deshecho; unas estaban del todo disueltas, y otras rotas en muchos pedazos, que andaban á merced de las revueltas olas después del naufragio. Lo que de estos fragmentos se pudo recoger, para reforzar la barrera fué poco, y de lo peor y más carcomido; de modo que vino á quedar aún más débil que antes. Para barrerla bastó el empuje de los artículos, folletos y discursos de nuestros grandes retóricos, ayudados de las espadas de los generales aventureros, espuma puesta á flote por el hervor de las guerras civiles. Tales para cuales.

*
* *

Con esto, el dinero de Montpensier y alguno más se hizo el alzamiento de Septiembre del 68. Los demócratas, y señaladamente Castelar, prometían al pueblo libertad, igualdad y fraternidad, *abolición de las quintas* y del impuesto de consumos, y soberanía absoluta del sufragio universal. Creció en pocos días el caudaloso río de la retórica revolucionaria, de

modo que anegó todos los espíritus, y habría bastado á ahogar la candidatura de Montpensier si ésta no hubiera muerto en Francia á manos de Napoleón, omnipotente en todos los negocios de España, y muy aficionado á intervenir en ellos. Bien castigado quedó en Sedán.

Luégo de comenzada en Cádiz la rebelión, se reunió en Sevilla una Junta provisional, la cual, á poco de formada, dió á luz con toda felicidad un Manifiesto en que pedía: sufragio universal, libertad absoluta de cultos, de imprenta, de enseñanza, de industria y de conciencia, abolición de la pena de muerte, inviolabilidad del domicilio y de la correspondencia, seguridad individual, *abolición de quintas y matrículas de mar*, *ejército voluntario*, desestanco de la sal y del tabaco, unidad de fueros y Cortes Constituyentes. No había sino aplicar estos remedios, y todos los achaques de la Nación quedaban curados.

La batalla de Alcolea, en la que los generales de uno y otro ejército mostraron desconocer el terreno y el empleo de las tres armas, dió la victoria al programa panacea, al que siguieron otros aún más radicalmente curativos.

Aquella monomanía de grandes palabras, aquel afán de imitar á otros pueblos, aquel continuo soñar con libertades, aquel aluvión de vaciedades importadas, encarnó en Castelar, que fué la personificación de todo ello.

La revolución era caótica é inconsciente. Castelar también. Ella no sabía quién era ni adónde iba. Castelar tampoco. Por la palabra, más aún que por

la pluma, había llegado á representarla, y por la palabra sólo había de confirmar aquella representación; pero representada y representante andaban perdidos en un mar de palabras, y él empezó su gran campaña tribunicia renegando de la oratoria, que fué lo mismo que renegar de todo, incluso de sí propio. Aun no estaban constituídas aquellas Cortes cuando Castelar dijo: «Considero los Parlamentos, no como los pueblos latinos, que los creen academias donde se pronuncian grandes discursos, sino como los pueblos sajones, que los creen oficinas donde se despachan los grandes negocios de Estado.» (Sesión preparatoria de 17 de Febrero). Y desde entonces no cesó de hacer del Parlamento academia y de pronunciar grandes discursos defendiendo la abolición de las contribuciones directas; la modificación de la propiedad; la escuela sin Dios; el sufragio universal para todo, incluso para elegir los gobernadores de provincia, y con el derecho de voto hasta para los menores de edad (22 de Febrero); la libertad de imprenta, de asociación, de conciencia, y no sé cuantas otras; *la abolición de las quintas*, etc., etc. España, para él era una pizarra. Pasábase la esponja, borrábase lo escrito en 20 siglos, ¡y á escribir de nuevo!

Socavó el ruinoso edifició nacional, y dió con él en tierra. Luégo, cuando quiso levantarlo, no pudo. Contentóse con ordenar un poco las ruinas y llorar sobre ellas arrepentido.

Pidió lo contrario que antes, á saber: mucha infantería, mucha caballería y mucha artillería. Intentó salvarnos después de habernos puesto á las puertas

de la muerte, y pretendió curar las heridas de la Patria, por él mismo hechas.

Repitióse el caso de la conocida cuarteta:

«El señor don Juan de Robres,
Con caridad sin igual,
Hizo este santo hospital,
Mas antes hizo los pobres.»

*
* *

Cuando Castelar dejó de ser revolucionario, la revolución se estaba muriendo de falta de substancia. No había dado de sí ningún gobierno, sino una especie de tumulto parlamentario permanente, coreado en todas las provincias por el estruendo de tres guerras: una separatista en Cuba, otra con muchas señales de lo mismo en Cartagena, y otra civil en el Norte, Aragón y Cataluña; las tres igualmente demostrativas de nuestra decadencia militar. Empezaron mal y acabaron peor.

Las Cortes, como en 1812, como en 1820, como en 1854, como ahora y como siempre, deliberaban. Pero llegó un momento en que no bastó la palabrería para encubrir la falta de seso, porque hasta la verbosidad se iba acabando, cansada de sí misma y asustada del estrago de tantas batallas, sitios, motines y alzamientos. El arranque de Pavía fué como piedra arrojada en charco de ranas: callaron todas y acabóse la República.

Lo que desde entonces perdió Castelar en cariño del vulgo lo ha ganado en autoridad y consideración,

pudiendo decirse de él que ha sido el mentor del partido liberal desde la Restauración hasta la fecha. Si alguna vez ha encontrado éste obstáculos en el camino, la voz del gran tribuno ha sonado para advertir que era preciso lograr la plenitud de las reformas democráticas si había de cerrarse para siempre el período revolucionario, y así hemos llegado en unos cuantos años de política progresiva al primer puesto entre las naciones democráticas de Europa, pues tenemos sufragio universal, matrimonio civil, Jurado, y tal suma de libertades que ya no es fácil hacer la cuenta. Aunque hay quien pide más, poco ó ningún caso se le hace, hallándose muy contentos de lo conquistado los muchos que creían ser éste el medio de que España se levantase de su decadencia. Cierto que algunos, viendo lo que pasa, comienzan á llamarse á engaño y á sospechar que tal vez no iba descaminado el Sr. Castelar cuando allá, en su primera encarnación, dijo: «El error de los errores, el caos de los caos, es la monarquía democrática.» (Discurso de 22 de Febrero.) Pero en esto aún estamos en el principio.

Para mejor acabar la obra de su transformación, apartó España la vista de los sucesos del mundo en el preciso momento en que más atenta á ellos debía estar, porque las mayores y más poderosas naciones preparaban la solución de gravísimos problemas de capital interés para nosotros. Francia, convaleciente de las heridas recibidas en la guerra con Alemania, apercibíase al desquite. Mientras tanto buscaba algún consuelo en el Mediterráneo apoderándose de Túnez y amenazando á Marruecos por el Tuat y el Figuig. Inglaterra, viendo amenazado el camino de la India,

fortificábase en Egipto y ponía la vista en Tánger, al propio tiempo que se unía con Italia. Los Estados Unidos preparaban la anexión de Cuba, según lo declaran sus tratos con los filibusteros, las Memorias de sus cónsules, los viajes de agentes militares (aunque en secreto y muy disfrazados) por la isla, y el plan de sus construcciones navales, fomento de arsenales y fortificación de costas (1884-1894). En Oriente levantábase, al Norte de las Filipinas, una poderosa nación militar con tendencias agresivas harto manifiestas, y cuyos aprestos no son tan recientes como generalmente se dice, pues empezaron en 1867. Nuestra situación era bastante comprometida: en Europa venía el peligro por el Mediterráneo y el Estrecho, puntos vitales de España por donde han entrado los invasores que la han vencido; en África veíamos muy amenazado el Imperio de Marruecos, natural prolongación de nuestro territorio por el Sur; en América peligraba Cuba, y en Oceanía las Filipinas. ¿Qué teníamos para defendernos y defenderlas? Una escuadra en construcción (mejor sería decir en destrucción) en astilleros mendicantes, á los que el Estado no puede dejar de socorrer con su bendita limosna. Un ejército sin organización buena ni mala, armado con Remingthon como la guardia del rey de Corea; sin oficiales para una movilización; sin ferrocarriles para el transporte de tropas; sin artillería moderna; con las costas indefensas y las fronteras abiertas por todas partes. España estaba á merced de sus vecinos en Europa y en Ultramar.

Había en esto materia para quitar el sueño al más despreocupado de los estadistas. Á los nuestros no

los desveló un punto, porque le tienen tan pesado que de ellos se puede decir que no son más que durmientes. Sólo velan en día de pelea electoral. Gran servicio hubiera hecho entonces Castelar dando el grito de alarma, porque tal vez á él le hubieran escuchado. Pero como España está en desgracia hace muchos años, habló el verbo democrático en el Congreso para decir lo contrario de lo que convenía. «¿Qué debe hacer el Gobierno? dijo. Pues el Gobierno debe hacer lo más cómodo: no hacer nada. Con nuestra excelente posición geográfica, con nuestro ejército en el pie de guerra que ahora se halla, con todos estos elementos, y además con el renombre de tenaces que tenemos, bien podemos levantar la frente y decir que nadie tocará nunca á nuestra intangible seguridad.»

Aquel estupendo desatino fué el primer vagido del *presupuesto de la paz*, de amargo recuerdo.

¡Cuando apenas nos quedaba el tiempo necesario para hacer algo de provecho en defensa de los puntos de nuestro territorio por donde más podíamos temer el ser acometidos, ocúrrele á Castelar la idea de coronar su obra política declarando á España intangible! ¡Buena ocasión de renegar del *mucha infantería, mucha caballería* y *mucha artillería* con que se arrojó á poner algún orden en el caos federal! ¡Qué oportunidad la de la nueva contradicción!

No hay duda de que el pretexto era bueno: urgía normalizar la Hacienda. Cierto; pero ¿á costa de la tranquilidad y seguridad de la Nación? Pues entonces, al menor trastorno, ¡adiós, Hacienda! Y gracias si no había que añadir: ¡adiós, Patria! Precisamente

porque era forzoso hacer las dos cosas, normalizar la Hacienda y atender á la defensa nacional, había en esto un problema propio de gobernantes. Sino, ¡miren qué gran dificultad! Con descuidar una de las dos necesidades, quedaba atendida la otra. Hízolo así el Sr. Sagasta cuando vino al poder con el ridículo programa de los cien millones de economías y el tratado con Francia (discurso de Oviedo), aún no cumplido é imposible de cumplir, y al poco tiempo ocurrió lo de Melilla, y tras lo de Melilla lo de Cuba.

No faltaron voces que avisasen. La primera, la del sentido común. No la cuento porque los oídos que ahora usan los que se dicen estadistas, sin duda no se hicieron para ella. No diré que la mía, por débil y desautorizada, mereciese ser oída; pero sí quiero recordar, en prueba de que vi el mal y le combatí antes de hecho, que en el Congreso militar de 1892 dije: «Optimismos como el del Sr. Castelar *podrían conducirnos á desastres aún mayores que los que nos produjeron sus propagandas anteriores al* 68, y frente á sus errores hay que dejar bien sentada esta verdad: España, por su situación geográfica, es nación expuesta á muchos y graves riesgos, por lo que necesita un buen ejército y una marina poderosa.» Pero sí cuento la voz del Sr. Canalejas, quien en aquel mismo Congreso pronunció estas levantadas frases: «No cabe fiar en una neutralidad anémica y sistemática, sino en la neutralidad armada, viril y enérgica, y esta neutralidad sólo se asegura robusteciendo nuestros elementos militares y acrecentando nuestras energías defensivas, *cueste lo que cueste.*»

Sí, ¡cueste lo que cueste! Ese era el programa. Por

mucho que hubiera costado el cumplirle, habríamos ahorrado no pocos millones, la vida de algunos miles de españoles y la deshonra que sobre nosotros viene á toda prisa.

Deshonra inevitable, porque la Nación española podrá acreditarse, y sin duda se acreditará, de valerosa, haciendo en esta ocasión tan heroicos esfuerzos que sean la admiración del mundo; pero tanto como suba en este concepto, bajará en el de inteligente y precavida; y como no sólo por su ánimo son estimadas las naciones, el crédito y estimación de la nuestra padecerá mucho, sobre todo si la aventura en que estamos empeñados acaba en guerra con los Estados Unidos y la suerte nos es contraria.

Á este trance hemos venido á parar en el preciso momento en que, por estar acabado el plan curativo de los doctores democráticos, debíamos hallarnos sanos y fuertes, ó, por lo menos, en vías de curación. ¡Y ahora vemos que estamos más débiles que nunca! Es que no eran tales doctores, sino curanderos. En vez de estudiar primero al enfermo, hacer un buen diagnóstico y señalar luégo el tratamiento adecuado, trajeron de fuera los específicos más acreditados y los aplicaron empíricamente. Lo que á otros sentó bien porque era apropiado á su temperamento, á nosotros no nos hizo efecto, ó nos le ha hecho muy malo.

Véanse los resultados de la última medicina, la que había de acabar el milagro de curarnos, y dígaseme si no tengo razón para asegurar que, ó cambiamos de sistema, ó se muere el enfermo.

* * *

De la antigua España no quedan más que informes pedazos esparcidos por el suelo. La nueva no existe aún. Para hacerla se necesita una idea y un hombre: es decir, una brújula que señale el rumbo y una inteligencia que guíe el barco.

Mientras llegan (si Dios, compadecido de nosotros, quiere enviárnoslos) estudiemos serenamente la situación, démonos cuenta de lo que pasa y de sus causas, y cuando veamos claro en ello estaremos muy cerca de haber dado con el remedio.

Lo esencial es saber esto: que al cabo de cerca de cien años de estériles pronunciamientos y revoluciones, España no puede estar bien constituída militarmente. Harto ha hecho con no morirse, como Polonia. Pensar que, al cabo de tantas sacudidas, va á tener un buen ejército, es la mayor insensatez. Querer ahora ser fuerte tras tantos años de enfermedad, sería tanto como meterse un tísico á gimnasta.

Por suerte, más endebles que nosotros son los que en la manigua nos combaten. Para vencerlos nos sobran fuerzas, pero á condición de que los que las mandan sepan emplearlas. Pero ¿sirven para eso?

En muy pocos meses saldrán de esta duda los que la tengan.

CAPÍTULO PRIMERO

DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA

Extensión de Cuba.—Costas.—Geografía y Geología.—Ríos. Fauna.—Flora —Población.—Geografía política.

La isla de Cuba está casi toda en el mar de las Antillas, cuyas aguas la bañarían por todos lados si por Occidente no se adelantase hasta la entrada del golfo de Méjico, cerrándole en gran parte, pues sólo deja dos bocas, no muy anchas: una al Norte, llamada estrecho ó canal de la Florida, entre esta península y la costa septentrional; otra al Sur, entre el Yucatán y la punta más occidental. Á esta segunda entrada se la da el nombre de canal de Yucatán.

Es la isla muy larga y estrecha. De la punta Maisí, al Este, al cabo San Antonio, al Oeste, cuéntanse 1.222 kilómetros. La mayor anchura es de 206. La extensión total, sin las islas y cayos próximos, llega á 108.000 kilómetros cuadrados. Con ellos pasa de 118.000. La línea de costas se calcula que no tendrá menos de 3.200 kilómetros, descontadas las sinuosidades pequeñas. Incluyendo éstas, pasan de 11.000.

Es muy importante el conocimiento del litoral, porque á éste culpan principalmente los periódicos y los políticos de los muchos socorros que de fuera reciben los insurrectos. Alguna parte tienen, en verdad, los archipiélagos costeros, los cayos y las muchas escondidas ensenadas de aquellos mares; pero mucho mayor es la de nuestra imprevisión y debilidad. Dejando esto para el lugar oportuno, echemos á la costa cubana una rápida ojeada.

A poca distancia del cabo de San Antonio encuéntrase ya un excelente puerto: la ensenada de Guadiana. Tras ella vienen, en la misma provincia de Pinar del Río, las de Bahía Honda, Cabañas y el Mariel. Delante de casi toda esta línea de costa corre una serie de cayos que hace de rompeolas tan perfectamente en algunas partes, que el mar comprendido entre ambas parece un lago. Encuéntranse primero los cayos de la Leña, y luégo los Colorados, y otros. El litoral de la provincia de la Habana es despejado, y la tierra generalmente baja. Así continúa, con pequeñas excepciones, hasta la punta de Hicacos, que se adelanta hacia el Nordeste, entre Matanzas y Cárdenas. Allí comienzan los cayos Blanco, Galindo, Bahía de Cádiz, Sotavento, Barlovento y otros muchos, algunos grandes. Entre todos forman un laberinto sumamente intrincado, que acaba en los cayos Fragoso y Cobos, frente á la parte oriental de la provincia de las Villas. La isla de Turiguano forma con la costa la bahía de Laguna Grande, uno de los principales esteros de Cuba. En las ciénagas que por el Mediodía la rodean, se apoya el extremo Norte de la trocha del Júcaro á Morón.

De aquí en adelante están los mayores cayos de la isla, que son el del Coco y el Romano. Éste casi toca á la isla Guajaba, la cual está separada del cayo, ó mejor península del Sabinal, por la estrecha boca de este nombre. El Sabinal cierra casi por completo la bahía de Nuevitas.

Levántase luégo la costa, y ábrense en ella los puertos de Manatí, Malagueta, Puerto Padre, Gibara, Jururú, Bariai, Vita, Naranjo y Samá, sin contar los pequeños. Tras éstos viene la bahía de Nipe, la mayor de la isla, y los puertos de Levisa, Tánamo, Cebollas, Casanova, Yaguaneque, Cayaguaneque, Navas, Maraví y Mata.

Doblada la punta Maisí, hay algunas playas limpias y arenosas. Vuelve luégo la costa al OSO., y desde allí corre hasta el cabo Cruz, dominada de cerca por altas sierras, que son otros tantos observatorios de los rebeldes, los cuales encienden hogueras en los riscos más altos para avisar á los que les traen armas de si es ó no buena ocasión de desembarcarlas. En toda esta parte no hay más que dos grandes bahías: la de Guantánamo y la de Santiago de Cuba.

Después del cabo Cruz vuelve la tierra á cambiar de dirección, y comienza una costa pantanosa, sin buenos abrigos y casi desierta en muchos sitios. Su principal puerto en esta parte es Manzanillo. Tras éste siguen las marismas del Cauto bajo, la bahía de Santa María y varios esteros sin importancia. Aquí volvemos á encontrar los cayos, los cuales empiezan en los de Tana, de los Muertos, de Ave María y de Arenas, y siguen con los de las Doce Leguas, que acaban frente á la desembocadura del Zaza, hacia la

cual se adelanta, un cayo pequeño é independiente llamado cayo de Zaza. Desde la punta de Meganos corre el litoral al ONO. hasta cerca de la bahía de Cienfuegos, tan buena y hermosa como la de Nipe. A lo largo de la famosa ciénaga de Zapata hay otros cayos que llegan hasta la ensenada de Majana. Desde este paraje toma el litoral el rumbo SO¹/₄O. hasta el cabo de la Fisga, donde vuelve al O. Con esta dirección llega al cabo Francés, y sin cambiarla apenas va hasta el cabo de San Antonio.

Los sitios en que hay cayos son los más á propósito para desembarcos. Todos son difíciles de vigilar, y en algunos no vale vigilancia y cuidado, sobre todo desde que no hay castigo.

Los faros no son muchos. Los hay en los siguientes puntos:

Costa Norte.

En el Cabo de San Antonio, visible á 17 millas.
En el de la Habana, á 18.
En el de Santa Cruz, á 9.
En el de Cayo Cruz del Padre, á 10.
En el de Cayo de Cádiz, á 20.
En el de Sagua la Grande, á 12.
En el de Paredón Grande, á 19.
En el de Cabo Lobo, á 16.
En el de Punta Maternillos, á 20.
En el de Punta del Sabinal, á 9.
En el de Punta Maisi, á 17.

Costa Sur.

En Santiago de Cuba, á 17.
En Cabo Cruz, á 17.
En Puntas Coloradas, á 14.
En Cayo Piedra, á 9.
En Batabanó.

*
* *

Las montañas de Cuba están dispuestas en tres grupos, á los que denominaremos oriental, central y occidental.

El primero es el mayor y el principal, así en lo geográfico como en lo político y militar. En lo geográfico, por la extensión, altura y enmarañamiento de sus montañas. En lo político-militar, porque en las faldas de esas montañas se ha formado la población guerrera de la isla, la que ha iniciado y sostenido con mayor brío las sangrientas rebeliones de los últimos treinta años. La sierra principal de este grupo es la Maestra, la cual comienza en el cabo de Santa Cruz y corre á lo largo de la costa meridional, muy cerca de ella, hasta el río Baconao, espacio de unos 200 kilómetros. En el Ojo del Toro, uno de sus primeros cerros, tiene 1.582 metros de alto. Luégo sube hasta llegar en el pico Tarquino, ó Turquino, á 2.500. Al Norte tiene varios estribos que mueren antes de llegar al río Cauto, siendo la dirección de casi todos la del Nordeste. El principal es el que se adelanta hasta Guisa, y después de allanarse casi por completo se alza un tanto hacia Jiguaní. Á la sierra Maestra siguen las llamadas de Guantánamo, sobre las que se levanta, no lejos de Santiago, el alto monte de la Gran Piedra, el segundo de la isla (1.611 metros). Viene luégo un laberinto de fragosos cerros que cubren con sus asperezas el triángulo formado por la línea tirada de Santiago al fondo de la bahía de Nipe, y por los dos trozos de costa que se encuentran en la punta Maisí. Allí las sierras y serrezuelas apenas guardan orden aparente, pues se cortan y confunden de mil modos. Con algún esfuerzo se reco-

noce como principal línea de cerros la que va de la sierra de Nipe á las Cuchillas de Baracoa, pasando por la sierra del Cristal y las Cuchillas de Toar. Crúzanse con éstas la de Santa Catalina, la Vela, Imias y otras. En la misma dirección corren la de Cuchilla Blanca, Moa, Micaró, etc. Casi toda esta quebradísima comarca está inculta y desierta. Fué principal teatro de las hazañas de Maceo.

Del opuesto lado de la línea señalada, el terreno baja hacia el Cauto y el río Nipe. Pasado éste se levantan algunos montes, que se derraman por la comarca de Holguín. Son una serie de lomas que van en dirección paralela á la de la Maestra y la costa meridional. Comienzan en las lomas de Almiquí, siguen por las de Breñoso y acaban en las de la Mula, cerca de la punta Lucrecia.

Después del Cauto y de su afluente el Salado, no hay verdaderos montes en un gran espacio. En las Tunas el terreno es llano, y también en Puerto Príncipe, sin más excepción, en esta provincia, que algunas sierras pequeñas, como la de Najasa, centro de operaciones de Máximo Gómez en esta guerra, y en la anterior en el período de preparación de la campaña, la de Guaicanamar, la del Chorrillo, la de Cubitas y algunas otras, dispersas en una comarca de más de 30.000 kilómetros cuadrados. La costa Sur es pantanosa. La del Norte arenosa, y en mucha parte estéril. En el centro hay dilatados bosques.

Las montañas centrales cubren las provincias de Santa Clara y Matanzas. Al Norte corre por la jurisdicción de Sagua la Grande, hasta cerca de esta población, una sierra pequeña denominada Sierra Mo-

rena y Sierra Madre. En la misma dirección, y también no lejos de la costa, levántase otra en Remedios, á no mucha altura y con diversos nombres, entre los cuales suenan más el de Bamburanao, primero, y luégo el de Mata Hambre. Al Sudeste hállase la sierra de Judas, sin enlace con las anteriores, y tras ésta viene la de Cubitas, ya muy dentro del Camagüey. Más importantes son los montes de la parte meridional, así por su altura, como por su fragosidad y extensión. De Sancti-Spíritus á Cienfuegos derrámanse en diferentes direcciones muchos cerros que, cruzándose unos con otros, forman un laberinto orográfico de difícil estudio, y que en el pico del Potrerillo alcanza la mayor altura de la región central (cerca de 1.000 metros).

El grupo de los montes occidentales es más extenso, aunque no más alto. Empieza á erguirse en los alrededores de Matanzas, adonde se dirige una sierrezuela que pasa por las Tetas de Managua, Lomas de Camoa, Escalera de Jaruco, Arcos de Canasí, Pan de Matanzas y Tetas de Camarioca. Entre el Mariel y la Habana, al Norte de San Antonio de los Baños, ábrese el hondo valle de Ariznauabo, de regular extensión. Hasta el Mariel apenas hay otra cosa que montañuelas sin importancia; pero ya en aquel sitio comienza la sierra de Jobo, y pasado Guanajay la de Anafe ó Mesa del Mariel, cercana á la costa. Siguen á éstas las lomas del Cuzco entre Candelaria y San Diego de Núñez, las Cuchillas de los Molejones y las sierras del Rosario, de los Órganos, del Infierno y de Acosta, que cae sobre Mantua. El punto culminante es el Pan de Guajaibón, al

Norte de la sierra de Guaniguanico, picacho de unos 600 metros.

Toda esta comarca de Mariel á Mantua es quebrada, menos en la zona meridional, donde quedan, entre los montes y el mar, largos llanos, pantanosos en muchos sitios.

*
* *

Estudiando con algún cuidado la geología de Cuba, pronto se advierten indudables señales de ser tierra intermedia entre el Yucatán y la Florida, y más parecida á aquella península que á ésta. Tiene, lo mismo que el Yucatán, muchos terrenos calizos, con cuevas y cavernas dilatadas, por donde corren riachuelos subterráneos. No en todas sus partes es tan fértil como la fama pregona, pues hay comarcas casi estériles.

El terreno paleozoico aparece en la parte occidental, junto á Mantua. Algunos creen que la sierra de Cumanayagua pertenece también á esta formación geológica, pero otros la incluyen en el terreno azoico, fundándose en que asienta sobre una meseta granítica y sienítica. Hay otros manchones paleozoicos, pero de poca importancia.

Desde el SO. de Mantua hasta cerca de los Baños de San Diego corren dilatadas fajas de rocas triásicas, rodeando el terreno jurásico (en el que hay bastantes fósiles, singularmente *amnomitas*). Esta formación es digna de especial estudio, porque á ella pertenecen las lomas más altas de la región occiden-

tal, denominándose propiamente *lomas*, y quedando el nombre de *sierras* para las formaciones jurásicas, que corren paralelas á ellas y que son más escarpadas. La anchura de la faja jurásica no pasa de 10 kilómetros. Va desde Guanes hasta cerca de Guanajay.

En la Maestra encuéntranse también algunos terrenos jurásicos.

Buena parte de la provincia de la Habana (incluso el suelo de la capital) es cretácea, sin fósiles, como las rocas del mismo origen que se ven en los Estados Unidos. Las rocas cretáceas pasan á Las Villas (Cienfuegos) y ocupan más que regular extensión en Oriente.

Los tres pisos del terciario extiéndese por casi toda la isla y tienen muchos fósiles, siendo éstos más numerosos en el mioceno y plioceno que en el eoceno. El postplioceno ó cuaternario es también muy dilatado. Encuéntrase en los alrededores de la Habana y de Matanzas, en el cayo Sabinal (cerca de Nuevitas), y, en forma de aluviones que cubren no pequeña parte de la provincia de Pinar del Rio, se extienden entre Cárdenas y Sagua la Grande y al Este de Santiago. Son de aluvión las famosas vegas de la Vuelta Abajo, las de Mayarí, los llanos que van de la Sierra Maestra á Manzanillo y buena porción del Camagüey occidental.

En Cuba ha habido muchos terremotos, habiéndose observado que éstos han coincidido siempre con los del vecino continente.

*
* *

Los ríos cubanos son pequeños. Sólo el Cauto puede contarse entre los medianos. Éste podría servir de línea militar algunas leguas, cuando ya se va acercando al mar. La línea divisoria de aguas sigue el eje mayor de la isla desde la punta Maisí al cabo de San Antonio. En la vertiente Norte, los principales son el Toar, que discurre por quebradas sierras, casi del todo desiertas, y selvas vírgenes, y el de Sagua la Grande, que corre por espacio de 150 kilómetros, de los cuales 40 son navegables.

Por las vertientes meridionales de la Maestra y de los montes de Guantánamo bajan torrentes impetuosos, de los que sólo merecen el nombre de ríos el Poyo, el Yateras y el de Guántamo. En las septentrionales nace el Cauto, cuyas fuentes están en la alta montaña de Macucho. Corre de Oriente á Poniente, recoge todas las aguas de aquella ladera, y con ellas y las que el Salado y otros ríos menores le traen del opuesto lado, llega al mar tan caudaloso y soberbio que tiene fondo para regulares embarcaciones por espacio de 120 kilómetros. Hasta Cauto Embarcadero pueden navegar por él barcos de 200 toneladas. Su longitud es de 400 kilómetros.

Los otros ríos importantes son: los Jatibonicos (del Norte y del Sur), el Zaza, el Agabama ó Manatí, el Arimao, el Damugí, el Hanábana y el de Sagua la Chica, todos en las Villas.

*
* *

El clima cubano es cálido y húmedo. Es también más desigual de lo que se cree.

Las estaciones son dos: una cálida y lluviosa, que comienza á primeros de Junio y acaba á primeros de Octubre; otra, seca y más fresca, que dura de Noviembre á Mayo. La parte occidental, sujeta al régimen meteorológico de la América del Norte, es menos calurosa que la oriental. La temperatura media del año en la Habana pasa poco de los 26°. La del mes de más calor (Agosto) llega á 28. La del mes más frío (Enero) no pasa de 22. Rarísima vez sube el termómetro á más de 39°. En la costa que corre al Sur de la Maestra, donde no soplan los alisios, hace más calor. Santiago es la población más cálida de la isla.

No hay noticia de haber nevado en ésta. En las cumbres de la Maestra se ha visto algunas veces blanquear la escarcha, pero nunca verdadera nieve.

La diferencia entre la temperatura del día y la de la noche es grande. En la Habana ha llegado alguna vez á 18°. Los vientos del Norte y del Nordeste refrescan mucho la atmósfera, pero su influencia es pasajera. En cambio la de la corriente del golfo de Méjico, que tiende á aumentar el calor, es permanente. Alguna vez ha bajado el termómetro á cero, frío para aquellas latitudes rigorosísimo, y que se puede tener por excepcional. La temperatura media del año es de 25°, ó sea doble que la de la meseta central de la Península. La línea de temperatura media máxima de España pasa por la parte baja de la cuenca del Guadalquivir, y es de 18°.

En Cuba llueve mucho. La capa pluvial caída en la Habana en un año es próximamente igual á la que cae en San Sebastián (1^{m},400). La humedad de la atmósfera es grande: tanta, que aunque por estar el

aire muy caliente, puede contener grandes cantidades de vapor de agua, hállase muchas veces en el punto de saturación. Al amanecer, cuando está frío, condénsanse estos vapores en densas nieblas. Rara vez llueve por la mañana. Los chaparrones, que son copiosísimos, caen por la tarde, de las dos en adelante.

No son tantos en Cuba los huracanes como en las otras Antillas. El tiempo de ellos es de Agosto á primeros de Noviembre. Las tormentas comienzan generalmente en Junio. Fórmanse muy pronto, y desaparecen dejando el cielo limpio de nubes.

*
* *

La flora de Cuba es, en un estudio militar, de tanta importancia como el clima. Grandes selvas vírgenes de árboles gigantes, enlazados por descomunales bejucos, cubren mucha parte del territorio insular, sobre todo en el Camagüey y en Oriente. Espesísimo follaje cierra el paso á los rayos del sol; gruesa capa vegetal, en descomposición, cubre el suelo; tupidísima red de trepaderas va del suelo á las copas. No hay camino alguno. El que entra en tales espesuras ha de abrirlo machete en mano.

En estas selvas rara vez, y por poco tiempo, habrá operaciones militares. En contadas ocasiones se internará en ellas el enemigo, y pocas serán, por tanto, las que se ofrezcan de ir allí á buscarle.

La manigua es otra cosa. Llámase así á la espesura de arbustos y monte bajo que en mucha parte de la isla ocupa el sitio de las antiguas selvas, las

cuales casi del todo la cubrían. Este monte bajo lo es relativamente, pues se levanta sobre el suelo de 10 á 15 metros, formando gruesas cortinas de las más variadas plantas, espinosas algunas de ellas. La manigua es la maleza de Cuba. En ella hay senderos que los naturales conocen, y por los que huyen si les conviene huir, ó acuden contra una fuerza inferior para batirla.

También la manigua requiere, con mucha frecuencia, el empleo del machete.

La variedad de la vegetación es grandísima. Aunque aún falta mucho para acabar el estudio de la flora cubana, conócense 125 familias, 752 géneros y más de 1.600 especies. Sólo de palmeras hay 32 de éstas. La más hermosa es la llamada palma real. El árbol más corpulento es la ceiba *(Eriodendrum anfractuosum)*. Notables por la dureza de la madera ó por otras circunstancias son el cedro *(Cedrela odorata)*, el ébano *(Diospyros)*, el granadillo *(Brya ebenus)*, el pino *(Pinus occidentalis)*, de que hay gran cantidad en las montañas de Vuelta Abajo y en la isla de Pinos, el tamarindo *(Tamarindus occidentalis)*, el naranjo, el limonero, el coco *(Cocus nucifera, Cocus crispa)*, el palo campeche *(Hæmatoxilum campecharum)*, el palo brasil *(Cæsalpinia crista* y *Brasiliastrum americanum)* y otros muchísimos.

Es planta importantísima el mangle *(Rhizophora mangle)*. Grandes é impenetrables manglares cubren las playas pantanosas y las orillas de los ríos en la parte baja del curso de éstos, cerca del mar. También lo es la palma llamada guano, porque de ella hacen los naturales sus bohíos y otras muchas cosas.

De frutas hay gran cantidad, y muy buenas. Sirvan de ejemplo el mango, el sapote, el ananás, el melón (llevado de España á los campos de Cuba), la guayaba, el plátano, la piña y el mamoncillo. No son menos las especies medicinales de virtudes conocidas.

De una estación á otra cambian mucho los bosques y campos de la Gran Antilla. En verano, es decir, en tiempo de aguas, la vegetación alcanza su mayor esplendor y lozanía. Después, en la que pudiéramos llamar primera seca (Diciembre, Enero y Febrero), maduran los frutos, vense flores por todas partes, y la hojarasca aún aparece bastante limpia y vigorosa. En la segunda seca (Marzo, Abril y Mayo) la sequedad va de veras. Agóstase y muere la vegetación herbácea, languidece la arbórea; todo parece envuelto en densas nubes de polvo, y agriétanse las tierras y los caminos. Esta es la mejor época para operar.

La fauna cubana no es tan rica y variada como la flora, ni su estudio tiene para nosotros el mismo interés que aquélla. Había en ella poquísimos mamíferos cuando la descubrieron los españoles, los cuales sólo encontraron los siguientes:

El perro mudo, ó perro silvestre.

El almiquí *(Solenodon paradoxus)*, insectívoro que aún existe en la isla. Tiene la nariz á modo de trompa, ojos pequeños y largas uñas.

La jutía, animal de carne bastante correosa, pero del que insurrectos y leales han hecho más que regular consumo.

El curiel, ó conejo de Indias.

Los primeros colonos peninsulares llevaron á Cuba caballos, carneros, cerdos, gallinas, vacas y otros animales, de los cuales hay grandes cantidades.

El caballo vive en un estado intermedio entre la libertad y la esclavitud. Críase á sus anchas en los potreros, donde le cogen con lazo cuando lo necesitan. Es muy pequeño, enjuto y sobrio. Los mejores son los de Puerto Príncipe. Al comenzar la guerra había cientos de miles de caballos. De los buenos quedan ya pocos.

Las vacas andan en Cuba tan libre como los caballos. Las reunen para ordeñarlas, y después que han amamantado las crias vuelven al monte. El buey sirve para las faenas agrícolas, y en algunos sitios para montar. La cabra da muy buena leche.

Los bosques están poblados de puercos cimarrones. También viven en ellos muchos venados que dan exquisita carne.

De quirópteros hay más de 20 especies, una de ellas muy grande. También son muchas las de cetáceos que pueblan aquellos mares.

Las aves son infinitas, de bellísimos colores, y algunas, no muchas, de armonioso canto. Sin contar las especies llevadas por los españoles, pasan de 250 las que hay allí. Entre éstas merece muy especial mención el aura (*Vultur aura*), vultúrido á quien la Naturaleza ha encomendado la limpieza de los campos cubanos.

De los reptiles, el único temible es el cocodrilo. Algunos tienen ocho metros de largo. Son ágiles y bastante osados para atacar al hombre. Encuéntranse en el Cauto bajo y en la ciénaga de Zápata. El cai-

mán es más pequeño y menos temible, y habita, no sólo en dichos parajes, sino en casi todos los ríos. Hay bastantes lagartos, entre ellos el *Sphæsios dactylus sputator*, llamado culebrita de cuatro patas.

De las culebras la mayor es la boa, que llega á tener hasta cinco metros de longitud. Es inofensiva. Las otras especies son mucho más pequeñas. A una de ellas la llaman *ciega* porque, en efecto, no se la ven los ojos. Hay grandes tortugas. La que denominan *carey*, da la concha más fina. La más corpulenta es la *Chelonia cauana-cephalo*. De las de agua dulce, la más común es la jicotea (*Emys decussata*).

También hay mucha variedad de peces (600 especies). Algunos son venenosos, y, comidos, dan la enfermedad conocida con el nombre de *siguatea*. Parece averiguado que la carne de estos animales no es dañosa sino en la época de la puesta. De uno de ellos (el *Lepidosteus Merjuari*, de Poey) se sabe que sólo los huevos son malos. De los estudios hechos por algunos médicos se deduce que casi siempre la substancia nociva está en las huevas y no en el pescado.

En toda la costa hay muchos tiburones voracísimos, lo que las hace muy peligrosas. Los insectos son infinitos, y algunos muy dañosos al soldado. De estos hablaremos en el capítulo X.

*
* *

Los datos oficiales dicen que la población de Cuba no pasa de 1.600.000 habitantes; pero no faltan razones para creer que son bastantes más. En el

campo, sobre todo en los bosques orientales, hay mucha gente que escapa al censo. Encuéntranse bohíos y bohíos á no mucha distancia unos de otros, y luégo dicen los mapas y la geografía de la isla isla que aquella comarca está desierta ó poco menos. Creo que, sin exageración, se puede asegurar que en Cuba viven 2.000.000 de almas.

Los que dicen que está poco poblada y achacan á España la despoblación, no saben lo que hablan ni lo que escriben. Cierto que no es tanta la población como en Puerto Rico, primera tierra de América en el número de habitantes que hay en cada kilómetro cuadrado; pero aventaja á todas las repúblicas de la América central, menos á la del Salvador, á todas las de la América del Sur, al Canadá y á los Estados Unidos.

Cuba tiene (aceptando la cifra oficial) 14 habitantes en dicha extensión de tierra, Nicaragua 3, Costa Rica 4, Honduras 2 y medio, Guatemala 12, Méjico 6, Venezuela 2, Colombia 3, Ecuador 1, Perú 2, Bolivia 1, la Argentina 2, el Brasil 2 y, por último, para no seguir citando naciones poco habitadas, los Estados Unidos 8.

El cargo que se hace á España de tener despoblada la isla de Cuba, es, según se ve, completamente injusto.

De los que la habitan, un millón son blancos y medio millón negros y mulatos. Los demás, asiáticos y extranjeros. Hay mulatos y algún criollo de origen francés. Viven principalmente en la parte Oriental. De Santo Domingo trajimos esta mala semilla hace un siglo. La raza indígena se acabó hace mucho tiempo.

Cuentan nuestros enemigos que la exterminaron los primeros españoles en fuerza de malos tratos. No es verdad, y los que lo propalan son gente ignorante ó mal intencionada. Quizás las dos cosas. Desde que comenzaron á establecerse españoles en Cuba mandaron los reyes que no se hiciese daño á los indios. Don Fernando, en carta á D. Diego Colón, fecha el 16 de Junio de 1511, decíale entre otras cosas: «*E ansí mismo debeis dar orden e mandar pregonar que no carguen los indios ni se les fagan otros agravios que se solian hacer en esa isla Española en los tiempos pasados.*»

..... «Diz que algunos vecinos de esa isla se han querido traer á Castilla de los indios esclavos que en esa isla tienen, e que vos no se lo habeis consentido. *Habeis hecho muy bien e así debeis facerlo en adelante.*»

Podría citar muchísimos otros documentos en prueba de que los reyes de España atendieron á los indios y procuraron evitar que se acabasen. No lo pudieron conseguir porque aquella mísera raza estaba condenada á perecer por la misma misteriosa ley que ha despoblado tantas islas desde el descubrimiento de América á la fecha, y que hoy despuebla las de mucha parte de Oceanía, incluso las de Hawai, á cuyos naturales no les vale el ser independientes, pues con eso y la civilización que ya tienen se mueren tan aprisa que ya quedan muy pocos.

*
* *

En lo civil la isla de Cuba está dividida en tres territorios ó regiones, á saber: Occidental, Central y Oriental. La primera comprende las provincias de Pinar del Río y la Habana; la segunda las de Matanzas y Santa Clara; y la tercera las de Puerto Príncipe y Santiago de Cuba.

La provincia de la Habana se halla dividida en doce partidos judiciales, teniendo en la capital seis. Los restantes son: Marianao, con los términos municipales de Bauta y Cano; Guanabacoa, que comprende los términos municipales de Guanabacoa, Regla, Managua y Santa María del Rosario; Jaruco, con los términos municipales de Jaruco, Bainoa, Aguacate, Casiguas, Jibacoa, San Antonio del Río Blanco, San José de las Lajas y Tapaste; San Antonio de los Baños, con los de San Antonio de los Baños, Alquízar, Güira de Melena, Seiba del Agua y Vereda Nueva; Güines, con los de Güines, Catalina, Madruga, Melena del Sur, Nueva Paz, San Nicolás, Pipián y Guara; y Bejucal, con los términos municipales de Bejucal, Batabanó, Quivicán, Salud, Santiago de las Vegas, San Antonio de las Vegas, San Felipe é Isla de Pinos.

Pinar del Río tiene cuatro partidos judiciales, que son: Pinar del Río, la capital, con Pinar del Río, Alonso Rojas, Consolación del Norte, Consolación del Sur, San Luis y Viñales; Guane, con Baja, Mantua y San Juan y Martínez; San Cristóbal, con los términos municipales de San Cristóbal, Candelaria, Mangas, Palacio, Paso Real de San Diego, San Diego de los Baños y Santa Cruz de los Pinos; Guanajay, con Guanajay, Artemisa, Bahía Honda, Caba-

ñas, Cayajabos, Guayabal, Mariel y San Diego de Núñez.

Matanzas se halla dividida en cinco partidos judiciales. Dos tienen su cabecera en Matanzas con los términos municipales de Matanzas, Canasí, Guamacaro y Santa Ana; Cárdenas con los de Cárdenas, Cimarrones, Guamutas, Guanajayabos y Lagunillas; Alfonso XII (Alacranes) con los de Alfonso XII, Bolondrón, Unión de Reyes, Cabezas y Sabanillas del Comendador; y Colón, con Colón, Jovellanos, Macuriges, Macagua, Cervantes, Roque, San José de los Ramos, Cuevitas y Palmillas.

Santa Clara se halla dividida en seis partidos y son: Santa Clara, con los términos municipales de Santa Clara, Esperanza, San Diego del Valle, San Juan de las Yeras, Ranchuelo y Calabazar; Sagua la Grande, con los términos de Sagua, Cifuentes, Ceja de Pablo, Quemado de Güines, Rancho Veloz y Santo Domingo; Cienfuegos, con los de Cienfuegos, Abreus, Camarones, Cartagena, Cruces, Palmira, Rodas y Santa Isabel de las Lajas; Remedios, con los de Remedios, Caibarién, Camajuaní, San Antonio de las Vueltas, Placetas y Yaguajay; el de Trinidad y, por último, el partido judicial de Sancti-Spíritus.

Puerto Príncipe comprende tres partidos judiciales, que son: dos que tienen su cabecera en la capital, y uno que radica en Morón; de los primeros dependen los términos municipales de Puerto Príncipe, Nuevitas y Santa Cruz del Sur, y del último, ó Morón, dependen Morón y Ciego de Ávila.

Santiago de Cuba está dividido en siete partidos judiciales y 14 términos municipales: de Santiago

de Cuba dependen los términos de Cuba, Caney, Alto Songo y Cobre; de Manzanillo, Manzanillo; de Bayamo, Bayamo, Jiguaní y Victoria de las Tunas; de Holguín dependen los de Holguín, Gibara y Mayarí; de Baracoa, Baracoa, y de Guantánamo, Guantánamo y Sagua de Tánamo.

La isla comprende en lo judicial tres Audiencias territoriales que entienden en lo civil y criminal, y radican una en la Habana, otra en Matanzas y otra en Santiago de Cuba, teniendo además tres de lo criminal, que se encuentran en Pinar del Río, Santa Clara y Puerto Príncipe; de las tres primeras dependen 37 Juzgados de primera instancia é instrucción, y de éstos los municipales establecidos en los partidos judiciales.

En lo marítimo la isla consta de cuatro provincias, que son Habana y Nuevitas al N., y Cuba y Cienfuegos al Sur. El mando reside en un contraalmirante, comandante general del apostadero y escuadra; hay además 18 distritos marítimos, gobernados por capitanes de puerto y ayudantes de marina. La escuadra en la actualidad se compone de los siguientes barcos, cruceros, cañoneros y lanchas: *Reina Mercedes*, *Alfonso XII*, *Marqués de la Ensenada*, *Isabel II*, *Infanta Isabel*, *Jorge Juan*, *General Concha*, *Magallanes*, *Alcedo*, *Nueva España*, *Cuba Española*, *Criollo*, *Contramaestre*, *Indio*, *Conde de Venadito*, *Martín Alonso Pinzón*, *Vicente Yáñez Pinzón*, *Galicia*, *Marqués de Molins*, *Hernán Cortés*, *Pizarro*, *Vazco Núñez de Balboa*, *Diego Velázquez*, *Ponce de León*, *Alvarado y Sandoval*, *Alerta*, *Ardilla*, *Cometa*, *Pradera*, *Gaviota*, *Golondrina*, *Ligera*,

Flecha, *Estrella*, *Lince*, *Satélite*, *Vigía*, *Centinela*, *Relámpago*, *Dardo*, *Esperanza*, *Intrépido*, *Mensajero*, *Almendares*, *Baracoa*, *Cauto* y alguno más.

Está dividida la isla en dos diócesis: la primera el arzobispado de Santiago de Cuba, con 10 vicarías y 54 parroquias, y el obispado de la Habana con 14 vicarías y 154 parroquias, hallándose la línea divisoria de ambas diócesis en la provincia de Puerto Príncipe, entre los ríos Yara y Malarecua.

En lo económico tiene una Intendencia general de Hacienda, Tesorería general y Administración especial de loterías, con Administración Económica en cada provincia; tiene Aduana en Habana, Matanzas, Cárdenas, Sagua (Isabela), Nuevitas, Baracoa, Santiago de Cuba, Guantánamo, Manzanillo, Santa Cruz del Sur, Trinidad (Casilda), Cienfuegos, Caibarién, Gibara y Tunas de Zaza, cuyos puertos están habilitados para el comercio exterior y de cabotaje.

CAPÍTULO II

CAUSAS FUNDAMENTALES DE LAS GUERRAS DE CUBA. BREVE HISTORIA DE LA PRIMERA DE ELLAS.

Volvamos la vista á las causas de la rebelión cubana, que bien lo merecen. Motivo hay en ella de pena y de estudio; de pena, porque nosotros mismos, con nuestros increíbles errores, la hemos hecho; de estudio, porque, al ver las consecuencias de aquellos errores, aprenderemos á no caer en ellos nuevamente. Y si no aprendemos será prueba de que estamos condenados sin remedio á pronta y vergonzosa muerte, porque Nación que ni aun á tanta costa aprende no merece vivir.

Lo que Flandes fué á nuestra grandeza, ha sido y es Cuba, hasta ahora, á nuestra decadencia. En las guerras sostenidas en esta isla hemos mostrado las calidades fundamentales de la raza, á saber: el valor, la constancia y el sufrimiento. En cambio los defectos han aparecido tan terriblemente agrandados, que el ánimo más fuerte desfallece al considerarlos. Los ejércitos veteranos, los generales entendidos, maestros en el arte de la guerra, que pasaron á los Países Bajos con el Duque de Alba; los

grandes ideales políticos y religiosos, ya no los tenemos. En cambio, ¡á qué espantosos términos han llegado el desgobierno, la falta de reflexión, la necesidad (de dicha falta nacida) de improvisarlo todo; la pobreza de pensamientos; el miserable amor al dinero y á los premios ganados de cualquier modo; en suma, todas las flaquezas del carácter español, iniciadas con su degeneración, mediado el siglo XVII, crecidas en el XVIII, y venidas á tal magnitud en el XIX con la muerte de los estímulos tradicionales, que ha de ser necesario á las nuevas generaciones mucha perseverancia y energía para vencerlas y restaurar las antiguas virtudes! El único medio de lograrlo es conocer bien los males presentes y sus causas. Sin diagnóstico bien hecho no se cura ninguna enfermedad.

*
* *

La separación de las provincias y reinos que España tenía en América quedó decretada el día de su vencimiento, cuando la independencia de Holanda y la paz de los Pirineos la obligaron á dejar á Francia el primer puesto, después de rota la unidad nacional en 1640. Con ella cayeron, y, andando los años, vinieron á completa nulidad sus ideas políticas y sociales, que otras muy diversas, y aun contrarias, reemplazaron, y desde entonces gobiernan el mundo en daño nuestro.

Los Borbones, raza extranjera y de cortos alcances, nos pusieron el sello de la nulidad trayendo al

propio gobierno español los pensamientos de los vencedores. Desde que vinieron acabóse la defensa de lo nacional y dímonos á la copia de lo de fuera. Todo cambió, y nada con ventaja nuestra. España comenzó á disfrazarse vistiéndose de ajenas telas. Todavía sigue el disfraz, y Dios sabe cómo y cuándo acabará.

Los daños que en América produjo el nuevo concepto de gobierno, fueron tremendos é irreparables. Triunfante en la Península el absolutismo francés, sintiéronse sus efectos en Ultramar, principalmente en la gran merma que tuvo la autoridad de los virreyes. Triunfante el enciclopedismo, puso todo su esfuerzo en quitar autoridad al clero, decretando contra éste diversas leyes, á cual más disolventes, y acabando por expulsar á los jesuítas, que fué tanto como derribar una de las columnas sobre que asentaba el imperio español de las Indias. Por último, el rey Carlos III, gran ministro de Fomento pero político imbécil, declaró la guerra á la Gran Bretaña para ayudar á los Estados Unidos á hacerse independientes, funesta determinación que acabó de dar en tierra con dicho imperio. Aquel desdichado soberano fué el primero y el mayor filibustero.

Así como el liberalismo y la democracia contemporáneos no son otra cosa que consecuencias lógicas de la premisa borbónica, así también cuanto después nos ha sucedido en el Nuevo Mundo es natural resultado de lo hecho por los Borbones en Ultramar. El ejemplo de los Estados Unidos produjo la rebelión de todas las posesiones españolas de tierra firme, y el de éstas dejó preparada la separación de Cuba. «Situada en medio del continente, recibía del Norte

el sentimiento de libertad, y del Sur el ejemplo, aún caliente, de cómo se hacen libres los pueblos.» (Enrique Collazo: *Desde Yara hasta el Zanjón*, pág. 1.ª)

Peor aún que las lecciones de rebelión que dieron los hechos, fué el contagio de las ideas. Eran éstas esencialmente antiespañolas, como no podía dejar de suceder dado su origen, y habían crecido gallardamente al calor de una historia falsificada en Londres y en París, en la cual han aprendido los americanos que España es nación de tiranos y explotadores, sedientos de sangre y oro, incapaces de pensamientos humanitarios, dominados por el fanatismo y estériles, ó poco menos, para la civilización. Así nos han pintado nuestros enemigos; por la pintura nos han juzgado nuestros hijos; del triste juicio que han formado ha venido el odiarnos, y en los más benévolos el desdeñarnos.

No sólo el territorio, el comercio, la raza y demás elementos materiales hacen las naciones. También la igualdad de sentimientos, de deseos y de simpatías entran por mucho en ellas. Son éstos á aquéllos lo que el cemento á las piedras en un edificio, ó lo que el alma al cuerpo en el hombre. Desháganse, y el edificio caerá al primer soplo. Tal ha sucedido en España. Murió el alma nacional hace dos siglos, y sobre su tumba han estado vertiendo maldiciones é injurias escritores embusteros é ignorantes, á los que (vergüenza da decirlo) copian estúpidamente muchos españoles. Nosotros mismos, desde el Gobierno (con los Borbones primero, y con el liberalismo y la democracia más tarde), desde la cátedra, desde el libro y desde el periódico, hemos estado raspando y desmenuzando el

fuerte cemento puesto al edificio español por tantas generaciones, y ahora nos admiramos de que las mayores piedras se hayan venido al suelo y otras se muevan también sobre sus antiquísimos asientos.

Murillo y los demás alzados en Chuquisaca en 1809, eran lectores de libros franceses. Hidalgo, el jefe de la primera rebelión de Méjico, nutría su espíritu diariamente de páginas de *Las ruinas de Palmira* de Volney, y otras semejantes; Bolívar vivió no poco tiempo en París, y puede decirse que allí se educó. Los ministros reformistas de Carlos III y Carlos IV, y los representantes que América tuvieron, hicieron lo demás.

*
* *

Lo propio ha ocurrido en Cuba. Las sucesivas reformas, á cual más impremeditadas y nocivas; el vaivén de las constantes revoluciones españolas en este desdichado siglo; la falta de gobierno en Madrid, pues por lo mismo que solemos cambiar de ministros cada seis meses, por lo menos, estamos como si nadie nos gobernara; la atracción mercantil, política é intelectual del continente sobre la isla, prepararon los materiales del gran incendio de 1868. Faltaba sólo una mecha que prendiese el fuego, y buen cuidado han tenido los Estados Unidos de acercarla cuando les ha convenido.

Empezó á alterarse en la isla la paz de los espíritus con las impremeditadas novedades que introdujeron las desdichadas Cortes de Cádiz. En ellas

dijo el diputado por Puerto Rico D. Ramón Power que la política española en las provincias ultramarinas había sido injusta, y añadió que la negativa ó aplazamiento de las reformas que pedía produciría trastornos. Lo primero era consecuencia de su desconocimiento de la historia de nuestro imperio ultramarino, y lo segundo consecuencia de lo primero.

Poco después comenzó á esparcir la semilla separatista el venezolano Vidaurre, magistrado de la Audiencia de Puerto Príncipe. Ayudábale D. Gaspar Betancourt, quien, por haberse casado á disgusto de su familia, había tenido que marchar á los Estados Unidos, de donde volvió desespañolizado del todo. Betancourt fué el mejor discípulo de Vidaurre, y éste el mejor amante de la mujer de aquél. Varela y Luz Caballero continuaron la obra de ambos, y desde entonces, ni un momento han dejado los separatistas cubanos de trabajar, en la escuela de primeras letras como en la cátedra universitaria, contra la madre patria. Esta obra destructora está hoy acabada, y por cierto muy á gusto de los que en ella han trabajado. Apenas queda en Cuba un cerebro que piense y sienta en español.

*
* *

El primer intento serio de rebelión que hubo en Cuba, le hicieron en 1823 los soldados peninsulares enviados por el Gobierno liberal. No era novedad en ellos la traición, pues ya se habían alzado con Riego. Aquí no habían encontrado mejor gente que mandar

á lo que nos quedaba en Ultramar que la de las Cabezas de San Juan.

En Agosto del 33 quisieron rebelarse de nuevo para proclamar la Constitución que Fernando VII acababa de suprimir. La conspiración llamóse de *Los soles de Bolívar*, y entraron en ella militares y paisanos peninsulares, además de los isleños. Gracias á que no tenía libertades que le esclavizasen, pudo el general Vives contener el alzamiento. Por entonces comenzaron á manifestarse las tendencias anexionistas, al propio tiempo que el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Quincy Adams, declaraba que Cuba tenía que ir á manos de aquella República, *como la fruta desprendida del árbol cae al suelo.*

De la gente expulsada por el general Mahy se formó en Méjico y en Colombia la *Junta patriótica cubana*, la cual acordó levantar un ejército de 25.000 hombres, que, mandado por Páez, había de invadir á Cuba. Vives, que estaba alerta, desbarató la expedición.

La regencia de María Cristina indultó á los conspiradores. Ellos, viendo que empezaba una nueva era liberal, volvieron á conspirar. Tuvo España la suerte de que el gobierno de Cuba estuviese en manos del general Tacón, quien pidió para la isla leyes especiales, desterró á unos, castigó á otros y desconcertó á todos. De los desterrados fueron Saco y D. Pedro Calvo, marqués de Casa-Calvo, hombre bullicioso que vino á Madrid á levantar los ánimos contra el capitán general. Gastando dinero, consiguió que le ayudasen algunos periódicos liberales.

El ejército que en la Gran Antilla teníamos era

levantisco y más propio para hacer asonadas que para sofocarlas. Tacón se quejaba de que le mandaban «lo más malo en cualquier sentido».

En Diciembre de 1833 se alzó en Santiago de Cuba el general Lorenzo proclamando la Constitución de 1812. Tuvo que huir de la isla; pero la mayor parte de los separatistas que le habían metido en el huero cacumen la idea de la rebelión se vinieron á Madrid á reforzar el vocerío de los clubs reformistas, y siguió aquí la conspiración abortada allá.

En tiempo de Valdés, uno de los mejores capitanes generales que ha tenido Cuba, hubo tres conspiraciones, las que castigó con energía.

Sucedióle O'Donnell, quien en la *Relación reservada* que envió al Ministro de Ultramar decíale: «El día en que se dividiesen esos mandos (como ya se intentó diferentes veces por algunos agentes incansables de la emancipación de estos dominios, que existen en la corte de Madrid)..... quedaba menguada la autoridad de la capitanía general, y el país expuesto á sacudimientos que le conducirían á su destrucción.» Estaba en lo cierto. En su tiempo se descubrieron conjuras en el ingenio Arratia (Macurijes), en el de Lagunillas, en el cafetal «Perseverancia», en las inmediaciones de Matanzas y en otros sitios. Ya en aquella fecha había en los Estados Unidos sociedades filibusteras toleradas y aun protegidas (como ahora) por el Gobierno de Wáshington. Ayudaban á la conspiración muchos periódicos madrileños. O'Donnell tuvo que prohibir á algunos de ellos la entrada en Cuba. El presidente del Senado norteamericano, Mr. Dallas, propuso á aquella Cámara la anexión de

la gran Antilla. Los Ministros de la República decían que se apoderarían de la isla cuando les diera la gana.

La revolución francesa del 48 alentó á los que conspiraban. La masonería dominaba en todas partes desde los primeros años del siglo, siendo cada logia un centro de filibusterismo. Esperaban los separatistas que España proclamaría la República y que el nuevo Gobierno les daría la libertad. Por entonces se habló por primera vez de venta de Cuba á los Estados Unidos. El Gobierno de esta nación descubrió por completo sus propósitos; y no viendo probabilidades de lograrlos, abrió la mano á las expediciones piráticas de Narciso López y otras (1850-1852). Gobernaba entonces la isla don José de la Concha, quien consiguió prender á López y á otros piratas, fusilándolos en seguida. Siguieron, á pesar del castigo, las conspiraciones, alentadas cada día más descubiertamente por los Estados Unidos (conspiración de Pintó, expedición de Quitman, conspiraciones de Estrampes, de Santa Rosa y otras).

Así llegamos al mando del general Serrano, mal gobernante y peor general, quien con increíble ligereza nos metió en la aventura de Santo Domingo, de la que salimos como D. Quijote de la de los yangüeses, dando á los cubanos rebeldes el triste espectáculo de nuestra expulsión de la isla hermana por fuerza de armas.

Desde aquel día debimos prepararnos á sostener en Cuba una sangrienta guerra.

*
* *

La situación de España favorecía singularmente á sus enemigos. No teníamos Gobierno, no teníamos política, no teníamos ejército. De los pronunciamientos no podía salir nada de lo que nos faltaba, y vivíamos sin ello, al día, tropezando de suceso en suceso, á merced de la misericordia de Dios. Así hemos llegado hasta hoy.

Mientras en América crecía la conjura contra la Patria, Prim, Serrano, Dulce y otros conspiraban en Francia y en Bélgica contra Isabel II, señora escasa de muchas cosas, incluso de talento. ¡Achaque de Borbones! Documentos no há mucho publicados por el Sr. Pirala han probado que Prim anduvo en tratos con los separatistas. Repitióse, por tanto, lo hecho por Riego y Quiroga en 1820, y seguimos comprando libertades á cambio de pedazos del territorio nacional, á tanta costa ganados por nuestros padres.

La causa del alzamiento de Yara no fué el malestar económico: la prosperidad de la isla era grande. Ni el peso de las contribuciones, porque se pagaban muy pocas. La hizo la gente rica, educada en doctrinas antiespañolas, la cual arrastró á la del campo, más dada á aventuras que al trabajo. Los jefes del separatismo estaban muy al tanto de los aprestos de los revolucionarios españoles, y esperaban que éstos les diesen la deseada ocasión. Como si los Gobiernos de Madrid no tuviesen otro propósito que el de ayudarles, estaban preparando con sus desaciertos los jefes de la futura rebelión; pues luégo de haber llevado á Cuba, de jefes de milicias, á los principales guerrilleros de Santo Domingo que nos ayudaron en la guerra de aquella isla, los había olvidado casi del

todo, sin procurar tenerlos contentos y dejándoles abiertos todos los caminos para irse al enemigo.

Los trabajos revolucionarios hiciéronse al mismo tiempo en Europa y en América: aquí, por revolver el río; allá, por aprovechar las aguas turbias para hacer una buena pesca. Las logias masónicas no se daban punto de reposo; pero había en ellas varias tendencias, y era difícil el acuerdo completo. Hubo juntas para tratar del alzamiento. La gente del Camagüey creía que no debía acudirse aún á las armas. De la de Oriente, pidió una parte (Holguín y Bayamo) algún aplazamiento; pero la de Manzanillo quería que se diese el grito de independencia sin más tardanza. Los que más bullían eran Céspedes, Donato del Mármol, Pedro y Luis Figueredo, Pancho Aguilera, Rubalcaba y Francisco Maceo Osorio. Desde Julio tenían reunidos hombres (L. Figueredo en Mijial, junto á Holguín; Angel Maestre y Juan Ruiz, en La Esperanza, cerca de Manzanillo) para comenzar las hostilidades. Esperaban armas y noticias de España.

La noche del 9 al 10 de Octubre de 1868 alzóse Céspedes en la Demajagua, ingenio de Yara (Manzanillo), con 37 hombres. La voz fué ¡Viva la libertad! Algunos añaden que se gritó ¡Viva Prim! El Manifiesto que dió Céspedes era tan separatista como cursi, mal escrito y falto de razones. Dígolo sin pasión de español. Cualquier persona de buen gusto que lo lea dirá, aunque haya nacido en China, lo mismo que yo.

Unidos los 37 de Céspedes á otros muchos, fueron sobre Yara, de donde salieron escarmentados y dis-

persona. Iban huídos camino de la sierra, cuando los encontró Luis Marcano, quien los reorganizó y dió ánimos. Calixto García y Donato Mármol, luégo que supieron lo ocurrido, salieron al campo con 100 hombres más, y se apoderaron fácilmente de Santa Rita, Baire y Jiguaní. Céspedes proclamóse presidente de la República, dió el mando del ejército á Marcano, y por consejo de éste fué sobre Bayamo.

Don Julián Udaeta, teniente gobernador de esta plaza, era masón, y por esta causa habíase mostrado siempre condescendiente con los enemigos de España. En sus barbas habían dado éstos vivas á la independencia de Cuba tiempo antes, y no lo había impedido ni castigado. La noche del 16 de Octubre, avisado por el gobernador de Manzanillo de la marcha de Céspedes, todavía repetía «que mientras él mandara no se pondrian en armas los revolucionarios, porque así se lo habían ofrecido». Atacado por la gente de Marcano, y dueña ya ésta de la población, seguía diciendo que nada había que temer, y que si salía del cuartel, todos los insurrectos le saludarían quitándose el sombrero. Por último, se rindió vergonzosamente. Era un mentecato; pero mentecatos de esta estofa han traído á España al estado en que está.

Las operaciones comenzaron mal. El coronel Campillo, que pudo salvar á Bayamo, no lo hizo porque encontró en Barrancas al enemigo, se asustó de él y se retiró cobardemente á Manzanillo, dejando en poder de aquellos noveles guerreros algunos soldados. El coronel Quirós, que con 700 hombres salió de Santiago de Cuba con igual destino, tampoco pudo

llegar. Udaeta, Campillo y Quirós hicieron más por la rebelión que todos los rebeldes juntos.

Holguín, atacado por numerosa fuerza, defendióse bizarramente, rechazando al enemigo. Pero animado éste por las demás ventajas que había conseguido, creyó muy próximo su triunfo. Familias enteras salieron al campo, quedándose á vivir en el bosque, tan tranquilas y contentas como si fuesen á una romería. En España tampoco dieron gran importancia á la guerra. Los demócratas vencedores en Alcolea pensaron que los alzados les tendrían por correligionarios y amigos, y les obedecerían.

Los primeros sucesos autorizaban las esperanzas de los insurrectos. Apoderáronse de Guaimaro y Cascorro; redujeron al asustadizo brigadier Mena, gobernador de Puerto Príncipe, á una bochornosa defensiva, y además le engañaron casi tanto como á Udaeta, y en poco tiempo (de Octubre á Diciembre) se vieron dueños de los campos de la mitad de la isla.

*
* *

En Noviembre mandó Lersundi al general segundo cabo, Conde de Balmaseda, que fuese á Manzanillo, y de allí intentase recobrar á Bayamo. Fué, pero no ejecutó lo que le encomendaron porque le pareció que no tenía bastantes fuerzas. Algún tiempo después salió de Nuevitas, se encaminó á las Tunas, donde se le juntó el coronel Loño con alguna fuerza, y al frente de unos 2.000 hombres marchó sobre la que los insurrectos denominaban capital de la República. De-

rrotó al enemigo en el Salado, pasó el Cauto maniobrando con mucha habilidad, y entró sin más resistencia en aquella población; pero sólo encontró ruinas, porque Céspedes quiso representar en el corazón de la manigua una parodia del incendio de Moscú por los rusos (Enero de 1869).

Por entonces se desengañó Balmaseda de la política de atracción y benevolencia que había seguido. Estaba el enemigo muy arrogante para no creer que la benignidad era miedo. También Lersundi se convenció de que lo que á él se le había antojado pequeño motín era toda una guerra separatista. De la Península mandaron en su lugar á Dulce, el cual aún llegó á la Habana más equivocado que lo había estado su antecesor, porque para curar la agudísima enfermedad que la isla padecía no llevaba otras medicinas que unos cuantos decretos proclamando otras tantas libertades, á semejanza de lo que por aquellos mismos días hacían en Madrid sus compañeros de pronunciamiento. La intención de Dulce era buena, pero su capacidad escasa y su acierto ninguno. En su tiempo se encendieron más que nunca las pasiones y empeoró la situación.

En este primer período de la guerra, el enemigo era poco temible. Carecían de experiencia los jefes (menos los dominicanos) y de firmeza los soldados. La carga que la caballería dió á la columna de Quirós, junto á Baire, metió más ruido del que merecía. No habían acertado aún los rebeldes con la táctica conveniente á sus fines y calidades militares. Hacían trincheras y se defendían en ellas, como sucedió en el Clueco, Mina de Juan Rodríguez, Loma Vapor

y en el camino del Jobabo. También quisieron impedir á Balmaseda el paso del Salado, y lo hicieron muy mal. Cuando Gómez, los Marcanos, Díaz y los demás dominicanos los adiestraron; cuando estuvieron fogueados y tuvieron armas, hiciéronse enemigos de alguna, no mucha, consideración. Á que se hicieran esperamos para comenzar á combatirlos con empeño y mediana eficacia.

Á Dulce sucedió Caballero de Rodas, bajo cuyo mando la persecución fué muy ejecutiva, penetrando el ejército en los parajes donde el enemigo tenía sus guaridas. Á este general, como á sus antecesores, le engañaron los rebeldes con tratos de paz, que les sirvieron para lograr alguna tregua, dinero y ropas con que vestirse, pues andaban muy destrozados. Los del Camagüey se quedaron con lo que el General les adelantó, y la guerra siguió como antes.

En las Villas, la insurrección iba de vencida á fines del 70, y en todo el año 71 las pacificaron Portillo y Balmaseda empleando una bien entendida severidad, que atemorizó mucho al enemigo. Las listas de presentados llegaron á tener 14.000 nombres. Fué de mucha importancia la campaña del Conde de Balmaseda de capitán general. Con 30.000 hombres, entre soldados, voluntarios y guerrilleros, en constante movimiento, llevó el terror á todas partes, y tuvo la rebelión completamente dominada en el Camagüey, reduciéndola al departamento oriental. Si el año 1872 le hubieran enviado 10.000 soldados más, hubiera acabado la guerra. El propio Máximo Gómez lo declara en su folleto *El convenio del Zanjón*, y no lo ha ocultado nunca en conversaciones particulares.

En vez de refuerzos le mandaron el relevo, pasando á ocupar su puesto el general Cevallos. Las causas eran estar el Conde notado de alfonsismo y querer ir á Cuba de general en jefe el general Zabala, ministro de la Guerra, el cual, mientras podía marchar, mandó á Cevallos de interino. ¡Cosas de nuestra política y de nuestras revoluciones!

Cevallos quiso regularizar la campaña. Reunió las tropas para revistarlas y que se repusieran, concentró muchos pequeños destacamentos, y comenzó las obras de la trocha del Bagá, que había de ser para el Camagüey lo que la del Júcaro á Morón para las Villas. Gastóse mucho dinero, murió muchísima gente, y los insurrectos pudieron descansar de las pasadas fatigas y reorganizarse.

Tenían ya entonces soldados veteranos y regulares jefes, entre éstos Gómez, Sanguilí, Vicente García, Maceo, Calixto García, Modesto Díaz y Salomé Hernández. El armamento era malo, las municiones escasas, y no estaban siquiera uniformados. En cambio tenían mucha costumbre de vivir en los bosques, conocían todos los caminos y eran sobrios. La mejor, podría decir su única infantería, era la de Oriente. La caballería mejor dispuesta era la del Camagüey, sin llegar nunca á la mitad de lo que pregonó la fama. El jefe de ella y organizador de la guerra en dicha comarca fué Ignacio Agramonte, á quien nuestras tropas mataron el 11 de Mayo de 1873 en Jimaguayú.

No alteró su muerte la marcha de la guerra, cada vez menos favorable para nosotros. De la Península sólo mandaban quintos sin instrucción; no teníamos oficiales de artillería; escaseaban todos los recursos y

faltaba buena dirección. El enemigo tomó la ofensiva. El 10 de Abril entró en Auras, y la saqueó; macheteó á la columna de Abril en el Cocal del Olimpo; saqueó á Santa Cruz y Nuevitas; macheteó la columna de Diéguez; atacó á La Zanja y á Manzanillo. En estos y otros combates cogió muchas armas y municiones, acabando el año con el macheteo de la columna de Vilchéz en Palo Seco.

Tras esta acción vino la de la Sacra, luégo la de las Guásimas (1874), y, por último, la entrada de Gómez en las Villas en 1875.

Á principios del 76 llegó la insurrección á su apogeo. Pero estaba ya herida de muerte. Á la disparatada Constitución política ideada por los insurrectos se unían para hacer imposibles sus propósitos las antipatías locales, las rivalidades de los jefes y el ningún concierto entre los políticos y los cabecillas. De esto, de la falta de dinero y de la de víveres en la manigua se estaba muriendo á toda prisa la guerra cubana cuando llegó Martínez Campos.

Como al propio tiempo España, ya pacificada, mandaba á Cuba muchos y buenos soldados y el general de mayor reputación, casi todos los rebeldes comprendieron la inutilidad de continuar peleando. Por eso fué el Zanjón una innecesaria muestra de debilidad. La paz hubiéranla hecho las armas. El convenio dejó á los insurrectos persuadidos de que el oro y no las balas les habían vencido.

Costó aquella pavorosa aventura 700 millones de duros y 200.000 hombres. La culpa de esta inmensa pérdida no debemos echarla á la manigua ni al vómito: la culpa es principalmente de la falta de pre-

paración militar, de la poca inteligencia de los que dirigieron la campaña y de los malos políticos que gobernaban en Madrid.

La segunda guerra nos ha sorprendido aún más desprevenidos que la primera, con menos tropas en la isla, mal armadas, mal organizadas, sin caminos estratégicos, sin cuarteles, sin hospitales, sin dinero, sin nada. No habla la Historia de otro caso igual. En cambio el enemigo tenía muy estudiado lo que había de hacer, y había reunido en diecisiete años de constante trabajo buena cantidad de recursos.

CAPÍTULO III

ANTECEDENTES DE LA REBELIÓN

La paz del Zanjón no fué paz. Quedó tranquilo el Camagüey, pero siguió la guerra en Oriente, donde Maceo quería continuarla por su cuenta, pensando que tal vez con esto vendría á ser el jefe único del separatismo. Pero este guerrillero, á quien las ponderaciones de los amigos, y las torpezas y aun las alabanzas de muchos de los que le han combatido, han dado reputación muy superior á sus méritos, carecía de las dotes necesarias para desempeñar tan importante papel. Convencido al poco tiempo de su impotencia pidió permiso para salir de la isla, y luégo que le consiguió embarcó para Jamaica en el *Fernando el Católico*, buque de la armada. Guillermón, Prado, Martínez Freire, Feria, Marrero, Rabí, Flor Crombet y Quintín Bandera presentáronse con bastante gente en el poblado de San Luis, entregando las armas después de haber conseguido que se les hiciese mejor partido que á los del Zanjón. Se dió á estos rebeldes mayor paga, 60 raciones y ropa.

Pero la guerra, aunque muy reducida, continuó;

Ignacio Díaz no quiso presentarse, y con él siguieron algunos rebeldes en los estribos de la Maestra, de la jurisdicción de Manzanillo. En ésta quedó en operaciones un batallón del regimiento de España. El coronel, Sr. Montilla, no dejó tampoco de perseguir, con fuerzas de su regimiento, á insurrectos dispersos que aún había en Sancti-Spíritus. También en la Ciénaga de Zapata quedaron algunos grupos de gente armada. En Noviembre del 78, nueve meses después del Zanjón y pasados cinco del pacto de San Luis, la guerrilla de Simancas, mandada por el teniente Carrión, encontró á una partida enemiga en Ciego Potrero y Vereda del Caballo, con la cual sostuvo un tiroteo, en el que la fuerza leal perdió, entre muertos y heridos, 11 hombres. Á fines de Enero del 79 una partida atacó en el potrero La Ceiba á una sección de caballería de la Reina mandada por el teniente Marchante, el cual perdió en el combate 27 caballos con sus monturas. Días después encontró á la misma partida el teniente Zapata en Guano Alto y rescató 18 de dichos 27 caballos. Otro grupo enemigo entró por aquellos días en el poblado de los Perros, saqueó y quemó la tienda de D. Pedro Prieto, y se llevó los fusiles que en ella había almacenados. El general Polavieja, comandante militar de Puerto Príncipe, vió su jurisdicción invadida por la gente del cabecilla Bonaechea, autora de estos y de otros desmanes, y en poco tiempo la arrojó de aquel territorio.

La Junta revolucionaria de Nueva York seguía conspirando. Ya no contaba con Máximo Gómez, quien se había ido muy desengañado de los cubanos,

pero sí con Calixto García, hombre de gran autoridad en Oriente. Poco era esto, sin embargo, en comparación de lo que la ayudaban los políticos peninsulares con sus increíbles desatinos. Uno de los mayores fué el dejar en el más completo abandono á los muchos insulares que tan valerosamente habían peleado á nuestro lado.

Á los que se alzaron contra la madre patria les dieron dinero, ropas, consideraciones y hasta empleos. A los leales no se les dió nada; no se les pagó siquiera lo que se les debía, que era mucho.

Las consideraciones que también les debíamos no las tuvimos, guardándolas para los enemigos, á quienes prefería el Gobierno en todo. La Junta estaba muy al tanto del disgusto y murmuraciones de los guerrilleros, y supo aprovecharlas. Consiguió con facilidad atraérselos, y cuando estuvo segura de ellos determinó dar nuevo impulso á la guerra, á la sazón reducida á lo que dicho queda, pero no acabada ni mucho menos. También favorecía la empresa el estar convencidos los cubanos, como ya he dicho, de que la llamada paz del Zanjón se hizo en fuerza de dinero, y que por la de las armas no hubiera podido España vencerlos.

Al general Martínez Campos sucedió en el gobierno de Cuba el general Blanco. Algo supo de lo que se tramaba en Oriente, y nombró comandante militar de aquella provincia al general Polavieja, hombre muy conocedor de la comarca y de sus naturales, estudioso, trabajador, sereno, enérgico y animado de los propósitos más sanos y patrióticos; cualidades siempre raras y ahora más, y que con sumo

gusto reconozco en este libro, en que tan pocas ocasiones de alabanza se me ofrecen.

Avisó Polavieja á Blanco de lo que sucedía; pero al Capitán general, que no conocía el verdadero estado de la isla, le parecieron exagerados los temores de aquél. Insistió en sus avisos Polavieja, añadiendo que la rebelión debía empezar el 24 ó 25 de Agosto, y solicitando autorización para prender y deportar á los principales cabecillas. No le creyeron lo primero ni le autorizaron á lo segundo. Pedía también que le diesen dinero para pagar á los guerrilleros sus atrasos, único medio de reconciliarlos con nosotros, y tampoco se lo dieron. El general Blanco estaba tan ciego como antes que él lo había estado Lersundi y después lo estuvieron otros.

No se desanimó el vigilante y activo Polavieja. Tenía muy buenos confidentes, y por ellos conocía todos los pormenores de la conspiración. Sabía que la gente de Hongolosongo, Banabacoa, Botijas y otras partes vivía guardando la organización militar que tenía cuando la mandaban Maceo, Bandera y los demás cabecillas; que no carecían de armamento; que los poblados, que antes habían estado de nuestra parte, nos eran todos, sin excepción, hostiles; que las guerrillas, incluso las escuadras de Guantánamo, estaban con el enemigo, y que la voz se daría en la jurisdicción de Holguín.

Marchó á Gibara, y de allí á Bicana, Campechuela y otros puntos, procurando ganar á los guerrilleros, lo que, no sin trabajo y mucho riesgo, fué consiguiendo. En la noche del 24 al 25 de Agosto alzóse con una gruesa partida en San Cristóbal (Holguín)

el titulado brigadier Belisario Peralta; otra de 15 hombres apareció en Nasa; otra de 50 en el Yarayal, y una de 400 cerca de Holguín. Maceo (José) y Guillermón salieron de Santiago de Cuba y pusiéronse al frente de unos 300 hombres. Los cabecillas residentes en Guantánamo no pudieron salir al campo porque los prendió á tiempo el coronel Aguilera. En Sagua de Tánamo, Mayarí, Cobre, Cauto y Baire alzáronse Rabí y otros jefes. Esperaban los rebeldes que pronto irían Antonio Maceo y Calixto García á dirigir la campaña; pero aquél estaba tan bien vigilado que no pudo moverse de donde se hallaba, y éste, aunque logró desembarcar en Sabana la Mar con 15 hombres, nada pudo hacer porque cayeron sobre él treinta columnitas volantes de 20 hombres cada una, las cuales le persiguieron tan ejecutivamente que al poco tiempo tuvo que entregarse.

Dirigida la campaña con grandísima energía, actividad y conocimiento de aquella guerra, dió pronto los deseados frutos. Peralta, Guerra, Calunga, Almaguer y otros se presentaron á los pocos meses. No hubo pacto con ellos, con Calixto García, ni con nadie. Todos tuvieron que entregarse incondicionalmente á merced del vencedor. El último que se rindió fué el *brigadier* Limbano Sánchez, en Baracoa, donde se había quedado solo.

Salieron al campo 8.243 personas, de las que 1.900 eran mujeres y niños, y los demás soldados viejos de insurrección. Sufrieron la pena de extrañamiento más de 1.500 personas y murieron bastantes cabecillas. A nosotros nos costó el alzamiento 417 bajas entre muertos, heridos y extraviados.

Fué esta rebelión la que empezó con mayores bríos de cuantas ha habido en Cuba y la única que España ha acabado por las armas en América hasta hoy.

No por eso escarmentaron nuestros enemigos. Á los seis meses de acabada la campaña descubrió Polavieja otra conspiración, casi toda de negros y mulatos, que Antonio Maceo dirigía desde fuera ayudado de Luperón, ex presidente de la república de Santo Domingo. En pocos días dieron con sus cuerpos en la fragata *Almansa* 265 conspiradores, no estallando la guerra merced á este saludable rigor.

Ni aun así quedó hecha la paz. Mantenían con las armas la protesta contra el dominio español partidas de bandoleros á quienes los naturales amparaban de la Guardia civil. Los ministros decían en el Parlamento que Cuba estaba tranquila y el separatismo muerto; pero, según su costumbre, se engañaban y nos engañaban. Aunque hubo otros intentos de rebelión aguda, no bastaron á despertar de su sueño á nuestros míseros políticos.

Tuvo el general Salamanca, siendo Capitán general, la extraña ocurrencia de llamar á Maceo á la Habana. Llegó éste en el preciso momento de morir aquél, y sólo sirvió su llegada para que los separatistas hiciesen alarde de sus simpatías por el cabecilla mulato, agasajándole públicamente, honrándole con banquetes, y dándole el título y honores de general, de que se mostraba muy ufano.

De esta suerte recorrió la isla, sin que las autoridades procurasen evitar aquellas insolencias, ni menos castigarlas, pareciendo en ocasiones que él era la única autoridad. Del importante papel que le con-

sentíamos sacaba gran provecho político, y también personal. Maceo es anchísimo de conciencia, y sin más altos propósitos que los de tener dinero y honores, sea como fuere. Aunque sus alcances no son muchos, le han bastado para comprender que le temían y beneficiar este temor, del que ha sabido hacer una mina. Compraba abonarés á los pobres guerrilleros, los que se los daban por poquísimo dinero. Luégo los presentaba al cobro, y lo que no habían conseguido nunca los leales á pesar del derecho que les asistía, lo lograba fácilmente aquel enemigo nuestro. Lacret y otros hicieron igual comercio. Lo que el prestigio de España padecía con esto no hay para qué ponderarlo, pues salta á la vista.

Un día, porque la cantidad que pretendía cobrar era grande (dicen que 10.000 pesos), ó por alguna otra razón, Maceo encontró dificultades á que no estaba acostumbrado, y le pareció que no había medio más eficaz de vencerlas que ir á quejarse al Capitán general de aquel, á su parecer, grandísimo desacato.

Gobernaba la isla el Sr. Chinchilla, quien, en vez de enviarle noramala, le recibió en su despacho. Declaró Maceo su pretensión, negóse el Gobernador á satisfacerle, enfadóse el mulato; y como sobre el defecto gravísimo de la falta de educación tiene el no menor de darlas de valiente, rompió en amenazas, diciendo que en Oriente había 10.000 infantes y 2.000 caballos dispuestos á salir al monte con él, y que estaba determinado á sacarlos si no le pagaban los abonarés.

El Sr. Chinchilla replicóle con éstas ó parecidas palabras:

—Pues me alegro mucho de que lo haga usted, porque á mí me gusta pelear, y con eso me dará usted ocasión de cogerlo y fusilarlo.

Fué la respuesta más de soldado que de gobernador y general, por lo que la insolencia de Maceo subió de punto y ambos comenzaron á disputar con tan descompuestos ademanes y voces, que á éstas acudió gente que los separó cuando parecía que iban á venir á las manos.

La ocasión de encerrar al desvergonzado mulato en el Morro era excelente. Perdióse como tantas otras, y Maceo salió de la capitanía general muy contento del buen suceso de su atrevimiento, pues había insultado y humillado á España en la persona de su más alto representante en Cuba sin que nadie le castigase.

Según daban muestras de debilidad y de falta de seso las autoridades españolas, crecía la arrogancia de los insurrectos y se acercaba la revolución. La detuvo la crisis política de 1890, que derribó del poder á los liberales, poniendo en su lugar á los conservadores, porque éstos acertaron á mandar á Cuba de Gobernador general á Polavieja.

Ni un momento había perdido éste de vista los asuntos antillanos desde 1880, y tan al tanto estaba de lo que ocurría que desde San Juan de Puerto Rico ordenó la expulsión de Maceo, Crombet y Castillo, jefes del proyectado alzamiento. Otro intento que poco después hicieron le halló igualmente apercibido. Descorazonados los rebeldes tuvieron que dejar reducida la guerra á la que hacían los bandoleros Manuel García, Mirabal, el Tuerto Matos, Plasencia,

Alfonso, Gallo Sosa, Matagás, el Tuerto Rodríguez y otros titulados generales, jefes y oficiales del ejército libertador. Sólo Manuel García podía reunir hasta 300 hombres. Á pesar de la ayuda que los naturales daban á los bandoleros por considerarlos defensores de la independencia, cayeron en poder de los agentes de Polavieja 164; murieron á manos de éstos 43, y condenados por los tribunales 20. Un personaje cubano, diputado que ha sido varias veces, tuvo el desahogo de ir á suplicar al Capitán general que dejase salir de la isla á Manuel García. No le quedaron ganas de repetir la demanda.

Cuando más necesitado estaba de autoridad y de fuerza el Gobernador de Cuba, se las quitaron las reformas ideadas por el Sr. Romero Robledo (31 de Diciembre de 1891), y que parecen hechas de encargo para allanar el camino de los separatistas. Creó los gobiernos regionales, rompiendo la unidad política, geográfica y administrativa de Cuba; puso el gobierno de ésta en manos de seis señores nombrados en Madrid, sin que en el nombramiento se atendiera á otra circunstancia que el capricho del ministerio ó de algún buen amigo suyo; mandó que dichos empleados se entendieran directamente con el Ministro de Ultramar, quedando independientes del Gobernador; y con esto y con otras disposiciones semejantes, quedó aquella provincia más desgobernada que nunca y con más libertad los filibusteros para proseguir su obra.

Volvió el general Polavieja á la Península en 1892, en completo desacuerdo con el Gobierno y convencido de que la tempestad que nosotros mismos, con

nuestros errores y descuidos, habíamos ayudado á formar, descargaría en breve con grandísima fuerza. Las advertencias que entonces hizo al Gobierno, y particularmente á los Sres. Cánovas y Romero Robledo, constan en documentos reservados que algún día dejarán de serlo. Entonces se verá que á nuestros gobernantes les ha faltado previsión, conocimiento del problema ultramarino, atención para él, patriotismo; todo menos avisos. Á tiempo los tuvieron, y los desdeñaron declarándolos fantasías de pesimistas. Y no sólo los desdeñaron, sino que llevaron á mal que se los dieran, quedando muy disgustados con el General.

*
* *

Siempre han codiciado los norteamericanos la isla de Cuba. El deseo de poseerla es una aspiración nacional, como para los rusos la de apoderarse de Constantinopla ó como fué para nosotros, cuando teníamos aspiraciones, la reconquista de Granada. Pero antes que Cuba estaban la Florida, Tejas y la desmembración de Méjico, y en estas empresas emplearon sus fuerzas hasta mediado el siglo. Empezaron entonces á volverlas contra la Gran Antilla (expediciones filibusteras de Narciso López y otras); pero la gran guerra separatista del Norte contra el Sur los entretuvo dentro de casa. Los veinte años que necesitaron para curar las heridas que recibieron (1865-1884) pudo emplearlos España en prepararse á la guerra que sin remedio había de venir; pero no

se preparó, ni pensó en prepararse, ni al que hubiera hablado de ella le hubiese hecho nadie el menor caso.

En 1884 comenzaron los Estados Unidos la restauración de su armada, y desde entonces volvieron á dar alientos á los filibusteros. En 1890 descubrieron sus propósitos, pidiendo que hiciéramos con ellos un tratado de comercio que venía á ser la anexión mercantil de Cuba á la República. Mandaron agentes á la isla, consiguieron remover la opinión pública en favor del tratado, y tal arte se dieron los insulares poco afectos á España que consiguieron llevar á su partido á casi todos los comerciantes peninsulares. El famoso bill Mac-Kinley dió los frutos (para nosotros harto amargos) que de él se prometía su autor.

La armada norteamericana era ya más poderosa que la nuestra, y en breve había de ser reforzada con nuevos barcos. Con ella crecían las esperanzas de los separatistas, quienes muy bien sabían que, luégo que sus protectores estuviesen dispuestos, podrían reavivar en Cuba la guerra, á la sazón sólo sostenida por los guerrilleros de que antes he hablado. Casi diariamente introducían en la isla armas y dinamita, acompañadas de instrucciones para la organización de la campaña. Dinero no faltaba.

Tuvieron que aplazar el alzamiento de 1891 porque se hallaron descubiertos por Polavieja, quien ya hemos visto que se les adelantó. Desde que dejó el mando volvieron á conspirar á luz del día. En vez de perseguirles y castigarles, se prefirió tratarles con benevolencia, mejor diría con cariño. No bastando las lecciones de la experiencia, creyeron los gober-

nantes de acá y las autoridades de allá que todo se arreglaría con unas reformas políticas. Ellos dejáronse querer para tener libre entrada en la capitanía general de la Habana, en los ministerios de Madrid y en las tertulias de las personas influyentes, y estar bien impuesto de cuanto pensábamos hacer y del cómo y el cuándo.

La vaciedad de nuestros políticos vociferaba en periódicos, libros y Ateneos, y en el Parlamento y Consejos de Ministros, que en Cuba había paz, que nadie pensaba en alzarse contra España, y que el que otra cosa dijese era visionario, pesimista y hasta laborante. La sombra de Pangloss cerníase sobre la triste sociedad española. En los diecisiete años que ha durado el lúgubre engaño de la pacificación de Cuba, no se ha cansado de creer que vivía en el mejor de los mundos posibles.

Ni aun á última hora tuvieron los gobernantes un rasgo de honradez y sinceridad. Al contrario. Arreciaba por momentos la guerra en Cuba, saliendo del estado crónico para entrar por tercera vez en el agudo, y ellos mantenían el engaño con mayor tesón que nunca. En Octubre de 1894 tuvo que salir á toda prisa de Santiago de Cuba el coronel Zibikowski con la poca fuerza de que podía disponer en persecución de una partida levantada en la Maestra, y que había amparado un importante desembarco de armas. Halló al enemigo acabando sus aprestos guerreros, preparando las zonas de cultivo, reuniendo ganado y repartiendo armas á la gente que aún no las tenía. Parejas y pequeños grupos de rebeldes iban y venían á sus anchas. En el Camagüey la situación era in-

sostenible de todo punto, y así lo decía el Comandante militar al Capitán general, pidiéndole refuerzos para perseguir al *brigadier* Mirabal, que con su gente dominaba en los campos de aquella provincia. Manuel García seguía cobrando contribuciones á pobres y ricos en los alrededores de la Habana, ostentando con justificado orgullo sus títulos de *rey de los campos* y de brigadier del ejército libertador.

Creció la rebelión á sus anchas, sin que nadie hiciera cosa alguna por atajarla. Toda la energía del Capitán general y del Gobierno de Madrid se consumía en negar que la hubiese. Así les cogió el alzamiento de Baire, Jiguani, Santa Rita y otros poblados de Oriente.

Era imposible continuar el disimulo. Había que declarar el estado de guerra porque urgía el envío de refuerzos. Pero el vicio de mentir no se corrige fácilmente. El Gobierno dirigió una circular á los gobernadores de provincia, y creo que á nuestros representantes en el Extranjero, diciendo que carecían de fundamento los rumores alarmantes de haber una rebelión en Cuba, siendo lo cierto que habían aparecido dos partidas de bandoleros. Ni más, ni menos.

Persona de gran autoridad dijo desde allá por telégrafo, respondiendo á preguntas que desde aquí se le hicieron:

«La insurrección es formidable. Vengan 20.000 hombres de una vez.» La respuesta fué mandar 8.000 hombres mal armados, mal vestidos, sin instrucción militar, sin disciplina, y que por carecer de todo esto no podían llamarse soldados. ¡Tropas del

general López Domínguez! Llegaron tarde y mal, por lo que no aprovecharon de nada. Después han ido muchos más, hasta el número de 123.636, y tampoco han bastado. La mitad de este esfuerzo hecho seis meses antes nos hubieran dado la victoria en breve plazo. Hecho cuando ya no era posible seguir representando la comedia panglossiana, ha sido tardío, y, por tanto, ineficaz.

La comedia sigue. Todavía no sabe España la verdad de lo que pasa en Cuba. Aun la siguen engañando, y con fundamento temo que sigan hasta el momento de la catástrofe.

CAPÍTULO IV

DE SI ES ESPECIAL LA GUERRA DE CUBA. MANERA DE COMBATIR.

Á muchos he oído que la guerra de Cuba es especial, añadiendo los más que esta especialidad consiste en no haber reglas para hacerla, pues las que se estudian en los colegios militares no sirven para ella. Confieso que no entiendo esto de las guerras especiales. Si por tal se entiende la que no se parece á las demás, digo que todas lo son, pues no hay dos iguales. Si guerra especial significa una tan diversa de las otras que no rezan con ella las leyes fundamentales de la ciencia (ó del arte), aseguro que creer que puede haberla es error gravísimo y sin disculpa.

En Medicina corre muy acreditada la máxima de que no hay enfermedades, sino enfermos; lo que quiere decir que cada caso es un problema diverso de los demás, pero en el que, como en todos, rigen las leyes esenciales de la ciencia de curar. Lo propio sucede á las guerras. Cada una es un problema que se resuelve con estos dos elementos principales:

las leyes esenciales de la ciencia de guerrear y el talento del general en jefe para aplicarlas bien.

La razón de que la de Cuba nos parezca tan especial, es que no la hemos estudiado. Es increíble, pero ciertísimo, que pasando los españoles, no sin razón, por inventores ó poco menos de las guerras de partidas, apenas les den atención alguna en la paz; de modo que las practican sin conocerlas, es decir, por instinto, pero nunca con arte. Por eso la primera guerra civil la hicimos mal, y la segunda peor, y por eso también nada aprendimos en la vergonzosa campaña de Santo Domingo, ni en la guerra separatista de los diez años.

De no saber de ninguna de ellas sino lo superficial y aparente, ha venido el decir que la de Cuba no se parece en nada á las de la Península, y que de éstas no se podía sacar para aquéllas ninguna provechosa experiencia, á lo que aún añaden algunos que, como no sirve allí regla ninguna, no hay más modo de operar que el que la buena voluntad, capricho ó las circunstancias aconsejen á cada jefe.

Tal es la opinión dominante, y, gracias á ella, nuestras guerras de Cuba no son verdaderas campañas, sino persecuciones de bandoleros en grande, y de la que ahora sostenemos ha podido escribir con razón un corresponsal del *Times* que es un problema de arte militar que se está resolviendo sin arte.

La especialidad de la guerra de Cuba redúcese á que hay que vencer estratégicamente, pues los choques tácticos nada resuelven por sí solos. Lo mismo se ha visto en otras, en las del Cáucaso y en la nuestra

de la Independencia, por ejemplo. Estas guerras requieren un pensamiento militar y político muy completo y muy meditado. En España lo hemos entendido al revés, y por eso nos ha ido y nos va tan mal.

Hacer contra guerrilleros guerra de guerrillas es tal disparate como echarse al mar á coger los peces con la mano. Así como hay un sistema para hacerse con ellos, así también hay sistemas, métodos, para vencer en las guerras llamadas irregulares. Por desgracia es preciso estudiar y pensar mucho para conocerlos, y á nuestros generales no les deja tiempo la política para meterse en tales honduras. Muchos no han ganado en su vida más que elecciones. Y si alguno estudia seriamente el problema se puede asegurar de antemano que la política le arrinconará y prescindirá de él. Por lo mismo que conoce la guerra no irá á constituirla y á dirigirla. Lo importante no es servir, sino estar en el juego de los compadres. ¿No está? Pues no va. Los compadres guardarán el puesto para otro. De fijo para el más incapaz.

Ya he contado (capítulo II) cómo nació y creció la primera campaña de Cuba, y cómo dimos al enemigo tiempo para organizarse á su modo y jefes que le dirigieran. Lo mismo, por las mismas causas, ha sucedido en ésta. Al cabo de año y medio operamos tan irregularmente como el primer día, y ni siquiera se sabe de la existencia de un plan de operaciones.

En el orden táctico estamos como en el estratégico. Cada jefe de columna maneja la fuerza á su modo, sin otra razón que el haberse hecho así siempre, y

hasta que alguna sangrienta lección le desengaña y enseña.

De este modo vamos aprendiendo á mucha costa, poco..... y tarde.

*
* *

El rebelde Enrique Collazo, que no hace mucho dejó su cargo de contratista de armas y municiones en los Estados Unidos por el de jefe de una partida en Matanzas, dice, tratando de la carga que la gente de Máximo Gómez dió á los soldados del coronel Quirós: «Desde ese día conocieron los cubanos cuál debía ser su arma típica y su mejor defensa. ¡Loor á Gómez, que fué nuestro maestro!» (*Desde Yara hasta el Zanjón*, pág. 10.)

La carga la recibieron nuestros infantes en las afueras de Baire, y les impuso algún temor, porque hubo heridas de veinte centímetros de largo y algún fusil roto de un solo machetazo. Nuevas aventuras del machete, mucho más afortunadas que la de Baire, le confirmaron el crédito y se le aumentaron notablemente. El 7 de Mayo del 73 acuchillaron los rebeldes á la columna del teniente coronel Abril, muerto con casi todos los suyos en el Cocal del Olimpo; el 26 de Septiembre destrozaron tan completamente la del teniente coronel Diéguez, que apenas quedaron con vida cinco hombres de más de 400 que la componían; el 2 de Diciembre machetearon á la columna del teniente coronel Vílchez, la cual dejó en

el campo 507 muertos, incluso los jefes, salvándose sólo unos 60 con el Sr. Martitegui, pero quedando en poder del enemigo. Estos fueron los macheteos principales. Hubo otros de pequeños destacamentos y guerrillas, de todos los cuales se envanecen los enemigos de España, creyendo que bastan á probar el poder de su caballería y á hacerle reconocer por incontrastable.

¡Fantasías americanas! El machete sólo ha vencido hasta ahora, y sólo podrá vencer, á soldados bisoños, ó mandados por jefes inexpertos ó de poco ánimo. Contra una infantería regular, regularmente mandado y armada con fusil de repetición, el arma preferida de los rebeldes (si es que aún sigue la preferencia, lo que tengo por dudoso) de poco puede servirles, salvo aquellos casos completamente excepcionales que, más que desmentir las leyes de la guerra, las confirman.

*
* *

Las matanzas de las columnas de Abril, Diéguez y Vílchez, y los combates de Naranjo, Mojacasabe y las Guásimas, ocurrieron en el más calamitoso período de la calamitosísima revolución española, fecunda en desastres y estéril de todo punto en dichas. Por no salir de ella cosa buena, ni como lección ha aprovechado. Fueron nuestras desgracias en Cuba reflejo del estado vesánico á que había llegado el cuerpo nacional, incapaz entonces de todo acto refle-

xivo y concertado, por lo cual, así como los jefes del Estado no eran tales jefes, ni lo parecían; ni los Parlamentos legislaban; ni gobernaban los gobernadores, así tampoco aquel ejército era ejército, sino muchedumbre armada.

Para que no se diga que exagero, dejaré hablar á uno de los generales españoles que mejor conocen las guerras cubanas:

«Como en la Península sólo se cuidaba de mandar el número de soldados que se ordenaba, sucedía que muchos eran jóvenes que aún no habían completado su desarrollo, y enfermaban y se inutilizaban con facilidad; y siendo en su mayor parte sustitutos, se comprenderá que abundaba lo malo en todos conceptos.

»Respecto á la instrucción, de España no traían ninguna, y en Cuba no se les instruía tampoco, pues, además de no haber tiempo para ello, existía la creencia de que la instrucción no era necesaria, bastando con las máximas que les enseñasen sus camaradas veteranos en la guerra. Además de esta errónea y perjudicial costumbre, hubo la de mandarlos á campaña muchas veces sin tirar al blanco.» (Jiménez Castellanos: *De las insurrecciones en Cuba y sistema para combatirlas.*)

Muchos soldados viejos habían ascendido á clases y á oficiales. Era gente valiente, pero práctica sólo en el obedecer, no en el mandar, y menos en una guerra en que tan sueltos suelen ir la compañía, el escuadrón ó la sección, y en que, por tanto, no basta que el que manda sea valiente, sino que además ha de saber mandar y resolver por sí acertadamente en

casos graves. Personas hay que por no haberse acostumbrado desde pequeñas á aprender, ó porque verdaderamente carecen de la inteligencia necesaria, no aprenden nunca, y aunque estén diez años en una tierra no la conocen, ni pasan de hacer lo que hicieron el primer día, sin mejorarlo un punto. De éstas se contaban no pocas entre las clases y los oficiales ascendidos por su valor y servicios, pero mal preparados de todo lo demás.

El enemigo tenía tropas muy veteranas, mal organizadas, casi desnudas y medianamente armadas, pero que llevaban años peleando y muy acostumbradas á vivir en los bosques. Llegó á tener una regular infantería montada. Le opusimos, en la época á que principalmente me refiero, una caballería de quintos, muchos de los cuales montaban por primera vez al salir á campaña y apenas podían sostenerse en la silla. «El jinete español, en cuanto pierde los estribos pierde el seso», ha dicho un autor filibustero, y no le ha faltado razón si atendemos á los ejemplos que voy citando.

Lo demás de nuestro ejército hallábase por entonces como la infantería y la caballería, ó peor si es posible. Los regimientos de artillería de á pie estuvieron operando como infantería. En las fortalezas que tenían cañones, no había artilleros para el servicio de éstos. La de montaña la mandaban oficiales de infantería ó de caballería. Los jefes acampaban, flanqueaban ó exploraban según mejor les parecía, sin que hubiera un sistema generalmente seguido.

Desorganizada la guerra, según lo estaba la Nación que la hacía, fué milagro que no padeciéramos

mayores males, entre ellos la pérdida de la isla. Impidiéronlo la impotencia del enemigo para una ofensiva eficaz; el valor y admirable constancia del pobre ejército, tan mal pagado entonces y después, y el estar del lado de España gran parte de los cubanos. Á todo lo cual se debe añadir el creer los Estados Unidos que aún no era llegado el momento de la anexión. En esto piensan hoy de muy diferente modo que entonces. Todavía lo dudan algunos, pero pronto saldrán de su error.

*
* *

En Palo Seco (Puerto Príncipe), la fuerza vencida componíase del batallón de Balmaseda, que tenía poco más de 400 hombres y de 150 guerrilleros. Caminaban éstos delante, y tras ellos el batallón, de á dos en fondo, por un callejón de monte. Apareció por vanguardia un grupo de 40 á 50 caballos, á los que los guerrilleros dispararon algunos tiros, hasta que, viendo que huían, los cargaron á discreción. Tras ellos marchó la infantería al paso gimnástico para no quedar muy retrasada y dar calor á la caballería, si lo necesitaba, ó ser socorrida por ella. Así llegaron á terreno despejado, en el que el grueso de la caballería enemiga, emboscada á poca distancia, cargó á nuestra dispersa vanguardia, arrollándola y llevándola á espaldas vueltas hasta la infantería, que, muy cansada de la larga carrera y bastante desordenada, iba llegando. No hubo pelea. Los guerrilleros acabaron de desbaratar á los infantes al mezclarse con

ellos, y el enemigo macheteó á su sabor á casi toda la columna.

En La Sacra marchaba también la caballería con las guerrillas en vanguardia; tras esta fuerza, un batallón; luégo medio batallón escoltando dos piezas de montaña, y á retaguardia otro batallón. La formación era de á dos en fondo, y las acémilas una tras otra, obligando á ello el terreno. Aparecieron por el frente unos 40 jinetes insurrectos, cargóles la vanguardia, y huyendo la llevaron adonde tenían todo su caballería, que en buen orden y con ímpetu embistió á los nuestros, arrollándolos, por ser éstos menos y venir dispersos y cansados los caballos. Rehiciéronse y se agruparon en un cerro cercano, defendiéndose con gran brío. El jefe de la columna, oyendo el tiroteo de vanguardia, mandó que el primer batallón caminase al paso gimnástico en socorro de la caballería, que el de retaguardia quedase guardando la impedimenta, y él, con el medio restante y la artillería, marchó lo más aprisa que pudo hacia el lugar del combate.

Con el afán de llegar desordenóse también esta parte de la columna, siendo tanta la estrechez del camino que los soldados iban en fila de á uno. Viendo el enemigo que la vanguardia se había ordenado, desconfió de hacer en ella ningún efecto, y más se desengañó con la llegada del primer batallón, aunque la gente de ésta venía sin alientos tras media legua de carrera. Las hierbas del potrero en que andaba trabada la escaramuza, y que en muchos sitios eran bastantes altas para encubrir un hombre á caballo (hierba guinea), casi completamente escondía á los comba-

tientes, cuya circunstancia aprovecharon muy bien los rebeldes, pues, dejando á la infantería que siguiese entreteniendo á los nuestros, marchó toda la caballería á dar sobre el medio batallón que, á la deshilada y sin ningún flanqueo, venía entrando en el potrero con los dos cañones. En la primera carga, tan inesperada como se deja considerar atendida la manera de caminar los soldados, nos hicieron unas cuarenta bajas de machete. Apresuradamente se agruparon junto á las piezas, defendiéndolas con más valor que acierto, pues tiraban muy mal; y como se apelotonaron demasiado, hicieron un buen blanco para los tiros de la caballería contraria, en la que había excelentes tiradores. La artillería (que con mucho trabajo se pudo hacer jugar), aún tiraba peor que la infantería. Gobernábala un oficial de caballería, valeroso y en su arma entendido, pero que nada sabía ni podía saber de aquello otro que le habían mandado. Peleó muy bien y dió pruebas de mucha serenidad y arrojo. La llegada de algunas fuerzas de la vanguardia y del batallón que había quedado á retaguardia, evitó un desastre y salvó las piezas. Lo que no evitó fué que en un momento tuviésemos 100 bajas, sin que llegasen á 20 las que hicimos á los rebeldes.

Sirvieron de escarmiento estos desgraciados sucesos y algunos más. Comprendieron los jefes la necesidad de instruir al soldado en el manejo del arma, y desde entonces se cuidó de que le aprendiera. Por desgracia, pasamos de un extremo á otro.

Á la dispersión, nacida del ardimiento, siguió la formación en masas compactas, hija de excesiva prudencia. Por eso el enemigo ya no procuraba desorde-

nar á los nuestros para cargar sobre ellos, sino verlos apiñados para hacerles muchas bajas, tirándoles á mansalva desde buenas emboscadas.

Para lograrlo amagaba cargas, á las que la infantería respondía formando en orden compacto. Luégo que la veían tan mal puesta adelantábanse, dispersos, los jinetes enemigos y rompían el fuego contra la masa, matando é hiriendo mucha gente. (Jiménez Castellanos: *De las insurrecciones en Cuba y sistema para combatirlas.*)

Buen ejemplo de estos datos, en que la timidez nos fué tan dañosa como antes lo había sido la confianza excesiva, es la de Potrero Naranjo.

La columna componíase de seis batallones de infantería, tres escuadrones de caballería, unos 350 guerrilleros y cuatro piezas de montaña, fuerza más que suficiente para batir á toda la insurrección. Los batallones, según fueron entrando en el potrero, formaron unos en columna y otros en cuadro, quedando en orden escalonado. Á retaguardia se puso la impedimenta guardada por la caballería, los guerrilleros y un batallón. Las cuatro piezas, puestas junto á los cuadros, rompieron el fuego contra el monte con notoria ineficacia; pues el enemigo, además de bien emboscado, estaba muy disperso y tenía á la caballería en constante movimiento, menos una parte de ella que á cubierto y en tiradores hacía fuego á mansalva sobre la compacta masa de nuestros soldados. El resto amagaba cargas, según su costumbre, llegando á 60 metros de las primeras líneas de la columna; pero como las ejecutaba con mucha ligereza, poco ó ningún daño recibía. Viendo la infantería enemiga

que la nuestra estaba quieta, echó fuera del monte bastante gente, la cual se colocó parte en un palmar, y parte escondida en la hierba del potrero y toda dispersa. Así estuvo peleando buen rato, y pudo hacernos muchas bajas sin tener casi ninguna. Los guerrilleros no cargaron, pero sí la caballería, pero con poco acierto. Pusiéronla de cebo algunos jinetes, los que, al verla ir sobre ellos, huyeron hacia el palmar, donde la infantería estaba escondida. No pudiendo resistir el fuego de ésta volvió grupas, cargando entonces sobre ella la contraria. Los rezagados fueron pasados á cuchillo. Á echar del palmar al enemigo fueron dos batallones formados en batalla. Los rebeldes metiéronse en el monte cercano, sin que nadie los persiguiera ni molestara. La hierba del potrero comenzó á arder, interponiéndose las llamas entre los combatientes. Al día siguiente emprendió la columna la marcha á Puerto Príncipe con muy pocas municiones y unos 200 heridos, siendo hostilizada por gente destacada del grueso de los insurrectos. El total de bajas llegó á 300. Las del enemigo no pasaron de 90.

Más dura todavía fué la lección de las Guásimas. El 15 de Marzo del mismo año de 1874 encaminábase el general Armiñán con cinco batallones, cinco escuadrones, 500 guerrilleros y cuatro piezas á la finca denominada Guásima de Machado. La manera de caminar era ésta: delante unos 100 guerrilleros, después un batallón; luégo otro con dos piezas; tras él dos escuadrones de caballería con algunas guerrillas, dos batallones y la impedimenta; y, por último, un batallón, tres escuadrones bastante mermados,

dos piezas y algunos guerrilleros. Iban las tres armas mezcladas de modo que á la columna le había de ser difícil desenvolverse y desplegar.

Al llegar la vanguardia, encontró algunos jinetes enemigos, á los cuales cargaron 300 guerrilleros y dos escuadrones. Recibieron aquéllos la carga según su costumbre, es decir, volviendo la espalda. Corrieron sobre ellos los nuestros, y persiguiéndoles cruzaron una sabana algo enmaniguada que había detrás de la finca, metiéronse por un estrecho callejón de monte, en el que sólo podían ir de uno en uno ó de dos en dos, y en el que la infantería enemiga, que los esperaba, los recibió con varias rociadas, matando á muchos. Pasado el camino salieron á un potrero, y dirigiéndose á la izquierda fueron á dar en un arroyo fangoso que sólo se podía cruzar por una estrecha represa, á medio tiro de fusil del monte en que estaba emboscado el enemigo. Pasó parte de la fuerza al otro lado (un escuadrón), pero ya bastante desorganizada, á pesar de lo cual pudo resistir el choque de 350 caballos que la cargaron. El segundo escuadrón acudió á socorrer al primero; pero ambos tuvieron que replegarse detrás del arroyo, y luégo sobre la columna, habiendo perdido la mitad de la gente.

Llegó la infantería al potrero, y quedó en él en la disposición siguiente: tres batallones en línea de columna en la dirección del arroyo, teniendo en uno de los intervalos las piezas de artillería, y la caballería detrás del centro; 200 metros detrás otro batallón, á la altura del costado derecho y dando frente á este flanco; la impedimenta á retaguardia de la línea de

columnas, en el lindero de un bosque que había á su izquierda.

Sin duda había creído Máximo Gómez que ya no podía hacer más daño á los leales y disponía la retirada, cuando vinieron á decirle que aquéllos se disponían á acampar, expuestos por todas partes á los fuegos del monte. No quiso perder la buena ocasión que se le ofrecía, y pronto tuvo tiradores en los linderos situados al frente, flanco derecho y retaguardia de la columna. Los batallones que estaban en el centro y en la izquierda de la línea de columnas, desplegaron en batalla; el que estaba á la derecha varió hacia este costado, desplegando en igual forma; el que estaba detrás formó dos compañías en guerrilla en el flanco derecho, dos á retaguardia de la misma manera, formando martillo con los anteriores.

Las fuerzas que componían la retaguardia, atacadas vigorosamente por la espalda mientras atravesaba el camino estrecho citado, según fueron llegando al sitio en que se encontraban las demás, se colocaron á la izquierda, en el linde del bosque que hemos dicho había en este costado, en batalla, con unas compañías en una fila y otras en dos; las guerrillas ocuparon los claros entre los batallones, y las dos piezas de artillería restantes estuvieron, primero en la derecha, y al final de la acción en la izquierda.

En esta situación tenía nuestra línea la forma de un gran polígono irregular, con la impedimenta en el centro; la enemiga la misma figura, circunscribiendo la formada por la española.

El combate se redujo á un nutrido fuego, que, aun-

que en algunos frentes arreciaba más que en otros, en todos lo era bastante.

Los rebeldes estaban en guerrilla y ocultos con los accidentes del terreno, y lo mismo sus reservas; los nuestros estuvieron en batalla y á cuerpo descubierto, excepto el batallón que se dijo formó en orden abierto, y otro que en el bosque le reservaba algo del fuego. El enemigo sólo lo hizo á discreción; los del Gobierno, hubo batallones que hicieron descargas por filas. En un período del combate avanzó la caballería contraria al paso y en tiradores tan espesos que casi iban en una fila, aproximándose á menos de medio tiro de fusil; y aunque el batallón que estaba en esta cara los rechazó con sus descargas, los soldados tiraban tan mal que no les causaron casi bajas.

Transcurridas unas tres horas, el enemigo se retiró á mayor distancia del alcance de los fuegos, y nuestras tropas, en la situación que estaban, procedieron á atrincherar cada batallón su frente, lo que se hizo en unas dos horas, aprovechando los maderos de una cerca que había inmediata, trayéndose otros del bosque. Apenas se había concluído este trabajo, los insurrectos volvieron á aproximarse en la misma forma que antes, rompiendo el fuego, que fué contestado por algunos hombres por compañía ó batallón, según la fuerza enemiga que había que repeler, continuando estos ataques, sin cesar ni de día ni de noche, por espacio de cuatro días.

Los resultados de la acción del primer día estuvieron en consonancia con las formaciones adoptadas; pues batiéndose nuestra infantería en batalla y al

descubierto, y el enemigo en orden disperso y oculto, tuvimos unas 400 bajas y él de 100 á 150, no habiendo duda que consistió en la forma de batirse, pues el batallón que hemos dicho combatió en guerrilla sólo tuvo este día unas 25, sin embargo de que su fuerza era casi doble á la de los demás, que tuvieron cada uno más de 50. En los días restantes tuvimos 150 más, y el enemigo unas 100; pues aunque al batirnos detrás de las trincheras (que estaban muy mal hechas) sufrimos menos, al salir de ellas con el objeto que se expresa á continuación, y en el combate sostenido á retaguardia al marchar al Príncipe, hubo el exceso.

Al día siguiente, aunque se pensó en emprender la marcha, como fué preciso arreglar camillas para cerca de 300 heridos, se empezó por mandar fuerzas á que cortasen madera al bosque para construirlas; y estando éste ocupado por el enemigo, tuvieron tantas bajas que se ordenó se replegasen; pues como se tenían muchos heridos, esta operación se hubiese terminado con dificultad. Además, cada herido en camilla necesita cuatro hombres para llevarlo, y otros tantos para el relevo; y siendo los caminos en Cuba tan estrechos que sólo permiten que una camilla vaya detrás de la otra, se necesita mucha fuerza para flanquear tan gran convoy, en cuya forma hubiera sido difícil la situación de esta columna hallándose á más de dos jornadas del primer punto de apoyo, teniendo además que vencer las trincheras y toda clase de obstáculos que el enemigo hubiese puesto en el camino.

En vista de esto se ordenó saliese aquella noche

la caballería á avisar á Puerto Príncipe, verificándolo unos 300 caballos, que, arrollando al enemigo que había en el camino por el que lo efectuaron, desempeñaron bien su cometido; en su consecuencia, tres días después, venciendo la tenaz resistencia de los rebeldes que se le interpusieron, llegaron á Guásimas 2.000 hombres, que en unión de los que había en ellas avanzaron sobre el enemigo, rechazándolo completamente; pero al día siguiente, al emprender la marcha, éste atacó la retaguardia de nuestras fuerzas durante un trayecto de unas tres leguas. (Jiménez Castellanos: *De las insurrecciones en Cuba y sistema para combatirlas.)*

*
* *

No vencimos en Naranjo, en Mojacasabe ni en las Guásimas por la poca instrucción del soldado y la torpeza de los jefes. No nos arrolló y deshizo el enemigo por su poco empuje. Se contentó con usar y abusar de las buenas situaciones en que se encontró.

Sería imperdonable que nos volviese á ocurrir lo mismo. Aunque la mayor parte de las causas de aquellos sucesos existen hoy, tenemos, en cambio, circunstancias que nos favorecen mucho. La instrucción del soldado sigue siendo poca. Algunos cuerpos han entrado en fuego sin ninguna. En cambio los oficiales son excelentes, cosa importantísima, porque *el espíritu de un ejército reside en su oficialidad* (Navarro [Don M.]: *El socialismo y el ejército.)*

*
* *

Además, el fusil que tiene nuestra infantería (Mauser) es excelente. En alcance, precisión y rapidez del tiro y fuerza de penetración del proyectil, hace al Remington grandísima ventaja. Esta última circunstancia es de bastante consideración en guerra de emboscadas, porque para que á cien metros abrigue un tronco del fuego del Mauser es preciso que sea de madera muy dura y que tenga metro y medio de diámetro. Á 2.000 metros atraviesa los cuerpos de dos hombres. La rapidez de los disparos es otra gran ventaja contra las cargas de caballería, sobre todo si la infantería tiene buena disciplina de fuegos. En tal caso, únicamente habiendo pánico y dispersión puede haber macheteo.

Pero importa mucho no abusar de la rapidez del tiro, malgastando municiones. Un buen oficial debe procurar que sus soldados tiren con calma, y fomentar por todos los medios el amor á la economía de cartuchos. Jefe de columna hay en Cuba que dice, á quien le quiere oir, que el mejor flanqueo es disparar contra el bosque, y que, consecuente con esta idea, en cuanto oye un tiro rompe el fuego por descargas contra la espesura. Con esto se consigue: gastar municiones inútilmente y enseñar al soldado á usarlas mal; mostrar al enemigo que le tememos, y animarle con la ineficacia de nuestros inocentes tiroteos.

No faltaron hace algo más de un año espíritus hostiles á toda novedad, que predijeron la derrota del Mauser en Cuba, asegurando, á falta de otro defecto que achacarle, que los soldados romperían muchos, por ser complicado el mecanismo. La prueba no les ha dado la razón. Á la vista tengo una carta de

Bayamo, escrita por un oficial que, por haber pertenecido á cazadores de Puerto Rico, conoce el arma hace más de cuatro años, y en ella leo: «El Mauser, ventajosísimo desde todos los puntos de vista. Resistir, resiste tanto como el Remington.»

Y adviértase que le hemos puesto en manos de soldados que no sabían manejarle ni cuidarle. Es maravilloso que en Cuba quede un Mauser sano. Porque, gracias al general López Domínguez, cuyo tercer entorchado bendiga Dios como le bendigo yo, hemos dado al mundo dos veces, en el breve espacio de dos años, el nunca visto espectáculo de mudar de armamento al frente del enemigo. Ha habido columna (en Las Villas) que ha recibido el nuevo fusil en el momento mismo de salir á operaciones, y con él ha ido á pelear sin otra preparación que un rato de ejercicio. Sé de un convoy importantísimo custodiado por soldados que acababan de recibir el fusil y *que apenas sabían cargarlo, y eso mal.* Algunos vapores de los que conducían cuerpos expedicionarios han tocado en Caibarién para tomar allí el Mauser. Desde aquel puerto hasta el de la Habana han ido aprendiendo á manejarle sobre cubierta, dando tumbos, los pobres soldados.

Pero corramos un velo sobre estos y otros horrores. Tiempo vendrá en que se descorrerá por completo. Contentémonos con que el cambio se haya hecho casi del todo; cerremos los ojos á la ocasión y la manera; y sin olvidar que en la guerra el hombre es lo primero y lo que más hay que cuidar, alegrémonos de tener un buen fusil.

***

Hemos mandado mucha caballería á Cuba, pero parte de ella está muy mal montada, y alguna no lo está. Se emplea poco, y no siempre bien. En Puerto Príncipe, Matanzas y la Habana, y en mucha parte de Las Villas, podría sernos utilísima en el servicio de exploración y aun para limpiarlas de la mayor parte de las partidas que en ella pupulan. Pero ¿quién la manda?

Buenos elementos no faltan. Repito (y no me cansaré de repetirlo) que los oficiales son excelentes. Hechos que lo prueban podría citar muchos. Me contentaré con referir uno tan poco conocido y recompensado como digno de serlo.

Había que llevar un parte importante de Holguín á Bayamo. Era al principio de la guerra, pero ya andaban gruesas partidas enemigas por aquella comarca. Dieron al teniente Sr. Miralles, del regimiento de Hernán Cortés, 20 caballos para desempeñar dicha comisión. Dijo que le bastaban 8, y que los 12 restantes más le iban á estorbar que á servir. Partió con ellos, y á la caída de la tarde llegó á San Pedro de Cacocum. Preguntó por el alcalde, avistóse con él, díjole que venía de vanguardia de cuatro escuadrones, que le diese raciones y alojamiento para los soldados y pienso para los caballos. Dos horas después, y cuando menos lo esperaba el alcalde, partió con toda la gente, y de madrugada se halló cerca de Cauto el Paso. Allí, por un grupo de hombres y mujeres, á quienes tomó de sorpresa, supo que Amador Guerra estaba con 400 caballos en la sabana que se extiende delante de Bayamo esperando un convoy, pero que se decía que bajaban de Holguín cuatro escuadrones á echarle

de aquellos sitios. ¡La noticia no se le había cocidó en el cuerpo al alcalde de San Pedro de Cacocum!

El bravo oficial hizo que le acompañase uno de los hombres, y mandó que fuese delante con un soldado. El siguió detrás con los otros siete. Al poco rato vinieron á decirle que el sendero salía á la sabana y que se veía al enemigo. Sólo un rasgo de osadía podía abrirle el paso de Bayamo. Tuvo el talento de concebirle y el valor de ejecutarle. Entró en la sabana con sus 8 hombres, él 9 y el guajiro 10 desplegados en línea, y al galope se fué sobre los rebeldes, los que, viendo venir de tal modo aquella pequeña fuerza, la creyeron extrema vanguardia de una mucho mayor, quizás de los cuatro escuadrones de que ya tendrían aviso, y sin más averiguaciones volvieron grupas á todo correr. De este modo ganaron el monte, hasta el cual los persiguieron los nuestros, y luégo que los dejaron bien metidos en él tomaron lo más aprisa que pudieron el camino de Bayamo. Cuando la gente de Amador Guerra cayó en la cuenta del engaño, ya los 10 valerosos jinetes estaban á las puertas de la población.

*
* *

También de la artillería podíamos haber sacado mucho partido. La de tiro rápido hubiera sido utilísima en los fortines. La de montaña debían llevarla todas las columnas de alguna importancia. Tan lejos están los directores de la campaña de entenderlo así, que todavía andan en operaciones cañones Plasencia

de hace no sé cuántos años. Recientemente se han mandado algunos cañones Krupp, no muchos.

Los torpedos terrestres, las fogatas y otros muchos medios de ofensa y defensa podían haberse empleado; pero nadie se ha acordado de ellos, y por éste y otros capitalísimos olvidos se ha podido también decir de nuestras campañas de Cuba que son la guerra de tiempo de Viriato..... sin Viriato.

CAPÍTULO V

LAS TROCHAS MILITARES EN CUBA

Trocha es camino de monte. Cuando se hace para usos guerreros, es trocha militar. Hanse denominado *trochas* en la guerra de Cuba las líneas militares formadas con objeto de resguardar de las fuerzas insurrectas una parte de aquel territorio, ó para impedir el paso de sus partidas á determinadas zonas. (Concha: *Memorias sobre la guerra de la isla de Cuba.*)

En dichas campañas han sido de mucha importancia, porque la estrechez de la isla facilitaba el dividirla trazando trochas de mar á mar que cortasen el paso á la marcha invasora de la rebelión y mermasen sus recursos reduciendo el teatro de la guerra. La facilidad de hacerlas (más aparente que verdadera, según se vió luégo) y la eficacia que prometían, engañaron á muchos y dieron vida á esperanzas que nunca se cumplieron del todo.

La primera trocha, la más famosa y la de mayor importancia militar, fué la del Júcaro á Morón. En esta parte, que está casi á igual distancia de ambos extremos de la isla, los mares se acercan como si

quisieran juntarse partiéndola en dos mitades, y el terreno parece que les ayuda, pues va bajando desde las serrezuelas camagüeyanas por Oriente, y los montes villareños por Occidente, hasta allanarse de tal modo que en los 67 kilómetros que hay de una á otra costa, sólo llega (en el que fué campamento de San Rafael, á 5 kilómetros al Norte de Ciego de Ávila) á 64 metros sobre el nivel del Océano. Para alcanzar esta pequeña altura se levanta tan despacio, que en los dos primeros kilómetros (contados desde el Júcaro) no se aparta lo más mínimo de la línea horizontal; hasta Domínguez (10 kilómetros) sube 13 metros, y de allí, con pendiente muy suave, en muchas partes imperceptible, trepa hasta el paraje citado, el cual se encuentra, sobre poco más ó menos, á la mitad del camino. Con parecida pendiente baja luégo hasta Morón. Parece esta angostura tan baja y llana istmo entre Cuba oriental y Cuba occidental; porque, en efecto, entre estas dos porciones de la Gran Antilla hay algunas diferencias geográficas, origen sin duda de otras diferencias que en la historia se han ido señalando y que han tenido no pequeña parte en la marcha de la guerra. Algunas veces se conoció en la anterior campaña que á la trocha militar del Júcaro á Morón correspondía en las huestes rebeldes una trocha moral que los dividía en orientales y occidentales, y fué de las causas que apresuraron su vencimiento, porque nunca pudieron avenirse.

No se crea, sin embargo, que la construcción de esta trocha fué fácil. El terreno es en algunas partes pantanoso, principalmente en los 10 kilómetros que

median del Júcaro á Domínguez. Crúzanlo tres ó cuatro arroyuelos insignificantes, todos de indecisa corriente cuando corren, lo que mucha parte del año no sucede; pero, aunque de tan corto caudal, bastan á conservar la humedad de la tierra y á ayudar á la frondosidad de la vegetación. Hay además algunas charcas, que por cierto no hacen muy buena vecindad á los poblados y campamentos. El chapeo de aquellos espesos maniguales costó mucho dinero y no pocas vidas.

Comenzó la obra en 1869, después de dominado el primer alzamiento de Las Villas y con el propósito de que los insurrectos del Camagüey no volviesen sobre ellas y nuevamente las alzasen; porque siempre se temió, como la mayor desgracia que podía suceder en esta guerra, el tener enemigos en Occidente. Se taló una faja de monte de 200 á 400 metros de ancho, siguiendo en la mayor parte de su longitud el antiguo camino de Morón al Júcaro, intransitable, como todos los de la isla, en tiempo de aguas. Recorriéndolo, había tenido el reputado mecánico D. Francisco González Arenas la idea de hacer esta línea militar para el resguardo de Las Villas. (Camps y Feliú: *Españoles é insurrectos*, pág. 147.) Aunque el gasto y el trabajo fueron grandes, quedó tan mal que dicho señor, al verla, dijo: «Esto no es trocha, ni línea militar; es una mala estacada que para nada sirve.» (Idem.)

Algunas obras se hicieron después para mejorarla. En tiempo del general Cevallos la guarnición de la trocha y del territorio situado á espaldas de ella, es decir, Las Villas, llegaba á 16.000 hombres, número

suficiente entonces, pero que hoy, con la fuerza que tiene la rebelión, apenas lo sería para sólo la trocha. En un trabajo titulado *Contestación á la Memoria publicada por el Sr. Marqués de la Habana sobre su último mando en Cuba*, que no lleva nombre de autor, pero que desde las primeras páginas se conoce ser del general Riquelme, dice éste que con aquellos 16.000 hombres *estaba el país sujeto á una verdadera ocupación militar.* Sin dificultad se advierte el error en que incurre, porque con tal fuerza no es posible ocupar un territorio de más de 32.000 kilómetros cuadrados (extensión de Las Villas), quebrado, y en algunas partes quebradísimo, cubierto de espesos bosques y de grandes maniguales, y menos si hay que guardar una línea de 62 kilómetros. Al llegar á la Habana el general Jovellar, atendían á la defensa de la trocha 9.000 hombres. ¿Cómo habían de estar ocupadas militarmente Las Villas con los 7.000 restantes?

De la eficacia é importancia militar de esta línea han escrito los juicios más contradictorios personas autorizadísimas. Citaré algunas. El subinspector de Sanidad de la Armada D. Félix de Echauz y Guinart, en su folleto *Lo que se ha hecho y lo que hay que hacer en Cuba*, dice: «La trocha transversal ha sido la mejor obra realizada. Á ella se debió primero la rapidísima declinación de la causa insurrecta en las Cinco Villas, y se debe ahora (1873) su precario estado en las jurisdicciones de Morón y Sancti-Spíritus. Puede decirse que es la única cosa de estudio y provecho que hemos hecho en esta estéril y atolondrada campaña.»

No era del mismo parecer el brigadier D. Manuel

Portillo, quien poco antes (2 de Octubre de 1872) había dicho á la Superioridad: «Sin negar la ventaja de la trocha para la mayor estabilidad de la favorable situación conseguida en Las Villas, por consecuencia de la inteligencia, constancia y valor con que en ellas se combatió desde un principio á los rebeldes, cumple á mi deber recordar, además de lo que ya dejo manifestado, y evidenciar que no fué debida á la trocha la pacificación de tan importante departamento.»

Algún tiempo después empezóse la construcción del ferrocarril del Júcaro á Morón, el cual, en los primeros meses del 74, llegaba muy cerca de Ciego de Ávila. El general Concha, á poco de desembarcar, hizo reconocer la línea por el coronel de Estado Mayor don Luis Cubas y el Inspector de Telégrafos, estando á cargo de éste el establecimiento de los hilos telegráficos necesarios. El coronel Cubas dijo en su informe que la trocha, por su estado, de ninguna manera podía considerarse línea militar. Veamos cómo la describe y juzga el propio general Concha en su *Memoria sobre la guerra de Cuba* (págs. 54 y 55): «Sobre un trayecto de 62 kilómetros se habían constituído puestos militares y construído pequeños fuertes á 1.500 y 1.800 metros de distancia unos de otros, pero sin que se viesen entre sí porque lo impedía el bosque y la manigua que la atravesaba en casi su total longitud, y sin más estaciones telegráficas que las de Ciego de Ávila y Morón. Cada uno de aquellos puestos militares consistía en un bohío más ó menos grande y rodeado de una trinchera generalmente formada de pedazos de palma; y á muchos de estos puestos, y á

los pequeños fortines que en algunos puntos se colocaban entre ellos, guarnecidos por ocho ó diez hombres, los rodeaba el agua en la época de las lluvias, penetrando en algunos hasta su interior, lo que obligaba á los soldados á estar en las hamacas ó èn un determinado sitio á que no llegase el agua, preservándolo con palos y piedras colocados exprofeso. Los intervalos entre los puestos militares y los llamados fuertes del Júcaro al Ciego tenían una estacada del lado de Puerto Príncipe, pero tan débil que en muchos puntos el aire ó el agua un poco fuerte la echaban al suelo. Del Ciego á Morón no había más que unos cuantos intervalos con estacadas; el resto de la línea ni aun este insignificante obstáculo presentaba; y como el monte y la manigua llegaban por vanguardia hasta la misma estacada, y continuaban por retaguardia después de los 200 ó 300 metros desmontados sobre el camino, podían uno ó muchos hombres tocar á la estacada sin ser vistos por la fuerza de los puestos. Agréguese á todo esto que, por la distancia entre los fuertes y su corta guarnición, se hacía muy difícil la vigilancia de noche en la línea, y que en tiempo de aguas se ponía casi intransitable el camino, costando un trabajo inmenso el racionamiento de los puestos y la conducción de enfermos á los hospitales, y se podrá formar una idea de lo que era á mi llegada á Cuba la trocha ó línea militar del Júcaro á Morón.»

«Al revistar por mí, en Octubre, la línea del Júcaro, comprobé la exactitud del informe dado. Nada es comparable á aquellos llamados fuertes, cuyo lamentable estado describía el coronel Cubas, y lo mismo podría decirse de los acuartelamientos, hospi-

tales y enfermerías de la línea. Pero todavía era, si cabe, peor el camino que ponía en comunicación aquellos fuertes, fuera del trayecto del ferrocarril. Durante mi revista encontré atascados carros con raciones y enfermos, conducidos aquéllos por cuatro parejas de bueyes, y á los negros libertos del batallón del Duero sacando sobre las cabezas el equipaje de aquel batallón, cuyas acémilas estaban también atascadas, y no es de extrañar que la insalubridad consiguiente en la línea del Júcaro fuese tal que, habiendo encontrado hacinados los enfermos en sus hospitales y enfermerías, me viese obligado á disponer, para desahogarlos, la formación de un depósito de convalecientes en Trinidad, al cual pasaron 500 enfermos.» (Págs. 57 y 58.)

Mandó el general que se hiciesen obras de fortificación en Ciego de Ávila y Morón, hasta entonces indefensas; que se colocasen 100 kilómetros de alambre eléctrico; que se rectificase el camino; que se construyesen los fuertes como los de la línea del Este, viéndose entre sí, y que el ferrocarril se continuase hasta Morón.

Estos aprestos fueron tardíos. La rebelión había ido creciendo en los años 73 y 74. Si hasta entonces no había tenido fuerza para invadir Las Villas, considerábase ya con la suficiente. Desde el 71, el proyecto principal de Gómez era esta invasión, y más se confirmó en él cuando, á la muerte de Agramonte, fué á mandar las fuerzas insurrectas del Camagüey. «Desde luégo, mis movimientos todos envolvían la tendencia invasora», ha escrito él mismo (*Convenio del Zanjón*, pág. 7). Más adelante muestra el poco

aprecio que la trocha le merecía, diciendo: «Siete veces la he cruzado, y dos de ellas con mi señora y mis niños.» Á poco de haber tomado el mando el general Concha, la pasó Pancho Jiménez con 100 hombres; siguieron algunas partidillas, y, por último, el propio Gómez, con el grueso de sus fuerzas, la noche del 5 al 6 de Enero de 1875.

De los partidarios de las trochas, el general Riquelme, quien en la comunicación que dirigió al Gobernador general en 30 de Diciembre de 1872, siendo comandante en jefe de los ejércitos del Centro y Oriente, consignó este terminante juicio: «Es tal la importancia que doy á las trochas, que las considero el baluarte único y formidable ante el cual tienen que estrellarse todos los esfuerzos del enemigo. Con ellas se dulcifica la suerte del infeliz soldado, y se encierra la insurrección en los límites adonde su existencia es imposible.» (Véase el último capítulo de dicha comunicación.)

Á continuación añadía que conceptuaba indispensable la construcción de otras dos: una del Bagá á la Zanja, llamada trocha del Este (ya comenzada), y otra de Nipe al Aserradero.

La primera tenía 94 kilómetros de longitud, y *era obra de romanos.* (Camps y Feliú: *Españoles é insurrectos*, pág. 349.) Empezó su construcción en tiempo del general Cevallos, cuando predominó la idea de regularizar la guerra estableciendo líneas militares y ateniéndose á preceptos científicos sancionados en otras campañas. El Estado Mayor pidió á los propietarios 1.500 negros para trabajar en las obras. Dieron aquéllos 1.500 chinos en vez de los negros pe-

didos, y la trocha se hizo, con grandes pérdidas de hombres é inmenso gasto, hasta el kilómetro 52. Tenía un ferrocarril; fuertes cada 1.000 metros; fortines intermedios, todos á la vista unos de otros; buenas alcantarillas y un puente magnífico. Pero distraídas bastantes fuerzas en la custodia de los trabajos, y concentrados además los batallones para revistarlos, pudo el enemigo descansar de la incesante persecución que hasta allí sufriera, cobró ánimos, tomó la ofensiva y quedó frustrado el pensamiento de cogerle en el Camagüey, encerrándole entre las dos trochas. La del Bagá fué la cogida por vanguardia y retaguardia, por lo mucho que en ambos lados creció la insurrección. Apenas llegó á Cuba el general Balmaseda (en sustitución de Concha), mandó que se abandonara.

La de Nipe al Aserradero no pasó de proyecto. Con ella se pretendía resguardar la riqueza de las jurisdicciones de Cuba y Guantánamo, y economizar la vigilancia de 150 leguas de costa, y reducir al enemigo á las comarcas de Holguín y Bayamo. Pero esta trocha, abierta entre grandes montañas é inmensos bosques vírgenes y con 100 kilómetros de extensión, ¿no había de ser mucho más difícil de vigilar que las 150 leguas de costa? ¿Era posible su defensa? El general Concha, en su ya citada Memoria, niega haber pensado nunca en tal línea, y dice que sólo se propuso abrir un camino militar desde el Aserradero á Palma Soriano para operar en la Sierra Maestra y resguardar la rica jurisdicción de Santiago de Cuba (pág. 57).

El general Balmaseda, tan práctico en la guerra

de Cuba, y quizá la primera autoridad en la materia, pues él dió las reglas estratégicas para hacerlas y á ellas se han atenido sus principales sucesores, no era defensor ni adversario de las trochas; oponíase, con razón sobrada, á que se hiciesen sin discernimiento y por sistema. En su tiempo se empezó la del Júcaro á Morón, y se deshizo la del Bagá. Decía á los defensores de ésta que ni aunque se la diesen hecha la quería.

De lo anteriormente expuesto, claramente se deduce que no hubo en la primera guerra de Cuba sino una trocha: la del Júcaro á Morón. Á ella se debió, en todo ó en parte, la paz en que estuvieron Las Villas hasta la invasión de Pancho Jiménez el año 74, vanguardia de la de Gómez en los primeros días del 75. El poco aprecio que de ella hizo el general Concha facilitó mucho la premeditada ofensiva del jefe rebelde, y dió á la guerra mayor gravedad que nunca.

No era la trocha una línea fija, como sin duda piensan muchos. Las líneas fijas nada defienden, porque fácilmente son reconocidas, y de ser una línea reconocida á ser pasada no va nada. En el camino abierto de Morón al Júcaro habíanse hecho las obras defensivas anteriormente mencionadas, y que luégo se mejoraron mucho, después de la segunda y definitiva pacificación de Las Villas en 1877. En Domínguez, La Redonda y Piedras, parajes donde la cruzan los caminos del Camagüey á Las Villas, había tres campamentos como para 1.000 hombres cada uno, ó 1.200 á lo sumo, los cuales al primer aviso debían acudir, lo mismo que las guarniciones de Júcaro,

Ciego de Ávila y Morón, al sitio por donde el enemigo quisiese romper. Entre estos centros principales de la defensa había siempre partidas y rondines que iban de unos á otros vigilando y dando la voz de alarma con sus fuegos, á los cuales acudía la mitad de la guarnición más cercana.

Pero á vanguardia de esta trocha, y casi paralela á ella, corría la línea de los puestos avanzados de la caballería que la cubría, línea no señalada por ninguna obra defensiva y sí sólo por los puntos de parada y vigilancía de aquella fuerza, la cual estaba siempre apostada en los cruces y salidas de las veredas que conducían del Camagüey á Occidente, para dar inmediato aviso de la aparición del enemigo á las tropas que se hallaban á retaguardia. Á esta línea ideal llamaban trocha camagüeyana, y era verdaderamente una trocha volante y activa que impedía el cruce de la otra por sorpresa.

Estaba encomendado este importante y penoso servicio á unos 2.000 caballos, cuya fuerza se dividía en cuatro grandes guerrillas de 500, y éstas en 13 secciones, que buscaban para acampar los sitios de pasto y aguada. La sección subdividióse luégo en grupos de tres jinetes, los cuales vigilaban juntos, ó algo separados, la vereda que les correspondía, no pudiendo alejarse más de 500 metros del punto señalado como de partida. Recorría los parajes en que se hallaban las patrullas de cada sección un cabo ó sargento con dos jinetes, y de cuando en cuando el comandante del puesto. Éste hallábase á 500 ó 1.000 metros á retaguardia del centro de un trozo de línea, y allí, al aire libre, se hacía el rancho, teniéndolo

todo preparado, armas y caballos, para pelear á la primera señal. Los soldados no soltaban siquiera las armas, y con ellas permanecían en pie junto á los caballos. Nunca se acampaba dos noches seguidas en el mismo sitio para evitar sorpresas. El relevo de los grupos se hacía de día, de cuatro en cuatro horas, y de noche una sola vez: á las doce.

Al frente de cada puesto no podía haber más de tres veredas. Si había alguna más, luégo se hacía en ella una regular tala para descubrirla. Una vez al día, por lo menos, reconocíase el punto más avanzado de la tala.

Si por cualquier parte era sentido el enemigo, dos de los soldados corrían á dar aviso á la trocha de retaguardia, y el tercero al jefe de la sección de que dependía. Ésta montaba luégo á caballo y dirigíase al encuentro de la fuerza invasora, atacándola si se consideraba superior á ella, ó replegándose al puesto que conviniese si se creía inferior. Los demás puestos de vanguardia no debían acudir en socorro de sus compañeros, sino vigilar con mayor cuidado que nunca el trozo que á su cargo tenían.

Por esta breve noticia, ligero extracto de lo que dice Chacón en su libro *Guerras irregulares*, se comprenderá lo fatigoso que era el servicio en la trocha de vanguardia, y que requería soldados valientes, robustos y muy prácticos, como en efecto lo eran los que le hacían. Otra consecuencia muy del caso en las presentes circunstancias se sacará también de lo dicho, y es que, habiendo de tener la trocha dos frentes, por haber enemigos á vanguardia y á retaguardia, su defensa ha de ser dificilísima. Así le sucede

á la recientemente construída del Mariel á Majana para encerrar á Maceo en Pinar del Río, pues del lado de Occidente tiene á este cabecilla con fuerzas que no bajan de 10 á 12.000 hombres, y del de Oriente las partidas de la Habana y Matanzas, también muy numerosas. Por eso, si bien esta trocha apenas alcanza la longitud de 35 kilómetros, el frente, por ser doble, tiene 70, á lo que se añade lo quebrado y cubierto del terreno. Hasta ahora no ha servido de nada, ni es probable que sirva en adelante. Cuanto de ella se ha escrito ha sido puro bombo periodístico. En tal línea tenemos hace meses de 12 á 14.000 hombres, que hubieran sido de mucho más efecto en operaciones, sabiendo manejarlos.

La del Júcaro á Morón no ha tenido en esta campaña la importancia que en las anteriores por estar casi desguarnecida. El 29 de Octubre último la pasó sin dificultad Máximo Gómez para invadir Las Villas, continuando sus planes de la primera guerra, que eran destruir la riqueza de las provincias occidentales y alzarlas en armas. Lo ha conseguido según se lo propuso, y desde entonces ha tomado la rebelión la pujanza que todos sabemos.

Ahora, cuando la extensión del alzamiento parecía haberla dejado sin importancia alguna, piensan resucitarla. ¡Gana de enterrar dinero y hombres!

CAPÍTULO VI

DEL MODO DE MARCHAR

En toda guerra es importantísimo el marchar mucho, aprisa y bien, esto es, con la menor fatiga posible, pero señaladamente en la de Cuba por cuatro capitales razones, á saber: porque casi todas las jornadas han de ser á pie, por malos caminos y senderos, y muchas veces cruzando bosques; por la espesura de éstos; por el calor, en ocasiones insufrible; y porque el soldado tiene que llevar una carga bastante pesada. Como las jornadas serán casi siempre largas, pues los rebeldes fundan su mayor esperanza de vencer en alargar la campaña, no peleando sino cuando creen segura la victoria, debemos estudiar con sumo cuidado la manera de caminar, porque, cuanto más trabajosa sea, más gente tendremos que mandar al hospital, con lo que mermará nuestro ejército tan aprisa como puede desear y desea el enemigo. Más daño nos han hecho en Cuba las jornadas mal dispuestas, que las balas y machetes de los rebeldes.

*
* *

Muchas cosas hay que considerar en una marcha por los campos y sierras cubanos, unas propias de todas las marchas, otras sólo de aquellas tierras. Su estudio sería materia bastante para un libro. Reduciremos lo principal de él á los límites de un capítulo.

El soldado español es buen caminante. Anda mucho y se sustenta con poco. Pero de esta buena condición se ha abusado y abusa grandemente. En las campañas de Cuba ha habido columnas que han andado de 50 á 60 kilómetros en un día, jornada larga en cualquier parte, y allí más. En las contiendas civiles de la Península se han hecho otras mayores, pero que no deben considerarse tan fatigosas porque en Cuba se cansa más el soldado, necesita más tiempo para reponer las perdidas fuerzas, y generalmente no las repone porque duerme poco y mal. Por eso nunca se emprenderá una jornada grande sin muchas probabilidades de conseguir con ella un resultado importante, tal como sorpresa de un campamento considerable, socorro eficaz á un punto amenazado, apoyo á una fuerza amiga en peligro, ó necesidad de evitar el alcance de fuerzas enemigas muy superiores.

Á veces se han hecho en Cuba larguísimas marchas sólo por vagos informes de estar una partida en tal ó cual parte, resultando luégo que la noticia fué estratagema para cansar á los nuestros, y columna ha habido reducida á la mitad de la gente por uno de estos inconsiderados esfuerzos. Para tales casos no hay regla posible. El jefe obrará según su conocimiento del terreno y de los habitantes, según el es-

tado de la guerra en la comarca en que se halle, del concepto que le merezcan los informes recibidos y de otras muchas circunstancias semejantes á éstas é imposibles de prever por ser del momento. El punto está en conciliar el cuidado que ha de tener de las fuerzas de sus soldados con el deseo de pelear. Pedir á aquéllas más de lo que pueden dar es, por desgracia, muy dañoso y muy general. La mayor parte de las veces no se atiende á ninguna otra consideración que á la de satisfacer el afán de tener fuego con el enemigo, y á cambio de hacerle algunas bajas y desalojarle de unas lomas en las que nunca pensó sostenerse más de lo necesario para matarnos y herirnos la gente que pudiese (siempre más que nosotros á él), tenemos luégo que mandar 40, 50 ú 80 enfermos al hospital. Repetida una docena de veces la operación, queda la columna en cuadro y conseguido el objeto del enemigo, que era debilitarla hasta dejarla inútil. Así, por más lomas que los nuestros hayan tomado, á la postre ellos han sido los batidos.

Aun tienen las jornadas muy largas, ó muy apresuradas, otro gravísimo inconveniente. No todos los soldados que van quedando rezagados consiguen incorporarse á la columna. Algunos se extravían en el bosque y van á caer en manos de los rebeldes, los cuales con suma sagacidad los solicitan é inducen á quedarse en su compañía, prometiéndoles grandes ventajas, y á veces lo consiguen, pues, cuando no la codicia, obra el temor con tanta ó mayor eficacia. De esto podría citar muchos ejemplos, pero no quiero tratar tan delicada materia. Prefiero dejarla al buen juicio del lector.

Una jornada de 50 kilómetros por terreno llano, seco y limpio, será mucho menos trabajosa que otra de sólo 25 por montaña, ciénaga ó bosque virgen, y podrá considerarse más corta que aquélla para los efectos de la fatiga del soldado. Del primero hay muy poco en Cuba, y ese poco queda destruído en tiempo de aguas. En la Habana, Matanzas y Pinar del Río encuéntranse algunos regulares caminos, así como también en ciertas partes de Las Villas. En lo demás de éstas, en el Camagüey y en Oriente, casi no se halla otra cosa que senderos, intransitables en cuanto llueve. Con los ferrocarriles, que en las provincias occidentales llegan á tener regular extensión, no se debe contar, porque, siendo principal cuidado del enemigo retardar nuestros movimientos y hacerlos costosos en hombres y dinero, ha destruído con dinamita puentes, viaductos y locomotoras, é incendiado estaciones y carruajes, sin que nosotros hayamos acertado á evitarlo.

Cuando los caminos están secos, son incómodos y polvorientos; pero cuando están encharcados, sólo á costa de increíbles trabajos se anda por ellos. Atáscanse los soldados hasta la cintura, pierden los zapatos, rompen y manchan la ropa, dejan en el fango las raciones, y gracias si llegan á buen término las municiones y el fusil. Los mismos caballos quedan medio enterrados hasta la cincha, y en ocasiones hay que abandonarlos.

Peor todavía es la jornada si se hace por una verdadera ciénaga, ó sea tierra encharcada, de la que hay dilatados espacios en muchas partes de la isla, y más que en ninguna otra á lo largo de la costa

meridional. Una legua de ciénaga cuesta en ocasiones un día entero de jornada y la vida de algunos soldados. La gente se cansa mucho, y tras el cansancio y el poco alimento vienen las enfermedades. Las úlceras en los pies y piernas ocasionan muchas bajas de hospital. Lo mismo hacen las niguas.

Convendrá antes de comenzar la marcha enterarse lo mejor posible del camino que la columna va á recorrer, sobre todo en época de lluvias, y tener muy en cuenta lo que se averigüe para el cálculo del tiempo en que se ha de recorrer, porque podrá ser grandísima la equivocación, y lo que se pensó andar en diez horas quizá no se ande en diez días.

*
* *

La mejor hora de partir es la madrugada. Así se puede caminar hasta las diez de la mañana, á cuya hora conviene acampar, porque el sol calienta mucho. Habiendo prisa, podrá la columna andar nuevamente desde las tres ó las cuatro de la tarde hasta el anochecer. Si se hace de esta suerte, tanto al levantar el primer campamento como al establecerlo definitivamente podrá haber confusión, producida principalmente por la obscuridad. Los crepúsculos son cortos en Cuba, y esta circunstancia, favorable por la mañana, es contraria por la tarde al acampar, y bueno es tenerlo en cuenta.

El levantar el campo es operación que requiere mucha vigilancia de los oficiales. Los acemileros están medio dormidos, y con la prisa y el sueño cargan mal

á las acémilas, lo que es luégo causa de que se detenga la columna, se pierda parte de la carga y se estropee el ganado. Los soldados dejan cartuchos por el suelo, de que se aprovecha el enemigo, viniendo á registrar el sitio en que estuvo el campamento. Sucede casi siempre que á la salida de la retaguardia hay algún tiroteo, porque las guerrillas rebeldes nunca pierden esta ocasión de molestar á la tropa y hacerla alguna baja.

Siempre que sea posible marchar hasta las doce, y descansar luégo hasta el amanecer del día siguiente, debe hacerse, porque el mucho calor, la carga, lo penoso del camino, la falta de sueño, ocasionada por los mosquitos, la humedad del suelo (¡cuántas veces duerme el soldado medio enterrado en el fango!) y la constante vigilancia, fatigan mucho á la gente, la cual necesita luégo largos descansos. Pero pocas veces los podrá tener, y las más de ellas volverá á caminar de tres á siete ó de cuatro á ocho de la tarde, y aun se dará por muy contenta si no ha caminado todo el día sin parar. La segunda mitad de la jornada suele hacerla penosa la lluvia, pues los aguaceros caen de dos á cuatro de la tarde.

La tropa debe tomar el café antes de partir y caminar luégo sin mucha prisa, procurando suplir con el buen método de marcha los pocos minutos que en cada kilómetro habría de ganar si caminase muy apresuradamente. Es seguro que la diligencia será al fin mayor que del otro modo, y que la columna llegará mucho menos cansada á su destino.

Convendrá detenerse de cuarenta en cuarenta ó de cincuenta en cincuenta minutos, según las circuns-

tancias, para dar tiempo á que los rezagados se incorporen. Después de haber cruzado un río ó pantano ú otro paraje peligroso, también conviene parar un poco por la misma razón. Los descansos no deben ser demasiado cortos, porque la vanguardia volvería á andar cuando aún no hubiese parado la retaguardia. Los altos muy seguidos y breves, abaten mucho á la tropa cansada. Siempre que sea posible, se procurará que sean pocos y medianamente largos. Mientras duren, la vigilancia será como en marcha. Los soldados descansarán de espaldas á la columna, y con la vista fija en el bosque ó campo. Á ninguno se le permitirá soltar el arma.

En Cuba hay gran diferencia entre las jornadas de invierno y las de verano, porque en éstas al mayor calor se añade lo copioso y diario de las lluvias y el mal estado de los caminos. La topografía de la comarca por donde camina la columna puede hacer más insufrible el calor ó mitigarlo. Si ha de pasar por cañadas hondas en ocasión en que no haya brisa, ó por sabanas extensas sin sombra alguna, habrá que prevenirse mucho contra la insolación y la asfixia. Lo más eficaz en estos casos ya queda dicho que es madrugar y parar temprano, antes de que el sol vaya muy alto. También convendrá en ocasiones caminar de noche, aprovechando las de luna, que son clarísimas; pero sin olvidar que las marchas nocturnas gastan mucho las fuerzas de la tropa, quitándola la mejor hora de dormir.

En terreno alto, como el de la Maestra y demás sierras orientales, llega á sentirse fresco; pero en ellas no suele haber enemigo; y aunque en sus más

escondidos valles tiene aquél campos sembrados para su sustento y recogido el ganado, pocas veces han ido los nuestros á registrar tales madrigueras y á destruir los recursos que en ellas guarda.

Es de la mayor importancia informarse de las aguadas que hay en el camino que se va á recorrer y de la calidad de las aguas, porque de ser éstas malas se originan muchas y muy graves enfermedades, tales como la disentería y el tifus. Las más de ellas se evitarían llevando filtros y no dando permiso para beberla sino después de filtrada. Pero ¿quién contiene al soldado cuando llega sediento á una charca, por sucia que sea!

También hay que mirar mucho el sitio de la aguada, porque en él es probable que tenga el enemigo alguna emboscada, ó por lo menos tiradores sueltos, los cuales también tirarán al grueso de la columna si ésta se halla á tiro de fusil del bosque. Para evitarlo se adelantará bastante en el reconocimiento de éste, y se procurará siempre tener á la entrada de él alguna gente.

*
* *

En todas las guerras hay gran diferencia entre el soldado viejo y el nuevo, pero en ninguna como la de Cuba, porque el hacerla requiere más práctica. En las marchas, el soldado nuevo no sabrá caminar por el bosque, ni por los malos caminos y ciénagas, ni servirse del machete; no conocerá los rastros; no

acertará con el de la columna por poco que ésta se le adelante; desconocerá los insectos y plantas nocivas, así como también las estratagemas del enemigo, al que quizá tema más de lo debido, sin saber guardarse de él; tendrá poca serenidad é iniciativa en las ocasiones en que se vea obligado á pelear solo ó casi solo, en los flanqueos, servicios de vanguardia y retaguardia y en los reconocimientos.

En cambio el soldado viejo sabrá todo esto muy bien. El nuestro aprende mucho en poco tiempo, y en Cuba hemos tenido veteranos que llegaron á ser tan prácticos en aquella guerra como los mejores que tenían los rebeldes. En marchas largas y arriesgadas, deben los jefes y oficiales mirar mucho á la calidad del soldado, atendiendo también á que los mandamos á la guerra demasiado jóvenes. Si la mayor parte de la gente fuese nueva, convendrá mezclar con ella los soldados viejos que haya para que la sostengan y den firmeza. Los reconocimientos, flanqueos y demás servicios de consideración y peligro, se les encomendará; pero procurando que les acompañen algunos de los nuevos para que se vayan acostumbrando. De este modo practicarán todos, y en poco tiempo serán tan buenos como los otros. Cuando hayan practicado y tengan alguna costumbre de resistir las fatigas de aquella guerra, podrá caminar la columna más aprisa, más suelta, y también con menos peligro de sorpresas.

Conociendo el camino y la manera de pelear de los rebeldes, puede saberse, antes de partir, los sitios en que la columna tendrá fuego; y si al llegar á ellos no va bien prevenida y los tiros la sorprenden, la

culpa es del que la manda. En las ciénagas, en los recodos del camino en que hay monte y alturas dominantes, en los vados y en las aguadas, habrá siempre emboscada, y unas veces la vanguardia, otras la retaguardia, tendrán bajas si el servicio de exploración y flanqueo no se hace como es debido.

El paso de las ciénagas, penoso y arriesgado siempre, lo es más que nunca en tiempo de lluvias, y poco menos malos que las ciénagas son entónces los caminos. Toda cautela será poca para cruzar estos parajes, porque puede ser atacada la fuerza en tal momento que no tenga defensa. El soldado se hunde en el fango hasta el pecho y apenas puede moverse.

En tales casos debe reconocerse con mucho cuidado el bosque por ambos flancos, no sólo para descubrir al enemigo, sino para encontrar unos senderos de terreno más firme, que dentro de la espesura suele haber, paralelos al camino, á derecha é izquierda de él, y por donde la marcha es mucho más fácil. Los naturales les llaman *deshechos*.

Al llegar á un claro, no se debe perder el contacto con uno de los linderos del monte. Marchar por medio de una sabana ó potrero es de los mayores errores en que puede caer un jefe de columna, y casi siempre le paga caro. No es sólo ley de la guerra de Cuba, sino de todas las guerras, que el que tiene el lindero del bosque tiene el bosque. Por eso la fuerza que camina á lo largo de la ceja de monte y junto á ella, quita una posición al enemigo y lleva perfectamente resguardado un flanco. Si la sabana es ancha, su misma anchura le guardará el otro, porque el enemigo tendrá buen cuidado de no descubrirse. Así ca-

minará segura y tranquila, mientras que, si va por el centro del claro, lleva amenazados ambos lados, y hasta puede ser acometida y envuelta si, por débil ó mal mandada, la creen los rebeldes buena presa.

En los recodos del camino, si la extrema vanguardia no los ha reconocido antes, tendrá seguramente algunas bajas la vanguardia, á la que tiradores emboscados en las alturas que enfilen el sendero dispararán á mansalva.

Lo propio, y con mayor desventaja nuestra, sucederá en los vados. El enemigo sabrá anticipadamente los que la columna ha de pasar, bien porque lo deduzca de la dirección de ésta, bien porque sus confidentes, que son muchos y buenos, le tengan advertido. Si el paraje le favorece procurará coger á toda la gente nuestra en el río para aprovechar los tiros y hacer muchas bajas, que es uno de los medios que tiene para detenerla, porque no hay otro remedio que llevar los heridos á sitio donde puedan curarlos los médicos. Lo común es volver al punto de partida, quedando descansados los rebeldes y frustrada por completo la expedición.

Si el jefe de la columna es inteligente y práctico en esta guerra, mandará á la vanguardia hacer un minucioso reconocimiento y ordenará la ocupación de los puntos que dominen el vado y desde donde pueda éste ser batido, hecho lo cual podrá pasar con toda tranquilidad, seguro de no advertir la menor señal de estar cerca del enemigo.

Si la columna lleva práctico, ó si hay en ella quien conozca bien el camino, fácilmente se hallará el vado y se pasará. Pero, si así no fuese, debe reconocerse

con cuidado para que no se ahoguen soldados ó algún jefe, como en ocasiones ha sucedido. El reconocimiento lo harán algunos jinetes, que, con perchas en la mano, irán sondando el río. Si el agua no tiene más de un metro de hondo, el vado sirve para la infantería.

La caballería puede pasarle aunque tenga 1,35 metros. Una de las señales de que hay vado es el continuar el camino en la margen opuesta.

Siendo mucha la corriente debe colocarse aguas arriba alguna caballería que le quiebre la fuerza, y otra tanta aguas abajo para recoger á los soldados que arrastre el río. Los soldados de infantería entrarán en el agua despacio, dándose la mano, y caminarán mirando siempre á la orilla opuesta. La caballería marchará del mismo modo, en hilera, llevando cada soldado su caballo con la cabeza algo vuelta hacia la corriente, y á la altura de la silla del que le precede, teniendo cuidado de dejar los últimos á los caballos más inquietos. Las acémilas y sus conductores pasarán también entre filas de jinetes y en una sola hilera. (Chacón: *Guerras irregulares*, t. II, páginas 255-256.)

En invierno todos los ríos cubanos son vadeables, menos el Cauto desde Cauto Embarcadero al mar. Los demás apenas tienen algún pequeño trozo cercano á su desembocadura no vadeable. Sólo en verano ofrecerá graves inconvenientes el paso de la mayor parte de ellos y en casi toda su longitud.

*
* *

Los flanqueos son en Cuba muy penosos, pero muy

necesarios. Tienen que entrar los flanqueadores en el monte y caminar por él abriéndose paso con el machete, operación que unas veces hace algún negro que va de cabeza de fila, y otras soldados viejos que saben manejar aquella arma. Caen con frecuencia, se cortan y arañan, y están expuestos á perderse. Si no se apartan mucho, puede suceder que, si encuentran fuerza enemiga y ésta los arrolla, lleguen todos juntos sobre la columna. Si se apartan demasiado dejan sitio para que algunos tiradores rebeldes se interpongan entre aquélla y el flanqueo, y rompiendo el fuego por ambos lados produzcan confusión y quizás un pánico funesto. No es posible dar reglas para la distancia á que han de hacerse los flanqueos, pues las señala la ocasión, el terreno y las noticias que haya de los enemigos, quedando á la discreción y talento del jefe el apreciar estas circunstancias y las demás que hubiere. Conviene, sin embargo, señalar el escollo de la timidez, porque son bastantes los que tocan en él. Hay quien no descansa si no lleva los flanqueos al alcance de la voz y la extrema vanguardia á la vista.

En las comarcas muy quebradas y de grandes y enmarañados bosques, como Baracoa, Guantánamo, Bayamo y Manzanillo, en Oriente, podrá componerse la vanguardia sólo de infantería. La fuerza que llevará nunca será tanta como la que tendría en Europa, ni tan poca que no pueda sostener eficazmente el grueso de ella á la extrema vanguardia si ésta se ve comprometida. Dicha extrema vanguardia la formarán hombres escogidos, mandados por un oficial valiente y práctico. La distancia que debe ha-

ber entre ella y el grueso de la vanguardia, y entre éste y la columna, debe ser tanto más corta cuanto más quebrado el terreno y más espeso el bosque, y algunas veces, cuando haya cruce de caminos con rastro fresco, será conveniente dejar señales que permitan reconocer el que lleva para que la columna no se extravíe.

En las provincias occidentales de Cuba, las vanguardias y guerrillas serán de caballería, las cuales pueden apartarse de la columna bastante más que las de infantería.

No menos importante que la vanguardia es en Cuba la retaguardia, porque los insurrectos la acometen con suma frecuencia. El menor descuido por esta parte puede ser muy dañoso, señaladamente si se deja en ella gente cansada ó desmoralizada. Sucede las más de las veces que el enemigo se contenta con ir tiroteando á la cola de la columna. Siendo así, podrá dejarse alguna fuerza emboscada que sorprenda á los tiradores y los escarmiente; pero habrá que mirar el sitio y manera de hacerlo, porque con facilidad se invierten los papeles y son los nuestros los sorprendidos. Algunos jefes no cuidan, como debieran, de dejar sostenes á los emboscados para que en la retirada les apoyen si carga sobre ellos mucha gente, y de este descuido se suelen originar no pocos males.

Las fuerzas deben ir bien ordenadas, es decir, juntas las compañías y batallones: nunca fraccionados. También deben de guardar turno riguroso en el servicio, porque, siendo los de vanguardia y retaguardia los más penosos, es necesario que alternen para descanso de todos. El jefe de la columna tendrá el mayor cuidado de que la impedimenta no corte el paso entre

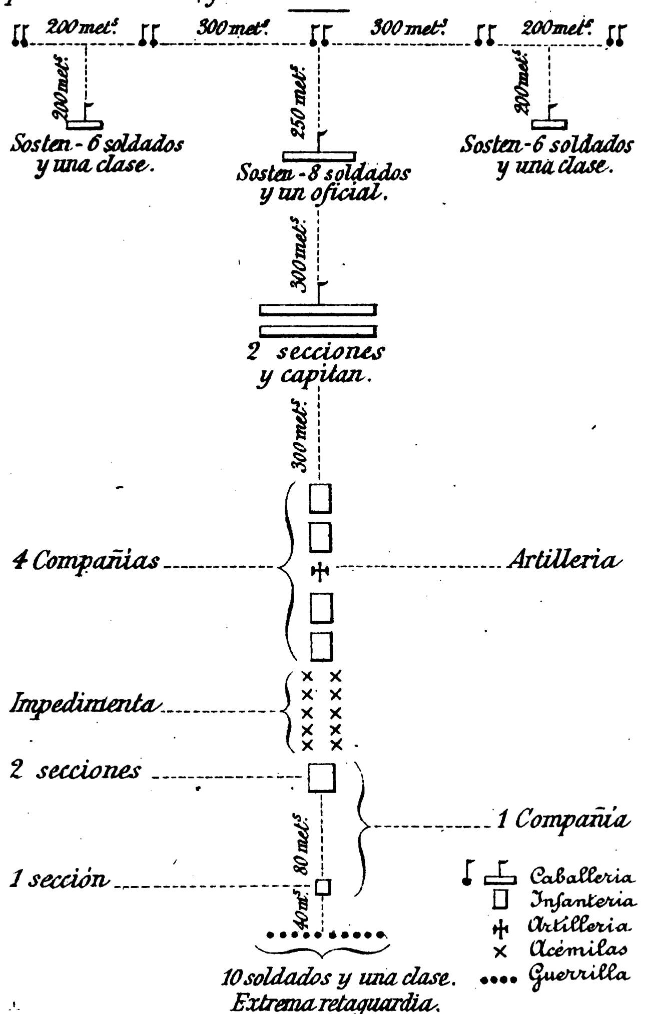
la cabeza y la cola, porque, en caso de ataque, la mala comunicación entre las dos partes de aquélla puede ser causa de muy graves contratiempos. Todo lo que pudiera decir del orden de marcha va representado con la mayor claridad en los dos cuadros que acompañan á este capítulo. En ellos se verá el modo de caminar una columna de las tres armas por una sabana ó potrero y por un callejón de monte firme, que son los dos casos que principalmente se ofrecen en Cuba.

Importa á los jefes y oficiales de la columna conocer la condición y costumbres de los naturales de la comarca en que operan y si son amigos verdaderos ó fingidos. En Cuba encontrará muchísimos más de éstos que de aquéllos, aun entre los mismos peninsulares. Trabajo cuesta decirlo, pero no creo que de hacernos la ilusión de que nos quieren bien donde nos odian ó nos desdeñan podamos sacar provecho alguno. Si hay quien ponga en duda esta amarga verdad, en campaña saldrá de su error, y quiera Dios que no le cueste caro el desengaño.

El jefe ú oficial nuevo en aquella guerra, mire bien el práctico que toma y dónde y cómo lo toma; los informes que le dan y quién se los da. En los poblados rara vez será bien acogido, hallando en todas partes una frialdad harto elocuente. Los mismos hombres que encuentra por las calles y en los cafetines quizá le han hecho fuego en la marcha de la víspera, y le volverán á tirotear la columna aquel mismo día luégo que salga. Téngalo todo muy presente en las marchas y en sus relaciones con los naturales para proceder con la circunspección debida.

Terreno despejado (Sabana ó Potrero)

Marcha de una columna de 800 ó 1000 hombres: una Compañía montada (guerrilla ó escuadron de 80 á 100 hombres.



Marcha de una columna de 800 ó 1000 hombres por un callejon de monte firme.

30 met.s

80 met.s

100 met.s

40 met.s

Punta de 8 ó 10 tiradores en guerrilla.

Una seccion de tiradores ó guerrilla á pié (Extrema vanguardia.)

Vanguardia, 1 Compañia.

2 Compañias, 2 hileras á cada lado

Caballeria, guerrilla ó escuadron 1 ó 2 hileras á cada lado.

Impedimenta.

Retaguardia, 2 Compañias.

Una seccion que destaca 10 soldados de extrema retaguardia.

8 ó 10 soldados de extrema retaguardia.

CAPÍTULO VII

DEL MODO DE LLEVAR LOS CONVOYES

Napoleón I dijo que «la dirección de las operaciones militares es sólo la mitad de la tarea de un general, y que la otra mitad consiste en establecer y asegurar las comunicaciones del ejército». De esta y de otras máximas fundamentales de la ciencia militar, ya se sabe el caso que hemos hecho.

En la primera guerra de Cuba, nos costó el racionamiento de las tropas muchas muertes y mucho dinero. ¡Y qué racionamiento! Arroz malo, tocino agusanado, galleta en polvo. También el municionamiento se hacía tarde y mal. Tan mal, que no pocos convoyes de municiones caían en poder del enemigo. El famoso Vicente García, cabecilla-bandolero que en las Tunas peleaba en provecho propio, fué especialista en saltear convoyes, y cogió muchos. Con los que iban bien guardados y llevados pocas veces se atrevió, y cuando lo hizo, casi siempre le salió mal la cuenta. En cambio, con los que iban mal, que por desgracia eran bastantes, pocas veces se equivocó.

Fué la conducción de convoyes uno de los mayores enemigos que en la campaña tuvimos, porque em-

pleamos en ella muchos miles de hombres que nos hacían falta para perseguir al enemigo; porque, siendo muy trabajosa, nos dió muchas bajas de hospital; y porque, como á pesar de todo el municionamiento y el aprovisionamiento se hacía tarde y mal, la mala alimentación aumentó el número de enfermos, y la falta de cartuchos fué causa de rendiciones y otras desgracias.

Hemos visto que el general Polavieja acabó el primer período agudo de la guerra de Cuba. Ya que al período crónico en que entonces entró, y que con algunos recrudecimientos continuó hasta fines del 94, le pusimos el lisonjero nombre de paz, debimos aprovecharle en construir caminos militares, de vía férrea unos y carreteros otros, que algún día pudiesen servirnos, y que entretanto sirviesen al comercio de la comarca y á la comodidad de sus indolentes habitantes, incapaces de hacerlos por sí. Pero no pensamos siquiera en tal cosa, copiándoles la indolencia, sin mirar á que la copia era en nuestro daño.

Ahora conocemos el desatino que hicimos, sufrimos las consecuencias y nos arrepentimos. Por desgracia, es tarde para el remedio.

*
* *

No es tan difícil como algunos creen tener en Cuba muchos y buenos caminos. Cierto que la lozanía y espesura de la vegetación, lo quebrado de algunas comarcas y lo llano de otras, en las que las aguas,

no pudiendo correr, encharcan el suelo, son circunstancias adversas; pero en cambio la estrechez de la isla y los muchos puertos que hay en las costas facilitan las comunicaciones del Océano con el interior de la tierra. Desde algunos de aquéllos se ha podido hacer ferrocarriles de vía estrecha que cruzasen de mar á mar. Luego la unión de éstos entre sí hubiera sido fácil y habría quedado construída la línea central. Si á esto se hubiese añadido una regular red de caminos vecinales, mucho tendríamos ahora adelantado.

Donde la isla es más ancha, no faltan ríos que se pueden navegar algún buen trecho. El primero de ellos es el Cauto, importante línea de comunicaciones que apenas hemos sabido aprovechar, y que tal vez vamos á perder por no acertar á defenderla. De la barra á Cauto el Paso (120 kilómetros), fácilmente podrían subir en todo tiempo lanchas cañoneras como las construídas por la casa Cockerill para el Congo y sus afluentes. Son de vapor, andan 8 nudos, tienen de 12 á 24 metros de longitud, calan de 50 á 75 centímetros, y se desmontan y transportan fácilmente. También servirían de mucho cañoneros como los que han llevado los franceses al Ubanguí. Tienen 12 metros de largo, tres de ancho, calan cargados 50 centímetros, y pueden deshacerse en pedazos de 20 kilos de peso. La casa Lefebvre ha hecho unas lanchas de aluminio para navegar en el Níger hasta Timbuktú, que se transportan con facilidad. Son de 50 toneladas y calan poco más de medio metro.

Con embarcaciones de éstas, no sólo se habría po-

dido aprovechar muy bien el Cauto, sino algunos de sus afluentes, incluso el mismo río de Bayamo, en el que los soldados, aun buscando los mejores vados, rara vez dejan de tener agua hasta el pecho. Por estos vados pasa sin ningún inconveniente cualquier cañonero ó lancha de las que he dicho, y con ellas pudo estar aquella población, por lo menos mucha parte del año, en comunicación con Manzanillo por la vía fluvial y marítima. Asimismo se hubiera podido aprovechar alguna parte de los ríos Zaza, Jatibonico, Arimao, Damugí, Sagna y otros.

Hoy casi no podemos pensar en estas comunicaciones. El enemigo cerraría los pasos, pondría torpedos y se apoderaría de todos los barcos. La propia vía del Cauto está tan amenazada que apenas es nuestra. En ella nos han cogido hace poco un vapor, y hay motivo para temer que nos cojan algunos más. Es posible que después que esto suceda quede el Cauto cerrado, y que entonces el avituallar á Bayamo sea tan costoso que convenga abandonar esta importante población.

A esto vendremos á parar si no mejoramos de método de guerra; mejor dicho, si no dejamos de hacer la guerra sin método de ninguna clase.

Ejemplos de la importancia de las vías fluviales en todas las guerras, y señaladamente en las ultramarinas, no faltan. Mas ¿de qué sirve la luz al que no ve? ¿De qué las razones al que no oye?

Los convoyes por agua son los más baratos, los más cómodos, los que apenas cuestan vidas de hombres. Por eso, sin duda, los hemos descuidado tanto que pocas ocasiones de emplearlos se ofrecerán en

adelante á las fuerzas que operan en la Gran Antilla, y las que se ofrezcan no serán muy principales.

Diré, sin embargo, algo de esta clase de convoyes.

Lo primero á que hay que atender es al calado de los barcos y al peso que han de llevar. Si hay que cruzar barra, como sucede casi siempre que se entra en un río, debe cuidarse de aprovechar la marea. Ésta sube por aquél tanto más cuanto menor es la pendiente de las tierras. Por eso en los de la costa Sur de Cuba se siente á bastante distancia, pues toda ella es baja y pantanosa. El que dispone uno de estos convoyes debe informarse con sumo cuidado de los bajos que haya en la porción del río por donde aquél ha de navegar, sobre todo si lo hace en invierno, es decir, en tiempo de seca, porque entonces el caudal es mucho menor que en verano ó tiempo de lluvias, y podría encallar el convoy y perderse. Si operásemos en territorio poco explorado y extranjero, sería disculpable desconocer el curso del río; pero siendo la guerra dentro de la propia nación, estaría obligado el oficial á conocerle perfectamente si en España se enseñase en alguna parte geografía militar española y guerras españolas. No siendo así, por desgracia, ha de suplir con la diligencia y buena voluntad lo que le falta á la enseñanza que recibió y el descuido de los que le mandaron á campaña sin un mal croquis de la provincia en que se halla.

La carga es también negocio de la mayor importancia. Si el río lleva poca agua, cuanto más cargados vayan los barcos más difícil será el paso del convoy por algunos sitios. Si es más de la que los barcos pueden llevar ó está mal colocada, hay peligro de

zozobrar. Para calcular el peso con qué puede una lancha, lo mejor y más sencillo es meter en ella cuantos soldados pueda sostener sin peligro de irse á fondo. Luégo se multiplica el número de soldados por 65, que son los kilos que por término medio pesa cada uno de ellos, y con esto queda averiguado el peso que puede llevar el lanchón. (Chacón: *Guerras irregulares*, t. II, pág. 311.)

También se debe procurar que las diferentes especies de que se compone el cargamento no vayan cada una en su lancha, sino repartidas entre ellas, de modo que en todas haya de todo, para que, si se perdiere alguna de aquéllas, no se pierda una cosa por entero. No haciéndolo así, puede faltar toda la galleta, ó todo el bacalao, ó todo el arroz, ó toda la cartuchería si naufraga ó cae en manos del enemigo la lancha que lo conducía. (Ídem, íd., 312.)

El oficial encargado del convoy debe verlo cargar y estar muy atento á todo.

En el estado en que se encuentra la guerra de Cuba, la custodia de uno de estos convoyes será siempre de mucha fatiga y peligro.

La estrechez del río le tendrá expuesto al fuego que desde las dos orillas le podrá hacer el enemigo; los pantanos, manglares y bosques le impedirán mandar gente á tierra para proteger el convoy, y los obstáculos que aquél podrá poner en la corriente, que en algunas partes serán de consideración, harán peligrosa la marcha. Ahora empiezan á poner torpedos.

***

Más detenido estudio merecen los convoyes terrestres.

Pueden ser éstos de acémilas y de carretas. En los primeros se llevan las provisiones de boca y guerra á las columnas y á los destacamentos pequeños; en los segundos, á los centros de operaciones.

Aquéllos deben llevarse del mismo modo que la impedimenta de una columna, es decir, con las mulas en reata, guiadas por soldados acemileros. Cada uno de éstos lleva á su cargo de dos á cinco animales.

Este servicio es penosísimo. La mayor parte de los soldados no están acostumbrados á él; le hacen mal y de mala gana. Cuesta no poco trabajo el adiestrarlos, y aun así rara vez va medianamente conducido el convoy si hay más de dos animales por acemilero.

Hubiera sido muy conveniente al principio de la campaña aprovechar alguna de la mucha gente del campo y de los pueblos que vive de la arriería. Hubiéramos conseguido dos importantes ventajas: evitar que muchos soldados, rendidos de fatiga, se pasasen al enemigo; emplear á los arrieros cubanos, á quienes la guerra dejó sin trabajo, y que, por no saber qué hacer ni cómo vivir, se fueron también á la insurrección.

Mejor podía llevar uno de éstos cinco bestias que una sola un soldado.

Saben cargarlas y descargarlas en menos tiempo y mejor, y sobre todo les aventajan en el conducirlas, arte de suma importancia en aquellos caminos. También cuida el arriero del ganado mucho mejor que el soldado; atiende más á darle de comer en los descansos y á conservarle las fuerzas.

La carga y descarga deben vigilarlas mucho los oficiales. Aquélla debe ser proporcionada á las fuerzas del animal é ir bien distribuída. Siempre que se pueda se procurará no equilibrarla con piedras, que es peso inútil.

El jefe de la columna nombrará un oficial que atienda sólo al convoy, y será grave equivocación la de creer que para este cargo sirve cualquiera. No debe olvidarse que convoy mal cuidado está medio perdido, y que con él se puede perder la fuerza que lo ampara.

Uno de los descuidos peores es el de dejar apelotonarse á las caballerías de manera que cierren el camino. De aquí proviene siempre confusión, y de las confusiones nacen los pánicos en los momentos de peligro. Sucede también que la columna queda cortada, sin que una parte de ella pueda acudir pronta y eficazmente en socorro de la otra, lo que siempre tiene las malas consecuencias que se deja considerar.

*
* *

Los convoyes de carretas aún dan más que hacer que los de acémilas; y como son más importantes, despiertan singularmente la codicia del enemigo, siendo por esta razón su custodia de mayor cuidado y de mayor empeño su defensa.

La mejor época para llevar estos convoyes es la de la seca. Entonces los caminos son mejores, menos enmarañada la vegetación y más fresca la temperatura. Debiéramos aprovechar esta parte del año (de Octubre

á Abril) en abastecer los centros de operaciones y puntos de etapa de todo lo necesario para excusar el hacerlo en tiempo de lluvias. Pero no hay este cuidado, y lo mismo salen los convoyes en verano que en invierno.

Los de verano son penosísimos.

Debe partir el convoy antes de amanecer y caminar hasta las once. De esta hora hasta las dos el descanso es necesario, porque los bueyes caen asfixiados por el calor. En poco tiempo mueren muchos.

Un convoy ordinario tiene 100 carretas, y la carreta cinco yuntas. La longitud de esta impedimenta es, por término medio, de 2 kilómetros. Cuanto más larga sea, mayores serán las dificultades de la defensa y menos eficaz ésta. Siempre que la anchura del camino lo consienta irán en filas de dos, cuatro, seis y hasta ocho, quedando entre las carretas de la misma línea espacio bastante para que las yuntas puedan tirar de costado sin tocar á la inmediata. Si cae alguna de ellas ó caen los bueyes, lo que con frecuencia sucede, seguirá la marcha, pero poco á poco, para dar tiempo á que lleguen los rezagados. Sólo si la caída fuere tal que se haya de abandonar la carreta, parará el convoy y esperará. La carga se repartirá entonces por las otras carretas.

Sitios hay en Cuba donde los convoyes andan más despacio que las tortugas, no adelantando ni una legua por día. Quedan muchas carretas hundidas en los fangales, y para sacarlas no hay otro medio que desuncir los bueyes de otras y ponerlos á tirar de las caídas ó medio enterradas; y como por allí ha de pasar todo el convoy, repítese la faena diez, veinte, cien

veces: tantas cuantas las carretas que vienen detrás. ¡No hay paciencia ni fuerzas que resistan mucho tiempo tales trabajos!

En ciertos parajes irán las carretas unas tras otras, por no permitir otro orden de marcha la estrechez del sendero. Entonces sucede que el surco abierto por la primera lo van ahondando las demás, y al llegar las últimas se entierra toda la rueda y quedan atascadas.

En estos sitios debe temerse el ataque del enemigo. Si la columna va dividida en pelotones custodiando cada uno un grupo de carretas, es casi seguro que el convoy será cortado y destrozado. No habrá unidad en el mando, ni será la línea de la columna bastante fuerte. El enemigo podrá romperla por una ó varias partes, y en ninguna se podrá hacer buena defensa. En la marcha, los soldados entorpecerán la de los bueyes y estorbarán á los carreteros. Si hay acometida vendrá en seguida la confusión, las luchas individuales, y, por último, la pérdida de parte del convoy ó de todo él.

Las carretas deben ir solas, con fuerza á vanguardia y retaguardia, y con parejas de caballería intermedias y de enlace. El buen empleo de esta arma es parte muy principal de la buena custodia de un convoy. Debe explorar el terreno á mayor distancia que de costumbre, precisamente por ser tan lenta la marcha y porque lo son todos los movimientos de la impedimenta. El jefe necesita bastante tiempo para concentrarla y disponer la gente á la defensa. Se explorará, además del terreno de vanguardia, el de retaguardia, y no con infantería, sino precisamente con caballería, como queda dicho.

Si los exploradores traen noticia de venir acercándose el enemigo, lo primero á que se atenderá es á la concentración de las carretas. La defensa debe hacerse á bastante distancia de éstas y con gran energía, pero sin adelantarse demasiado en la persecución. La misión de la fuerza que lleva un convoy es defensiva; nada más que defensiva. Conviene mucho no empeñar toda la gente en el combate, dejando alguna de reserva para acudir á los sitios más amenazados.

Muchas veces podrá caminar el convoy casi solo. Bastará para ello que el jefe de la columna haya colocado previamente fuerzas en aquellos parajes del camino que el enemigo pueda aprovechar para acometer. Si ha sabido hacerlo, es casi seguro que pasará sin ser hostilizado.

Los rebeldes cubanos son más astutos é impetuosos que valientes y tenaces. Rara vez atacan á un convoy grande, sobre todo si va bien conducido. En cambio, carreta que queda algo rezagada será seguramente embestida y cogida por ellos si no se acude muy pronto á defenderla. Si el jefe de la columna es inteligente y práctico en esta guerra, podrá hacer que salgan de estas sorpresas muy escarmentados.

Ejemplo de estos escarmientos es el siguiente suceso, ocurrido en la provincia de Pinar del Río á principios del corriente año.

Caminaba de Mantua á Remates un convoy guardado por fuerzas que mandaba el general Terán. Eran los enemigos muchos más que los nuestros, y estaban muy fiados de que la sed que la columna padecía, que era mucha, pues desde la mañana no habían bebido los soldados, la rindiese. Con esta esperanza

acosaban más de lo conveniente la retaguardia, incomodándola bastante. Mandó entonces el general que en cierto paraje que le pareció á propósito para una emboscada quedase una carreta con algunas cajas, y á poca distancia, bien escondidos en la espesura, unos cuantos hombres.

Llegaron los rebeldes á la abandonada carreta, viéronla atascada y caída, y deseando reconocer la inesperada presa y apoderarse de ella, apiñáronse en torno suyo, formando espeso grupo. Rompieron entonces el fuego los emboscados tan apresurada y certeramente, que en un instante mataron á 26, huyendo los demás sin defenderse, y quedando tan desalentados que no volvieron á disparar un solo tiro á la columna en todo el día.

* * *

Los convoyes deben detenerse para acampar un par de horas antes del anochecer, porque sólo de día se puede hacer el campamento y descargar ó desuncir á los animales sin que haya confusión.

Algunos autores recomiendan mucho la precaución de hacer con los carros una suerte de campo atrincherado. Así lo hacen los boers en África y lo hacían los mejicanos. En Cuba no siempre será necesario, y, por tanto, convendrá no perder tiempo en ello, bastando que las carretas queden en buen orden ó en el que convenga para la marcha del día siguiente. De mayor importancia será elegir bien el paraje donde se ha de pernoctar, pues el mayor daño que el

enemigo puede hacer es tirotear el convoy por la noche, y lo hará seguramente si se le deja la posesión de la linde del bosque y éste se halla á tiro de fusil.

El mejor sitio para acampar es la propia linde. Luégo que el convoy se haya detenido, se hará un buen reconocimiento de las cercanías. Una fuerza de caballería protegerá la aguada, para que las mulas ó los bueyes puedan beber sin que el enemigo tire sobre ellas. Con igual cuidado se protegerá á los forrajeadores, no olvidando que aquél trata siempre de sorprenderlos, y que las más de las veces que ha habido macheteos de fuerzas ocupadas en forrajear, ha sido porque los rebeldes han estado tan vigilantes como descuidados los nuestros.

En el reconocimiento hecho antes de acampar, se habrán hallado veredas que cruzan el bosque en todas direcciones. En ellas ha de estar la vigilancia y lo más lejos posible, porque por allí se intentará la sorpresa, caso de que la preparen. Cruzando el bosque á rumbo no vendrá nunca el enemigo, y menos de noche. Por eso, si el servicio de vigilancia está bien puesto, podrá el convoy dormir tranquilo. (Véase el cap. VIII.)

Sin embargo, antes de retirarse á descansar dará el jefe órdenes concretas á todos los oficiales, señalando á cada uno el sitio á que ha de acudir y lo que ha de hacer si el enemigo viniese sobre el campamento. Otro cuidado muy principal es el de evitar que el ganado se alborote con los tiros. Entonces se conocerá cuánta diferencia hay de tener buenos acemileros á tenerlos malos.

El peor convoy y el más difícil de llevar es el de

heridos, señaladamente después de un combate, porque entonces la columna está cansada por las fatigas del día, y en vez de descansar tiene que caminar de nuevo con aquella carga abrumadora y con mayores precauciones que nunca.

Menos mal si hay caballerías ó carretas para el transporte. Si no las hay, como tampoco habrá camillas, será preciso hacerlas como se pueda y de lo que se pueda, pero procurando utilizar las hamacas mientras haya bastantes, porque éste es el mejor modo de llevar heridos. Para esto se cortan palos, y de cada uno de ellos se cuelga una hamaca. Bastan dos hombres para llevarla; si no hay más que camillas, irán cuatro hombres por cada una, y otros cuatro para relevarlos; y siendo, por tanto, ocho hombres por herido, para llevar 100 heridos serán necesarios 800 hombres.

Las camillas deben ir cubiertas para resguardar del sol y de la lluvia á los que van en ellas. Las mojaduras de los heridos suelen tener malas consecuencias, porque predisponen al pasmo. Andará el convoy lo menos posible: sólo un rato por la mañana, y otro por la tarde. Esto es lo que conviene casi siempre á los heridos y enfermos; pero no siempre se podrá hacer. Cuando la conducción se haga de un hospital á otro, estará sin duda mejor preparada que si se hace después de un combate. Siendo así, es probable que no falten camillas, botiquín de campaña y sanitarios. Además irá más segura, pues no habrá salido sin la certeza de estar expedito el paso. Entonces es de menos cuidado su custodia.

En Cuba hay pocos convoyes de prisioneros, por-

que rara vez se cogen algunos en el campo. El enemigo es diligentísimo en la huída, y aun después de una verdadera derrota es difícil darle alcance. Esto sólo lo puede hacer la caballería, y en tal caso no hay prisioneros, sino acuchillados. Además, á los rebeldes les sobran soldados, por lo que casi nunca procuran rescatar prisioneros Sólo si algún cabecilla importante cayera en nuestras manos y tuviéramos que conducirlo por el monte, intentarían atacar á las tropas que le condujeran. Los medios de asegurar al preso son harto sencillos y conocidos, y las precauciones que tomará el jefe de la columna para no ser sorprendido, las de toda marcha en los campos cubanos.

*
* *

Desde el principio de la guerra debimos guardar con mucho cuidado ciertas líneas de comunicaciones, que nos hubieran servido también de base para operar contra la naciente rebelión. La principal era la de Manzanillo á Santiago de Cuba, por Bayamo, Santa Rita, Jiguaní, Baire, Ventas de Casanova, Palma Soriano y San Luis. No habiendo ferrocarril ni carretera de Manzanillo á Bayamo, y siendo malísimos los caminos de aquella población á ésta, la mejor comunicación entre ambas, mejor dicho, la única, es la del río del Cauto hasta Cauto Embarcadero. De este punto á Bayamo, la distancia es de unos 30 kilómetros, de los cuales los diez primeros de monte. Luégo vienen otros diez ó doce de la sa-

bana de Punta Gorda, y sin más dificultades se llega al término de la jornada. La guerra pasada nos dejó tristes enseñanzas de lo que cuesta la conducción de los convoyes por esta parte. La principal y más sangrienta fué el macheteo del que, por ordena premiante del coronel Campillo, salió de Cauto por la tarde, sin más escolta que unos 250 hombres, casi todos quintos. La noche le cogió en Punta Gorda, donde le esperaba Vicente García, quien ya sabía cuándo y cómo había de pasar. El que estuviese tan bien informado, y el haber salido el convoy á la hora y del modo que salió, dió pasto á terribles murmuraciones en Bayamo, y todavía hoy, á pesar de los años transcurridos, se sigue murmurando de lo mismo á costa del citado coronel.

Aquella desgracia, y los muchos y grandiosos trabajos que pasan las tropas en la custodia de estos convoyes, no han sido bastantes para que las autoridades militares hayan mirado poco ni mucho por esta parte de la línea citada. Cierto que con el resto de ella pasa lo propio; tanto, que hoy casi no es nuestra, pues se halla medio abandonada; pero ya que guardamos á Bayamo en nuestro poder, parece natural que tratemos de tener libre aquel camino. Pues lo mismo nos hemos cuidado de él que de la luna. Todas las semanas le recorre el convoy con las fatigas y peligros de hace veinticinco años. D. R. Pastor, contratista de las carretas que le llevan, ofreció al Gobierno el material necesario para construir fortines que protegiesen la comunicación de Cauto con Bayamo, comprometiéndose á llevar el convoy, sin escolta, todas las semanas, ó cada tres

días, luégo que los fortines estuviesen hechos. Éstos serían de diez y ocho á veinte, y habrían de construirse de 1.000 en 1.000 metros en los primeros 10 kilómetros, y de 2.000 en 2.000 en la sabana. Del agua y del racionamiento se encargaba el propio Pastor.

El proyecto era bueno, porque redimía á los soldados de un penosísimo servicio; ahorraba también dinero y vidas. Quizá por esto mismo no se ha hecho el menor caso de lo propuesto por Pastor.

No menos descuidadas están las orillas del Cauto. Ahora, al cabo de año y medio, se está haciendo un fuerte en las Cayamas. Los vados, que tan vigilados debieron estar en los comienzos de la campaña, *no lo estuvieron nunca.* El enemigo los tuvo siempre á su disposición. También los tiene ahora, y los aprovecha sin contradicción alguna.

Lo propio sucede con las comunicaciones en el resto de la isla. Nosotros no las hemos sabido organizar en ninguna parte, y en todas se las hemos dejado establecer á los rebeldes.

Empleamos numerosas fuerzas en la conducción de convoyes, que no serían necesarias si tuviésemos un sistema de comunicaciones y lo ejecutásemos. Pero no tenemos ese sistema, ni ningún otro. Si le tuviésemos, sería señal de que al fin habíamos constituído la guerra en Cuba.

Aun no hemos tenido tiempo de hacerlo. ¡No hace más de año y medio que empezó!

CAPÍTULO VIII

DEL MODO DE ACAMPAR
DEL SERVICIO AVANZADO Y RECONOCIMIENTOS
RASTROS Y PERSECUCIÓN DEL ENEMIGO

Cuatro principales condiciones ha de tener el paraje elegido para campamento: que haya cerca agua potable en cantidad suficiente, y leña para ranchos y hogueras; que el suelo esté seco, ó lo menos mojado posible, y que el enemigo no le pueda hostilizar á mansalva desde montes ó bosques cercanos. Debe buscarse de día, y, luégo de elegido el sitio, se hará un buen reconocimiento de los alrededores. Después saldrá gente á forrajear y á coger reses para el rancho. Lo primero, como lo segundo, debe hacerlo la caballería.

Muchos jefes de columna acampan en los claros del bosque. Este es el peor sitio. El mejor será siempre la linde de aquél, á lo largo de la cual debe descansar toda la columna. Si hay río, el campamento estará en una de las orillas. Para facilitar el paso se cortarán árboles y se tenderán los troncos sobre la corriente, haciendo de puentes. El ocupar la linde del bosque es precaución indispensable.

Los campamentos deben ser espaciosos. No hay nada tan malo como tener muy concentrada la fuerza. Las formaciones en cuadro y las obras defensivas aconsejadas en otras guerras, en contadas ocasiones serán necesarias en ésta, porque el enemigo no es tan animoso que se atreva á atacar un campamento medianamente vigilado. Hasta ahora nunca lo ha hecho. No pasará de tirotearlo si puede, y podrá si la columna se halla á tiro de fusil del bosque.

Tampoco debe mezclarse la caballería con la infantería, porque de la mezcla se puede originar gran confusión en caso de alarma ó de ataque. Lo mejor será acampar en el mismo orden de marcha, sin el menor recelo de que la caballería enemiga intente acometer á la nuestra. Los caballos quedarán sujetos por uno de los pies delanteros, y así comerán el pienso. El oficial encargado de la carga y descarga de las acémilas procurará que lo descargado quede puesto en orden, y atenderá á que los conductores den de comer á las bestias, les quiten los bastes y aparejos y aten todo el ganado.

El campamento se hará con la mayor diligencia, para que los soldados descansen pronto. Siempre que se pueda deben llevar hamacas, pues enferman muchos de dormir en el suelo.

Los fuegos deben estar desenfilados de las vistas, para lo cual se encenderán en las hondonadas ó se rodearán de follaje. Si el sitio en que se ha campado está muy cubierto de maleza, la mejor manera de limpiarlo será mandar que nadie salga por leña y que la necesaria se tome de él. En poco tiempo le dejarán los soldados y asistentes sin una rama.

No es necesario encarecer la conveniencia de que haya orden y buena vigilancia, porque en todo campamento son indispensables. Habrá siempre un jefe de campo que vigilará las guardias, recibirá el parte que le den los oficiales de cuarto entrantes y salientes, y deberá estar bien informado de cuanto ocurra. Será también jefe del servicio de seguridad, debiendo quedar éste establecido del modo que se dirá más adelante.

El campamento se levantará muy de mañana (véase el cap. VI). Los guardias tomarán café por mitades, después de haberse replegado, con el arma al brazo y el frente al enemigo, no incorporándose á sus respectivos cuerpos hasta después de organizadas la vanguardia, retaguardia y flanqueos, es decir, hasta después de establecido el orden de marcha. El oficial encargado de la impedimenta vigilará la carga de las acémilas para que vaya bien puesta y contará el número de las bestias.

Será casi siempre de muy buen efecto dejar emboscada alguna gente cerca del campo abandonado, porque acudirán á él grupos de rebeldes á buscar cartuchos ó cualquier objeto que por olvido haya quedado en el suelo, y se les hará daño. Por si cargaran muchos enemigos convendrá dejar á corta distancia de los emboscados algún sostén, ó que la columna camine despacio la primera media hora para dar tiempo á que aquéllos se la incorporen. Estos ardides contienen mucho á los enemigos, y haciéndoles más cautos dan descanso á los nuestros.

*
* *

La mejor manera de dar completo reposo á una columna es dejar bien establecido el servicio de seguridad.

Acomodando al caso que estudiamos lo escrito por un autor de gran nota, diré que los fines principales del servicio de seguridad son dos: *cubrir* y *observar*, ó en otros términos:

1.° Mantener inalterable el sosiego de la tropa, evitándola fatiga y sorpresa; repeliendo al enemigo si avanza, ó teniéndole en jaque el tiempo necesario para que la columna se aperciba y tome las armas.

2.° Atalayar, registrar, observar, vigilar al enemigo cuando está inmediato, y procurar, cuando se presente, reconocerle bien, es decir, formarse idea exacta de su fuerza, movimientos é intenciones. (Almirante: *Guía del oficial en campaña*, pág. 128.)

Al acampar, y luégo de reconocido el terreno, debe establecerse el servicio de seguridad. Conviene que esté á cargo de un solo jefe para que tenga unidad y quede bien enlazado. Dejándole encomendado á varios, carecerá probablemente de estas dos principales circunstancias.

En las veredas del cercano bosque que conducen al paraje donde se halla el campamento se pondrán por la noche algunas emboscadas; retirándolas antes de amanecer. El enemigo tiene siempre en torno de las columnas parejas de caballería que le advierten de la fuerza y situación de las tropas leales, y que las tienen en perpetua alarma con sus disparos, no dejándolas dormir. Si la emboscada está bien puesta y cae en ella alguna de las parejas, no se oirá en

toda la noche y en muchas más un tiro, porque la sorpresa habrá servido de escarmiento.

Sin temor alguno pueden dejarse estas emboscadas á buena distancia, bastando para que no corran peligro la precaución de proteger, tanto á la ida como á la vuelta, á la fuerza que las haga.

Columna que de este modo acampe, podrá dormir tranquila. Los rebeldes conocerán que tienen que habérselas con quien conoce su modo de guerrear, y la mirarán con saludable respeto. En cambio el jefe descuidado, ó el que por demasiado precavido no se atreve á poner muy apartado el servicio de seguridad, los tendrán siempre cerca y dando constantes muestras de su atrevimiento.

La táctica nueva, no sólo la conveniente en Cuba, sino la de todas partes desde que es muy grande el alcance de las armas de fuego, pide que el servicio avanzado sea más suelto y se extienda á mayor distancia. Hace treinta años, considerábase que la de los puestos avanzados al grueso de la fuerza no debía pasar de 600 pasos. Hoy se ponen aquéllos á 5.000 metros, y á más en terreno despejado. En Cuba, y entre grandes bosques, podrá convenir que sea menor; pero no siempre, porque si buena es la espesura para los intentos del enemigo, también lo es para los nuestros si la sabemos aprovechar; y como una vez le hayamos sorprendido y castigado, no se aventurará en ella ó lo hará con temor igual á la osadía de antes.

La distancia á que se deben poner las avanzadas no se puede fijar en un libro, sino que ha de correr á cargo del entendimiento y de la práctica del jefe de

la columna. «Es, en pequeño, una aplicación oportuna del cálculo de tiempo y de distancias, tan necesario en la guerra.» (Almirante: *Guía del oficial en campaña*, pág. 133.)

Ejemplos conozco de campamentos mal puestos y mal guardados, y quizá conviniese referirlos. Citaré uno de ellos. Será bastante para enseñanza.

Cierto teniente coronel que mandaba una columna en el departamento Oriental, acampó cerca del Cauto en un bohío con la gente apelotonada en torno de éste, y los centinelas á pocos pasos. Mediada la noche sonó un tiro y hubo un pánico tan grande, y fué tal la confusión, que los fugitivos, por meterse en la casa, la dejaron medio derruída. Fué gran dicha que no se vió por ninguna parte al enemigo; que, de haber sido motivada la alarma, la impericia del jefe hubiera causado la pérdida de la columna, á pesar de que los soldados, las clases y los oficiales eran muy buenos y animosos, y por tales quedaron en cuantas ocasiones se ofrecieron en adelante. De éstos hay muchos en nuestro ejército, y en ellos fundamos las esperanzas los que creemos en un porvenir mejor que este desdichadísimo presente. ¡Buenos soldados y buenos oficiales! Eso tenemos; y el día en que tengamos lo demás, volveremos á ser lo que fuimos cuando lo teníamos todo.

Á los buenos oficiales, salidos no há muchos años de las Academias, debemos en gran parte el no haber sufrido ningún descalabro serio en esta guerra, hecha con quintos de diecinueve años. Gracias á ellos, y al poco valer del enemigo, se han remediado *en lo posible* errores grandísimos, innumerables faltas, defec-

tos de organización y del mando pocas veces vistos, que, en campaña contra un verdadero ejército, nos hubieran conducido rápida é inevitablemente á una catástrofe militar espantosa.

Encaja aquí el hablar de ello porque en pocos sucesos de la guerra se conoce tanto el mérito del oficial como en los servicios de seguridad y en los reconocimientos. «Cabalmente el servicio avanzado es el que excluye la rutina reglamentaria, la indolencia que se pretende cubrir con letra escrita, el amaneramiento pedantesco, tan grato al hombre, más inclinado, naturalmente, á la inercia que á la acción. En el servicio de avanzadas todo es razonado, lógico, práctico; sus reglas son pocas y sus aplicaciones infinitas; en él no basta mandar, sino entender lo que se manda; y requiere en todos, ya manden, ya obedezcan, especial aptitud, sereno juicio, robustez corporal, actividad incansable, valor, atención sostenida, perseverancia que raye en tenacidad.

»Nada como el servicio avanzado pone en relieve la extensión que en las clases jóvenes y subalternas puede alcanzar la educación militar; nada promueve y estimula tanto ese varonil sentimiento de la individualidad propia cuando, dentro del círculo de la obediencia y del arte, se mueve espontánea, suelta, responsable; nada aguza tanto el ingenio y la sagacidad, fortalece el espíritu, revela cualidades ignoradas; nada, en fin, como el servicio avanzado crea y desarrolla los hábitos de discernimiento y responsabilidad, la fecundidad de recursos, la seguridad y costumbre de bastarse á sí mismo. ¡Excelente escuela la de los jóvenes oficiales para obedecer y mandar,

para despuntar y ascender! Tal vez con 20 ó 30 hombres se haga á todo el ejército un servicio señalado.» (Almirante: *Guía del Oficial en campaña*, págs. 129 y 130.)

El jefe del servicio de seguridad ha de hacerlo todo por sí, delegando sólo aquello que no pueda hacer. No debe asaltarle un momento el temor de que se le suponga preocupado de su propia seguridad, sino pensar que tiene que velar por la de todos. Su obligación es cubrir y observar (Ídem, pág. 139), y para cumplirla es forzoso que sea tan sereno como desconfiado.

Las órdenes á los centinelas serán pocas, terminantes y claras. El enemigo, si se acerca, vendrá silencioso y rastreando. Si da voces y dispara muchos tiros, sólo quiere alarmar y quitar el sueño. No es probable que intente embestir el campamento formalmente, primero, porque no lo tiene por costumbre; y segundo, porque, estando el servicio puesto del modo que se ha dicho, no se atreverá, y si se atreve quedará muy castigado.

*
* *

Los reconocimientos de que he de tratar (muy á la ligera) en este capítulo, son los que tienen por objeto «examinar las posiciones del enemigo, las condiciones en que se encuentra un camino, un desfiladero, los alrededores de un fuerte ó campamento, y, en general, una porción limitada de terreno, reconocimientos especiales que nos servirán para disponer

nuestros movimientos.» (Chacón: *Guerras irregulares*, t. II, pág. 141.)

«Un reconocimiento exige en el oficial encargado, no sólo ojeada, inteligencia, sino cierta probidad, digámoslo así, que le vede suponer ó inventar. Un dato falso, una apreciación ligera, errónea, puede ocasionar una falsa maniobra, una catástrofe. Nadie ignora que el gran capitán de nuestra época, el que pasó maravillosamente los Alpes y maniobró sobre el Splügen, vió detenido su carro triunfal en Waterlóo ante un arroyo cenagoso. Pero al mismo tiempo que se recomienda una nimiedad sistemática, el parte ó informe, ya sea verbal ó escrito, en que el oficial dé cuenta, debe resaltar por lo exacto, conciso y limpio de la frase; por lo justo de la apreciación; por lo metódico y clasificado; por la veracidad que se revele, tanto en la afirmación como en la duda.

»Comisiones de esta clase se confían á oficiales despejados y, por consiguiente, afanosos de lucir. Estos deben procurar con modestia mantenerse en los límites de su encargo y refrenar la propensión á rebasarlos. Nada hay más intolerable que propasarse, por petulancia ó por exceso de celo, á consideraciones impertinentes al asunto.» (Almirante: *Guía del Oficial en campaña*, pág. 497.)

La espesura de la manigua y del monte, y la hostilidad franca ó encubierta de los naturales, hacen de la guerra de Cuba un continuo reconocimiento. Las columnas caminan á ciegas, descubriendo el terreno y estudiando rastros, sin que las noticias que de los guajiros recoja sirvan, salvo raras excepciones, para otra cosa que para extraviarla. La que no se guíe por

sí, rara vez encontrará otro guía. En pasados tiempos los tuvimos; pero á los que nos ayudaron en las guerras anteriores no les pagamos, ó les pagamos malamente, y en ésta el dinero de las confidencias, ó es poco ó se gasta mal, ó (en algunas partes) no se gasta. Á uno de los prácticos que, con riesgo inminente de su vida, pudo ir de Bayamo á Holguín con aviso de haber pasado Maceo de aquella jurisdicción á ésta al principio de la campaña, le gratificaron ¡con un peso!! De otro sé á quien cierto general le dió un tabaco, y también tengo noticia de algunos á quienes no les dieron nada. Así no es posible tener prácticos, ni guías, ni prestigio, ni nada, y menos en una tierra en que estamos rodeados de enemigos y donde tanto se ha trabajado por apartar de nosotros á los pocos que siguen siéndonos leales.

El oficial de vanguardia ó comandante de guerrilla en Cuba ha de tener muy singulares condiciones para cumplir bien su obligación. Debe ser prudente y atrevido, tener valor circunspecto y sereno, inteligencia y ojeada táctica, dominio del soldado, robustez para resistir la fatiga, costumbre de caminar por monte y bosque, y el mayor conocimiento posible de la comarca y de los habitantes, para no dejarse engañar nunca. Los hombres que lleve, no sólo serán fuertes y resistentes, sino prácticos, atrevidos, sagaces y aficionados á la guerra; soldados, no gente maleante y más dada al robo que al ejercicio de las armas. Ésta no sirve para nada bueno; siempre será dudosa, y en los lances apurados flaqueará y volverá la espalda. Podrá ser temida, rara vez respetada; querida, nunca. Y no siéndolo, carecerá de una de

las más principales circunstancias de una fuerza suelta.

A oficiales de éstos se dará el mando de secciones de tiradores ó exploradores formados de soldados escogidos entre los de cada cuerpo. Tales secciones, bien empleadas y movidas, son utilísimas.

Los tiradores no deben llevar otro peso que el del armamento y municiones. De éstas se les podrá dar mayor cantidad de la ordinaria, puesto que de lo demás van tan ligeros. Caminarán por dentro del bosque, abriéndose paso con el machete como los naturales. Sufrirán emboscadas, y á veces las pondrán ellos para escarmiento de los contrarios. La costumbre de sufrir el fuego del enemigo de cerca, y en ocasiones á boca de jarro, les hará imperturbables en los peligros y hasta indiferentes á ellos. Aprenderán á descubrirle, á encontrar y seguir sus rastros y le verán donde no le vea nadie, dando seguridad á la columna así en la marcha como en el descanso.

Se les ofrecerán infinitas ocasiones de lucirse, y como saben que el resto de la fuerza tiene los ojos en ellos, harán maravillas y pelearán como leones. Si el jefe de la columna los lisonjea un poco y les da oportunamente muestras de distinción y deferencia, se sentirán orgullosos de su misión y capaces de los hechos más heroicos. Los demás los envidiarán y desearán sus puestos, de tal suerte, que siempre habrá muchos voluntarios para las vacantes que tenga la sección. De este modo vendrá á ser ésta estímulo de los soldados buenos y escuela donde se hagan mejores.

Siendo tan penoso el servicio de los tiradores, no

harán el de campamento, con lo que tendrán el descanso que necesitarán.

Es importantísimo conocer bien los rastros y las estratagemas de los rebeldes para borrarlos ó falsearlos.

Los guajiros son doctores en esto. Conocen si por un camino ha pasado poca ó mucha gente; si á pie ó á caballo; si los caballos llevan jinetes, ó si son acémilas cargadas; si el caballo es tuerto, y de qué ojo, pues esto lo saben viendo si la hierba está comida de un solo lado del camino, y cuál es el lado. Aun en tiempo de seca, cuando los caminos están en polvo, averiguan sin dificultad si ha entrado gente en uno de ellos, y si mucha ó poca. «Fíjanse en una rama doblada ó caída en el suelo, en una colilla de cigarro, en un pedazo de papel, en un botón, en una corteza de mango, en algunos granos de arroz, en los hilos de araña que cruzan el camino (si por haber llovido no se pueden ver las huellas), y en pequeños indicios que sólo ellos ven con sus ojos de lince, y así conocen que otros hombres han entrado en el bosque antes que ellos.

»El sol, la luna, la estrella polar, la osa mayor y otras constelaciones que brillan en el espacio, son brújulas seguras del guajiro para caminar de día y de noche á rumbo entre bosques, guayabales, sabanas y potreros. Cuando les conviene no perder la dirección del viento, y éste apenas hace mover las copas más elevadas de los árboles, se meten el índice en la boca, le levantan, luégo de sacarlo, lo más alto que pueden, y por una impresión de frialdad apenas perceptible la encuentran y siguen su marcha re-

sueltos.» (Camps y Feliú: *Españoles é insurrectos,* página 315.)

Ayúdanse, para orientarse, del correr incierto de las gallinas; del rápido vuelo de ciertas aves; del huir de las reses vacunas; de una lejana humareda, á veces más olfateada que vista; del sacudirse del gallo antes de cantar; del ladrido de un perro; del maullar de un gato y de otras señales tan insignificantes. Esta perspicacia no es privilegio que la Naturaleza les ha otorgado, sino consecuencia de vivir siempre en el campo.

Por esta causa conviene mucho llevar en las columnas algunos naturales de la comarca conocedores de los rastros y que sepan leer en ellos. Estos hombres podrán dar muchas y preciosas noticias al oficial de vanguardia mientras no tenga á sus órdenes soldados viejos, buenos rastreadores.

Si el suelo está húmedo y la partida á que se persigue es pequeña, le dirán, sin gran error, el número de hombres que tiene; el tiempo que hace que pasó; cuántos iban á pie y cuántos á caballo, etc., etc.

«Los arbustos y los troncos de árboles siempre conservan alguna señal de que el hombre ha transitado por los sitios donde crecen, y si hubiera llevado algún animal de carga ó silla es indudable que en los pequeños y blandos retoños que crecen en los troncos quedarán señales indelebles de su paso, puesto que todas las bestias tienen la costumbre de ir comiendo las tiernas hojas y tallos en el camino que recorren.

»Muchas veces los naturales de un país hacen esfuerzos asombrosos por engañar nuestra atención y

desorientarnos. Unas veces andan al revés hasta llegar á algún arroyo; allí suben y bajan por enmedio de las aguas y van á salir á gran distancia, haciendo perder el rastro por completo; otras veces, cuando el bosque es espeso y abundan los grandes árboles, llegan á un sitio determinado, suben á la copa de un árbol, y pasándose por las ramas de unos á otros van á tomar tierra á gran distancia, extraviando de este modo á sus perseguidores; pero lo más común para hacer perder un rastro cuando se trata de una partida enemiga de alguna consideración, es lo siguiente: todos los hombres siguen un camino, y poco á poco, dejando cierto intervalo de tiempo, se van separando de la partida, bien á la derecha, bien á la izquierda y uno á uno, todos los hombres que la forman. El perseguidor, que al principio no pudo apreciar en el examen del rastro la falta de uno de los que lo han formado, va siguiendo el rastro principal, que poco á poco se desvanece hasta quedar convertido en las pisadas de un solo hombre. El rastro está completamente perdido, en tanto que los perseguidos se reunen á retaguardia de sus perseguidores, haciendo de este modo inútil la operación.

»Cuando se pierde el rastro de uno ó varios hombres, hay un medio muy sencillo de volverlo á encontrar. Este medio, que hemos visto practicar infinidad de veces en la isla de Cuba, consiste en tomar como centro las últimas huellas y comenzar á describir círculos concéntricos de radio cada vez mayor, fijándose con la mayor atención en el suelo; pocas veces dejan de encontrar estas circunferencias el nuevo rastro sin más contratiempo que la pérdida del

tiempo empleado en la operación.» (Chacón: *Guerras irregulares*, t. II, páginas 360 y 361.)

Hay que ir muy prevenido para no seguir rastros falsos que pueden desorientar á la columna ó llevarla á una emboscada. Á este ardid recurren con frecuencia los cubanos rebeldes.

* * *

Mucha importancia tienen los rastros en las campañas cubanas, pero no tanto como algunos creen. Una columna que persiga al enemigo rastreando, nunca ó casi nunca le encontrará si opera sola. Si otra, ya por estar en combinación con ella, ya por casualidad, corta inesperadamente el paso á una partida rebelde, podrá ser ésta alcanzada y batida con algún resultado. De otra suerte, no es probable que aquélla logre ventaja alguna proporcionada á sus grandes esfuerzos. Lo que le sucederá á la columna casi siempre es caminar unos cuantos días por bosques, maniguas y ciénagas, con pérdidas de animales y aun de hombres, para ir á parar al punto de partida ó cerca de él, donde, desengañado el jefe, mandará al hospital los enfermos, que no serán pocos, y se quedará á descansar el resto de la fuerza tan inútil y fatigosamente movida.

Nunca debiéramos olvidar que los insurrectos son infantería montada, y que perseguirlos con gente de á pie, cargada y no muy sana, es grandísima insensatez. Si la columna perseguidora fuese de las pocas

de caballería que operan en la isla, sólo por sorpresa ó marchando con grandísima diligencia podrá alcanzar al enemigo, porque, luégo que éste sepa que le va á los alcances gente que anda más que él, se dispersará para no ser acuchillado, lo que no dejaría de suceder si esperase.

Por todas estas razones, el jefe de una columna de infantería, ó que aunque lleve caballería sea ésta poca, no seguirá con gran empeño ningún rastro, sino cuando circunstancias especiales le inclinen á creer que del esfuerzo que van á hacer sus soldados podrá sacar algún provecho. Por ejemplo, si el rastro fuere fresco y grande; si supiere ser el de alguna partida recientemente batida, sobre todo si sospechase que lleva heridos; si se hallase cerca de algún campamento, depósito de enfermos, armas, víveres y municiones ú hospital de sangre; si condujese á alguna zona de cultivo ó potreros en que hubiese recogido ganado; si tuviese noticia de que la partida perseguida acudía á alguna concentración, lo que con frecuencia sucede, pues se reunen bastantes veces para deliberar sobre la campaña ó resolver sus diferencias, que suelen ser muchas. Una sola sorpresa de éstas vale más que cien tiroteos cacareados pero ineficaces: única cosa que dan de sí las persecuciones hechas sin discernimiento.

CAPÍTULO IX

DEL ENEMIGO Y SU MODO DE PELEAR.—LO QUE VALEN SU INFANTERÍA Y SU CABALLERÍA

El campesino de Cuba es pobre, está acostumbrado á vivir libremente en el campo, y además hace muchísimos años que no se llama español ni se acuerda de España para nada; mejor dicho, para nada bueno. Se llama cubano, y siente y piensa como cubano á secas. De lo de pobre y campesino le viene el espíritu aventurero que le empuja á la vida de campaña. De lo demás, la tendencia á seguir al primero que le saque del bohío al grito de ¡Cuba libre!

Como es soldado voluntario, pelea con entusiasmo y valor. Pero este valor sin disciplina ni uniformidad, es el que menos sirve en la guerra. Puede producir actos de sublime audacia, pero no de heroísmo. Éstos sólo nacen del sentimiento del deber. El valor colectivo, hijo de la disciplina, es el que vence en la guerra. El ejército más disciplinado será siempre el más valiente. Los insurrectos cubanos, que eligen una posición y la defienden mientras no hay uno que vuelve la espalda, no son ejército, ni están en camino de serlo. La tropa tan flaca de ánimos que en cuanto

uno huye huyen todos, no merece tal nombre, y sí el de tropel.

La gente separatista nunca defiende sus posiciones, por buenas que sean, más tiempo del que tardan los soldados en rehacerse de la sorpresa de los primeros disparos é iniciar la carga. En toda la guerra de Cuba no se ha sostenido en dos posiciones escalonadas. Perdida la primera han perdido luégo la segunda, sin probar siquiera á sostenerse en ella. Huyen para reunirse en un paraje apartado y señalado de antemano, el cual unas veces se halla distante del camino de la fuerza leal, y otras en sitio á propósito para otra emboscada. El que lo hagan de este modo ó del otro, depende de lo perseguidos que se vean. Si la columna se detiene poco y manda alguna fuerza siguiendo el rastro de los fugitivos, éstos, al ver descubierta su traza, se desconciertan tanto que se reunen mucho más tarde y más lejos. Un reconocimiento prolijo ó una marcha recelosa y tardía les anima á poner nuevas emboscadas, lo que, generalmente, hacen pronto y bien.

Pero no será prudente atenerse á reglas fijas y obrar siempre del mismo modo, porque en ocasiones el encuentro habrá sido sólo con una avanzada enemiga encargada de avisar al grueso de la fuerza la llegada de la columna. El jefe de ésta determinará lo que hay que hacer, según las circunstancias.

La mayor parte, no todos, los soldados de la rebelión son negros y criollos. La costumbre de vivir en el bosque les da una confianza que les hace muy audaces y singulares en el servicio de exploración. En el ejército leal han prestado muy buenos servicios, y

aún hoy los prestan, unos como prácticos y otros como guerrilleros. Los rebeldes hacen unas puntas de caballería, á que llaman *comisiones*, y para las cuales no se suelen juntar más de 30 hombres bien montados y mandados por un jefe, á quien se le da algún encargo de importancia. Algunas de estas *comisiones* han llevado su osadía al extremo de cruzar la isla de Oriente á Pinar del Río, ó viceversa.

Otra prueba muy buena de lo que osan los rebeldes, es la frecuencia con que disparan á boca de jarro sobre las tropas que les persiguen. Aunque la columna sea muy numerosa, la espera un pequeño grupo ó solo una pareja.

Estos tiroteos no suelen hacer el menor daño, porque los enemigos disparan precipitadamente y huyen con precipitación todavía mayor, sin intentar siquiera la defensa. No tuvieron más propósito que gozar de la emoción de hacer fuego y correr al instante. La inseguridad de la posición y el deseo de abandonarla les tiene en gran zozobra, y es tal su afán de no ser vistos que disparan escondiendo además del cuerpo la cabeza, de modo que no apuntan. Tiran hacia donde les parece que estará el casi imperceptible trozo de sendero que vieron antes, y no es más pronto el tiro que el *chaqueteo*. (Al correr le llaman *chaquetear*.) Tales mudanzas ha hecho el telégrafo en algunos de estos insignificantes tiroteos, que al llegar la noticia á la Península ya era gran combate, con muerte ó herida grave de tal ó cual cabecilla importante.

Sabiendo que la audacia de los insurrectos es igual á su falta de serenidad, se comprende la causa de

que no defiendan ninguna posición si se les sabe atacar. Iniciado el avance de los nuestros vigorosamente, huyen y se dispersan en seguida. Las tropas, cuando están fogueadas, ganan siempre las posiciones de los rebeldes á la carrera y sin vacilar. Puede sentarse como regla que llegan á ellas con poca pérdida, sin ninguna dificultad y que las encuentran abandonadas. Sólo tratándose de algún reducto muy fuerte (lo que rara vez sucederá) será preciso proceder con cautela y preparar el avance con la artillería. Para un enemigo que pone tanto empeño en permanecer invisible, no hay contratiempo tan desagradable como tener que sacar el cuerpo y exponerse. Por esta razón es, quizás, más verdadera en la guerra de Cuba que en ninguna otra la máxima, varias veces repetida en este libro, de que ganando el lindero del bosque está ganado el bosque.

La táctica de combate de los cubanos es siempre la misma. En la posición elegida ponen la infantería. La caballería la esconden en sitio de donde la puedan sacar luégo que crean llegado el momento de emplearla. No se mueven de donde están para otra cosa que para correr. Ninguno de sus jefes ha dado hasta ahora la menor muestra de saber cómo se muda de plan en el momento del choque cuando circunstancias imprevistas lo requieren. Si el que se propuso seguir no sirve, acabóse el combate. Su principal esperanza de vencer fúndanla en las faltas del que manda la columna. Si éste se ha colocado mal ó si le han advertido algún descuido, procuran aprovechar esta ventaja. Si por cálculo ó por casualidad remedia aquél lo hecho, vanse esperando mejor ocasión; y

aunque en aquella misma, antes de la retirada, vuelvan á cometer alguna torpeza los nuestros, ya no procuran aprovecharla. ¿No sucedió lo que se esperaba? Pues ya se le desbarataron los planes al cabecilla, y ¡sálvese el que pueda! Esta es una de las razones, quizá la principal, de que les cojamos tan pocos prisioneros.

Si el plan sale bien, casi nunca debe el cabecilla la victoria á su talento, sino al poco ó ninguno del jefe de la columna, el cual olvidó reglas tan esenciales y rudimentarias del arte militar que un negro ó un mamarracho cualquiera cayó en la cuenta del olvido, y aprovechándole nos venció.

Para su infantería no hay posiciones tan buenas como las cubiertas de monte. Si son farallones inaccesibles, mejor que mejor. Dividen la gente en dos mitades, que colocan á no mucha distancia una de otra, formando lo que ellos llaman *martillo*. Tiene éste la ventaja de que extiende la línea de fuegos y los hace convergentes, pero el inconveniente de que, como cada una de las partes del martillo necesita del apoyo de la otra, basta desbaratar una de ellas para quedar dueño del campo sin contradicción. Mientras dura el fuego, la caballería espera el ansiado momento de que los nuestros corran, lo que no sucede nunca. A veces aparece con amenazas de acometer ó para empeñarse (no mucho) en la acción; pero si la nuestra se mueve para cargarla, huye á toda prisa. Si ve que los fuegos de su infantería se van apagando, también vuelve grupas aunque no se vea acometida.

Lo que pienso de la caballería mambí, declarado

queda en otro capítulo. (Véase el IV.) Añadiré algunas razones en apoyo de lo escrito anteriormente.

Sólo sirve para exploraciones y atrevidas puntas. Para todo lo demás es mala. La del Camagüey, que pasa por ser la mejor, apenas llegará á mediana. Los caballos son de corta talla y menos bríos; los jinetes poco diestros y, por último (y esto sí que sorprenderá á casi todos los lectores), el guajiro, lo mismo que el negro, maneja bien el machete á pie firme y como instrumento de labor, pero no sabe servirse de él á caballo y para pelear. Añádase á lo dicho la falta de disciplina y de valor colectivo. En cargas dadas por jinetes rebeldes á nuestra infantería, se les ha visto llegar tendidos, con la cabeza entre el cuello del caballo y el brazo, y cruzar la línea de los nuestros sin tirar un solo tajo. Así sucedió en Managuaco (28 de Diciembre de 1895), donde la sección de tiradores de cazadores de Colón perdió de 35 hombres 22, y no pereció toda, á pesar de tener que habérselas con 400 infantes y más de 200 caballos, por lo mal que éstos la cargaron. Los primeros llegaron de aquel modo. Sólo la masa (unos 120) intentó acuchillar á la sección.

También es ejemplo de lo que digo lo ocurrido en Abril del año pasado al entonces coronel Santocildes. Iba con unos 80 hombres camino de Bayamo. En el Guanábano, ya muy cerca de esta población, encontróse al cabecilla Amador Guerra que con 400 jinetes le estaba esperando. El sitio, por lo llano y despejado, era muy á propósito para la caballería, y Guerra esperaba desbaratar con la suya la pequeña fuerza de á pie que llevaba Santocildes. Mandó éste

formar el cuadro, cargaron los rebeldes y no llegaron á chocar con los nuestros. Repitieron la carga con igual resultado, hasta que, viendo la mucha gente que perdían y el ningún efecto de las cargas, se retiraron muy escarmentados. Los leales no tenían fusil de repetición, ni lo necesitaron para salir bien del trance en que el mayor número de los enemigos les puso; pero fué una gran lástima que no los tuvieran, porque hubieran hecho mucho más daño. Los insurrectos cargaron desordenadamente, con más voces que brío, y quedándose muchos atrás en la acometida.

De otras cargas tengo parecidas noticias, y con éstas y otros datos he formado el juicio que dejo expresado y someto á la consideración de personas más entendidas en la materia.

Además de cargar sin vigor, van mal ordenados ó sin orden ninguno, unas veces en pelotón, otras en orden disperso, y de manera que pocos llegan al choque. Casi siempre amagan la carga y vuelven la espalda. El vocerío de *¡al machete! ¡al machete!* con que la acompañan, le creen de gran efecto, pensando que los nuestros se han de asustar. Ya se van desengañando. La leyenda del machete se acaba por momentos.

Algunos cabecillas han querido ganar fama de terribles macheteros; pero la poca que tienen la deben á la retórica de los periódicos insurrectos, tan pomposa como enrevesada y embustera, y á la poca discreción de algunos corresponsales. Gracias á unos y á otros ha podido el tiznado Calunga, en fuerza de ser traído y llevado su nombre, soñar con la gloria

de ser el Murat ó el Gurko de las campañas cubanas.

¿Y Mal Tiempo? Fué una excepción. La prueba es que no tuvo precedente, ni se ha repetido. Setenta hombres perdimos allí. Eran quintos, muchachos de veinte años, casi niños, que no habían tirado al blanco, ni sabían manejar el fusil. Pocas semanas antes estaban en sus casas trabajando.

No eran soldados; se hallaron solos; ignoraban lo que pueden la disciplina y el valor sereno; ignoraban también el poder destructor del arma que tenían en la mano. *¡Allí mismo, frente al enemigo que ya les acometía, tuvieron los oficiales que enseñarles á cargarla!* Perecieron, y su sangre caerá algún día sobre los políticos imbéciles (unos sin uniforme y otros con él) que en veinte años de paz no han sabido hacer cosa alguna en provecho de la Nación, pensando sólo en el propio y en el de sus parientes y amigos, tan buenos como ellos.

*
* *

Parecerá á muchos que la opinión que escribo de los rebeldes más es de enemigo que de crítico imparcial. Los que esto piensen se equivocarán por completo, y sin que yo les haya dado en este libro, ni en otro escrito mío, la menor muestra de afición á las mentiras convencionales con que nos consolamos engañándonos. No niego que, si nuestros contrarios tuviesen tales virtudes que el confesarlas viniese á ser como declararlos mejores que nosotros, preferiría callar á tocar tan doloroso punto. Por suerte puedo

hacerles justicia, sin que me pese ni me quede otro escozor que el de conocer el ningún crédito que ganamos no venciendo pronto y sin gran esfuerzo á un enemigo que apenas llega á mediano.

Algo hay que nos impide sobreponernos á él. Defectos grandísimos debemos tener para que al cabo de año y medio esté dudosa la victoria entre España y gente que tan poco vale. Cierro este capítulo sin tratar tan ardua materia; pero no acabaré el libro sin decir algo de ella, porque el silencio completo podría parecer complicidad, y no quiero aparecer complicado en el crimen que se está perpetrando en Madrid y en Cuba.

CAPÍTULO X

DE LA MANERA DE VIVIR PARA CONSERVAR LA SALUD

Ejércitos coloniales.—Campamentos y sanatorios.—El clima cubano.—Enfermedades.—Ración del soldado.—El agua y las demás bebidas.—Situación de campamentos.—Construcción de bohíos y barracas.—Desinfección.—El baño.—Insectos y gusanos molestos ó dañinos.—Diarrea.—Disentería.—Complicaciones del hígado.—Paludismo.—Vómito.

Ejército europeo que va á pelear á comarcas tropicales sin un buen plan de higiene y el servicio de sanidad correspondiente, no más ha hecho que embarcar y ya está medio vencido. Si logra la victoria, será á costa de tantas vidas que no valdrá, ni con mucho, lo que le ha costado.

De las naciones que poseen provincias ultramarinas importantes, ninguna deja de tener tropas preparadas para las guerras que en esas provincias pueda haber.

El mayor ejército colonial es el inglés. En Gibraltar, Malta, Chipre, las Bermudas, Halifax, las Antillas, el Cabo, Natal, Santa Elena, Mauricia, África occidental, Hong-Kong, Ceilán, Singapoore, etc., etc., mantiene 18 batallones de infantería, un regimiento

de caballería, 31 baterías de artillería, 11 compañías y media de ingenieros; todo de soldados europeos. Estas fuerzas, no contando los Estados mayores, Administración militar, etc., etc., suman 26.000 hombres, á los que hay que añadir, para conocer el verdadero número de soldados, algunos cuerpos de naturales de dichas colonias. El ejército de la India, descontado el de los príncipes feudatarios (300.000 hombres), compónese de 50 batallones de infantería, nueve regimientos de caballería y 77 baterías, que en total hacen unos 65.000 hombres de tropas inglesas. Las indígenas, mandadas en parte por oficiales ingleses y dependientes del Estado mayor anglo-indío, constan de 143 regimientos de infantería, 42 regimientos de caballería, ingenieros, artillería, etc. El total de esta fuerza pasa de 140.000 hombres.

Además, Australia y el Canadá tienen ejército propio, muy numeroso (con las reservas y milicias) y bien pagado.

Las tropas coloniales holandesas están casi todas en la Malasia. Son 28 batallones de infantería, un regimiento de caballería, ocho baterías de campaña, 15 compañías de artillería de plaza y cuatro compañías de ingenieros. Total, unos 35.000 hombres, la mitad holandeses.

Francia tiene ocho regimientos de infantería de marina y uno de artillería en Europa, tres en Asia, uno en Nueva Caledonia, un batallón en el Senegal, otro en la Guayana, algunas compañías en las Antillas, en África y en Polinesia, además de las tropas indígenas (senegaleses, hausas, sakalaves, tonkineses, etc., etc.).

Estos ejércitos ultramarinos están bien provistos de todo, muy atendidos y completos. Los de España en Cuba, Puerto Rico y Filipinas han sido siempre, y siguen siendo, fantasías de zurcidores de presupuestos y de improvisadores de campañas.

El de Cuba, que ha sido mermado de año en año conforme se acercaba la guerra, ni más ni menos que si los que gobernaban en Madrid estuviesen concertados con Martí y sus compañeros de Junta revolucionaria, tenía el año 94 poco más de 13.000 hombres en el papel. En filas no llegarían á la tercera parte. Regimiento había con 80 hombres, y todos estaban reducidos á lo indispensable para la guardia de los cuarteles, también pocos y malos. Esos restos de ejército estaban mal armados (con el vetusto Remington); no tenían instrucción militar, ni conocimiento de la comarca en que habían de operar, ni del modo de hacerlo, ni de nada de lo necesario para salir á campaña con alguna probabilidad de servir para algo.

Esta fué la causa inmediata del alzamiento y de que, para combatir la rebelión, haya sido preciso enviar á la Gran Antilla 125.000 hombres sin aclimatar.

Y no digo más de esto por no ser oportuno ahora.

*
* *

Para alojar las tropas peninsulares á su llegada á Cuba el peor sitio es la costa, y los peores lugares de la costa las ciudades. En los parajes bajos, cercanos á ciénagas y desembocaduras de ríos, tienen el

vómito, el tifus, la disentería y la viruela sus bases de operaciones. Si además hay allí ciudades importantes, tendrá el soldado otros dos enemigos: la mujer y el alcohol, sin contar los que nunca dejan de anidarse en las aglomeraciones de gente.

Todas las potencias que han mandado expediciones á colonias tropicales y pusieron los campamentos cerca del mar, tuvieron que arrepentirse de haberlo hecho.

La guarnición francesa de la Martinica perdía todos los años, al principio del siglo, el 41 por 100 de la gente. En 1803 y 1804, esta mortandad llegó al 75 por 100. En 1825 determináronse las autoridades á retirar un poco de la costa los soldados. Ese poco bastó para que la mortandad quedase en el 10,5 por 100. En 1841 se hizo un campamento en la Guadalupe, á 541 metros de altura, en el paraje diez y seis años antes señalado por el almirante Jacob. Ahorró muchas vidas; pero, aun así, hasta 1882 no fué permanente la residencia de los soldados en él. Desde entonces bajó la mortandad al 0,7 por 100.

El alojar á mucha parte del ejército en Veracruz cuando la expedición á Méjico, costó á los franceses gran pérdida de hombres. La campaña del Dahomey la hicieron dando más atención á la higiene, y por eso, á pesar de lo enfermizo de aquella comarca, sólo perdieron por enfermedad 158 europeos de 1.423 que iban en la expedición.

Más castigados aún fueron los ingleses mientras cayeron en iguales errores; pero también escarmentaron mejor.

Al llegar á Jamaica á fines del siglo pasado el re-

gimiento 16, mandáronle de guarnición á Montego, población de la costa. De los 500 hombres que tenía, murieron 300 en un año. Mudaron los restos del regimiento á unos cerros de tierra adentro, y sin más medicinas cesaron las enfermedades.

El ejército que poco después enviaron á la isla de Santo Domingo desembarcó llevando el germen de la fiebre amarilla; y aunque acampó en sitio reputado sano, pereció casi todo. De los 25.000 hombres que tenía, murieron las siete octavas partes. En las primeras tres semanas de la epidemia, la mortandad fué de 1.000 á 1.200 hombres diarios. Uno de los cuerpos de la expedición á Birmania (1824-1826) perdió el 72 por 100 de la gente. Las tropas mandadas al África ecuatorial en 1822, 1824 y 1826 acabaron desastrosamente. En la última de ellas la duración de la vida media del soldado quedó reducida á un mes. El regimiento 26 perdió, en un año que estuvo en las islas Chusán (China), 800 hombres de los 904 que tenía.

Veamos ahora los milagros de la higiene.

En la expedición (1874) contra los ashantis, de 4.000 hombres murieron de enfermedad 49. La dirigió lord Wolseley, quien dió la mayor atención á la salud del soldado. En tres meses gastó Inglaterra cinco millones de duros. La nación de cuyo apego al dinero tanto hablamos y escribimos, mostróse liberalísima en el gastar y avara de las vidas de sus hijos. Nosotros, que pretendemos reputación de dadivosos, hacémoslo al revés, ignorando, ¡triste ignorancia!, que no hay nada tan caro en este mundo como una guerra barata.

Más todavía que en el golfo de Guinea consiguió la higiene en Egipto diez años después (1884-1885). La expedición al Sudán Oriental, formada por 4.500 soldados, perdió un hombre por 271 enfermos, y de éstos casi todos eran sifilíticos. De los 7.235 hombres que salieron de Suakín un año después, sólo murieron de enfermedad 16.

Mientras de tal suerte adelantaban en el conocimiento de la higiene de las tropas coloniales las demás naciones, nosotros hacíamos en América dos guerras improvisadas, económicas al parecer (guerras á plazos), sin plan, sin higiene y sin sentido común: la de Santo Domingo y la primera de Cuba. Entre ambas nos han costado más de 200.000 hombres, de los cuales 150.000 han muerto de falta de cuidados higiénicos. ¡Á tan alto precio nos ha salido el honor de estar gobernados liberalísimamente por unas cuantas generaciones de políticos vacíos de ideas y de buenos propósitos!

Algunos intentos de aclimatación de tropas se hicieron en Cuba, principalmente en Oriente y en el Camagüey, y todos tuvieron tan buen resultado como se podía esperar. Por desgracia, fueron muy en pequeño. La enseñanza que dejaron sirvió luégo, en tiempo de paz, para atajar los estragos del vómito en alguna ocasión en que éstos fueron mayores que de costumbre. Tal sucedió en Puerto Príncipe el verano del 81. Era tanto el rigor de aquella enfermedad que de ella morían, no sólo jefes, oficiales y soldados de la guarnición, sino algunos naturales de la provincia. Por disposición de la autoridad militar pasó una compañía del regimiento de la Reina al sitio lla-

mado Limones, que se halla al pie de la sierra de Cubitas, cerca de la vía férrea de Nuevitas á la capital, á siete leguas cubanas de ésta y algo menos de seis del poblado de las Minas. Hallábanse allí las brigadas de acémilas y carretas del regimiento, reuniéndose entre todos unos 170 hombres. La salud fué tan buena, que sólo murió un soldado, el cual llegó ya enfermo del vómito y aún vivió tres días. Al hospital de Puerto Príncipe no pasó un solo enfermo, y la enfermería del campamento estuvo siempre desocupada. Los únicos edificios que había eran tres ó cuatro barracones bastante grandes, media docena de bohíos de madera y guano, estación telegráfica, horno y tres tiendas ó cantinas para la venta de comestibles.

Siempre que en Cuba se saquen las tropas al campo, á sitios ventilados, frescos y secos, el resultado será tan bueno como en el caso que, para que sirva de ejemplo, acabo de citar. Si además se procura que esos sitios estén á buena altura sobre el nivel del mar, se conseguirá poner á los acampados al abrigo del vómito. En la Maestra, en las sierras de Baracoa, de Toar, del Cristal y en otras de Oriente; en las de Cubitas y la Najasa, del Camagüey; en los montes de Las Villas y Pinar del Río, debiéramos tener campamentos que, no sólo sirviesen para la aclimatación del soldado, sino también de sanatorios de enfermos y convalecientes. Ya que no hicimos las colonias militares, que nos hubieran dado el ejército conveniente, de gente acostumbrada á la manigua y al clima cubano, hemos debido pensar en esto otro, que en alguna parte hubiera remediado el

mal por aquel descuido causado. Pero así como no se hizo lo primero, tampoco se ha hecho lo segundo. Parece que con las tropas de la expedición que comenzará á embarcar dentro de poco se tendrá el cuidado de llevarlas á campamentos que se harán en parajes sanos. Así lo han dicho los periódicos, y si fuese cierto, la salud del ejército ganaría muchísimo.

* * *

Lo que distingue al clima cubano del clima español es el calor húmedo.

Ese calor húmedo ejerce sobre el organismo una acción deprimente, retardando, tras pasajeras exacerbaciones, la respiración y la circulación. Consecuencia de este retardo es la diminución de las combustiones orgánicas. El organismo arroja menos ácido carbónico por los pulmones, menos orina por la vía correspondiente y menos urea en la orina. La naturaleza procura entonces eliminar de otro modo los residuos nocivos que esta exportación insuficiente deja en el cuerpo, y lo hace por la piel y por el hígado. De aquí viene el aumento de sudor y de bilis. El estómago digiere también menos y más despacio; los jugos gástricos é intestinales disminuyen y hasta se alteran, y á esta pereza del aparato digestivo sigue inevitablemente la atonía del sistema nervioso, natural consecuencia de haberse empobrecido el caudal de sangre que corría por el aparato circulatorio. Resultado: la anemia. Esta es la enfermedad madre, la que extiende su jurisdicción sobre todos los espa-

ñoles que van á Cuba. En este terreno tan bien dispuesto, y abonado además por las fatigas de la guerra y la mala alimentación, brotarán después los gérmenes patológicos que el clima tropical sembrará con pródiga mano.

El calor favorece el desarrollo de los microorganismos. Con el calor meteórico húmedo medran singularísimamente los fermentos orgánicos, productores los más de ellos de enfermedades infecciosas, tales como la disentería, la fiebre tifoidea y el tifus amarillo (vómito). Otras dolencias se agravan mucho en tal clima, y entre ellas la terrible tuberculosis.

Además, el mucho calor produce insolaciones, inflamaciones locales y enfermedades de la piel; agrava las manifestaciones cutáneas de la sífilis; ocasiona hipertrofias de ciertos tejidos; favorece mucho el desarrollo de la lepra, frecuente en la América tropical, sobre todo en Colombia, y hasta es causa de alucinaciones y raptos de locura, generadores á veces de la manía del suicidio.

Si á esto se añade las enfermedades producidas por ciertos insectos y gusanos tendremos el cuadro patológico de Cuba completo, y con él á la vista (aunque tan sumariamente expuesto) conoceremos la excepcional importancia que allí tienen las reglas de higiene.

Siendo la principal consecuencia del calor húmedo emperezar las digestiones y retardar la asimilación, parece que lo conveniente en Cuba será comer poco para no dar al estómago y al aparato intestinal mucho trabajo. Pero la tendencia del organismo á la anemia impone la necesidad de nutrirlo bien, tonifi-

cándolo con una alimentación substanciosa, si bien no tan abundante que le irrite. El único modo de armonizar estas dos encontradas necesidades es tomar alimentos que en poco volumen contengan mucha cantidad de materia asimilable. Por eso es la carne alimento indispensable en aquellas tierras, y sólo el faltar ella es causa de enfermedades.

«Uno de los problemas más importantes y difíciles de la higiene militar es el de la alimentación del soldado, y por eso debemos tratarlo extensamente. La escasez y la mala calidad de los alimentos son las principales causas de enfermedades y de mortandad en las colonias.» En estos términos habla el Dr. Laffont en su obra de higiene colonial, y mil autoridades podría invocar en apoyo de la suya si fuese preciso.

Todas las naciones europeas que tienen ejércitos coloniales ó que han tenido guerras en comarcas tropicales, han atendido con particular cuidado á que el soldado tuviese buena comida.

En la ración de las tropas italianas de Masauá entran 400 gramos de carne fresca, que contienen 26,65 gramos de ázoe y 458,08 de carbono. El soldado inglés recibe en la India 453 gramos de carne, igual cantidad de patatas y legumbres frescas. Los franceses dan á los suyos del Tonquín, Cochinchina, Senegal, etc., etc., en tiempo de guerra: 700 gramos de pan, 500 gramos de carne fresca ó 250 de carne en conserva, 100 gramos de legumbres secas ó de arroz, 40 de manteca de vaca, 25 de sopa condensada, 16 gramos de sal, 21 de azúcar, 16 de café y además una ración extraordinaria de vino (26 centílitros) y de aguardiente (6 centílitros).

Esta es la ración máxima de campaña, la destinada á reparar las pérdidas del organismo cuando los trabajos son muy grandes. Para el soldado español, más sobrio que el francés y que ningún otro de Europa, quizá parezca excesiva. Pero no hay que estirar demasiado la cuerda en lo de la sobriedad. Lo mismo digo en lo referente á la resistencia. Porque es sobrio y resistente se le deja muchas veces sin comer y se le obliga á trabajos superiores á las fuerzas humanas.

En la guerra pasada dábanle de ración 200 gramos de arroz, 100 de tocino y 400 de galleta, y además un poco de café, vino ó aguardiente, lo que se consideraba ración extraordinaria. «Este alimento, á pasto días y días, se hace insoportable y es de todo punto insuficiente.» (Comunicación del general Riquelme al Gobernador general de Cuba en 30 de Diciembre de 1872.) Algunas veces, en vez de tocino y arroz, entraban en la ración garbanzos, bacalao y aceite. Los garbanzos tardaban mucho en cocerse, y el bacalao se echaba á perder. «Las únicas variaciones que hubo fueron la morcilla prusiana y las latas de carne italiana; la primera, aun suponiendo que fuese buena en Prusia, en Cuba no dió resultado, y la segunda se suministró en muy corta cantidad, lo que por sí sólo es un gran inconveniente..... Cuando se convencieron los jefes del ejército de que la ración de etapa que se daba al soldado no era suficiente, se compraron artículos para aumentarla; éstos fueron habichuelas, garbanzos, patatas y fideos; pero como continuaron comiendo muy poca ó ninguna carne, aunque algo se adelantó, no fué, ni con mucho, lo su-

ficiente, por lo cual siguieron llenos los hospitales y muy mermada la fuerza en operaciones.» (Jiménez Castellanos: ob. cit.)

La carne salada ó en conserva no es tan buena, ni mucho menos, para la salud como la carne fresca. Los experimentos de Rattray han quitado bastante crédito á este alimento, probando que los que no toman otro adelgazan rápidamente. Las conservas en lata son en ocasiones poco convenientes, porque las soldaduras están hechas con plomo ó tienen alguna parte de este metal. (Reynaud: *L'armée colonial au point de vue de l'hygiène pratique.)*

Con lo dicho basta, y aun sobra, para que todo jefe de columna ú oficial que mande un destacamento ó guerrilla sepa que, para tener pocos enfermos en la fuerza á sus órdenes, una de las principales cosas que debe hacer es alimentarla bien, dándola carne todos los días, y que, mientras sea posible, no debe dejar de hacerlo.

Importa mucho también el variar de alimentos. Introdúzcase en ellos alguna novedad siempre que haya ocasión. Diversas pruebas se han hecho con los llamados de ahorro. Germán See dice que, tomando el soldado 60 centígramos de cafeína, apenas siente el cansancio, se le pasan las palpitaciones, el ahogo, etc., etc. Otros autores (Heckel, Legrand) declaran preferir la nuez de *cola*, de la cual se hacen unas pastillas de 10 gramos de peso. Aseguran algunos médicos que con esta substancia puede el soldado caminar largas jornadas sin fatigarse. En el 4.º regimiento de infantería de marina de Francia se hicieron algunas pruebas de los efectos de la *cola*,

y dieron buen resultado. En Cuba no sé que se hayan hecho.

*
* *

Tratemos ahora de la bebida, materia de tanta importancia como la que acabamos de dejar. De nada servirá estar bien alimentado, bien vestido y descansado si el agua de beber es mala. Por ella entrarán en el cuerpo el germen de la fiebre tifodea, el de la disentería, el de la diarrea, el del cólera, y muchos más que pueden vivir en las charcas y arroyos. La mejor agua será siempre la de manantial. Todas las demás debe mirarlas con prevención el jefe de una fuerza y procurar que los soldados no la beban. Si no hubiera otra y por esta causa fuere forzoso beberla, tratará de purificarla antes, trabajo que nunca debe excusar teniendo medios de hacerlo.

El agua, para ser *probablemente* potable, debe estar limpia (trasparente) y fresca; no saber á hierbas ni á tierra; conservar la limpidez después de un buen rato de reposo al aire libre; disolver el jabón y cocer pronto y bien las legumbres.

Una columna en marcha no podrá hacer todas estas pruebas; pero bastarán algunas, las que den los ojos y el paladar, para la sospecha, y agua sospechosa debe ser tratada como agua mala.

Lo mejor y más seguro sería filtrarla. Como las fuerzas en operaciones no llevan filtros, ni es probable que los encuentren en los puestos, fortines y pueblos fortificados, no debemos contar con ellos.

Á la filtración sigue en bondad la ebullición. Llenando unas cuantas ollas de agua mala y haciéndola hervir un rato, se tendrá agua sana para la tropa. Pero la operación es larga, y muchas veces no se podrá hacer. La sed es terrible, y no hay razones ni peligros que detengan al soldado cuando, abrasado por el sol, ve una charca ó un río. Por eso el hervir el agua es operación para un destacamento ó para una fuerza pequeña que acampe algunas horas, no para tropas que van de jornada.

El jefe de éstas no podrá hacer otra cosa, las más de las veces, que buscar á su gente algún riachuelo en que beber. Teniendo que elegir entre agua corriente y agua encharcada, no debe vacilar un momento: aquélla será la mejor. En las desembocaduras de los ríos muy caudalosos suele contener el agua regular cantidad de ácido sulfhídrico, gas que se conoce por su olor á huevos podridos. Lo propio sucederá, ó es probable que suceda, en algunos ríos cubanos, y más que en ningún otro en el Cauto. Tales aguas no son potables.

Hay un medio muy sencillo de conocer la calidad del agua, y que será útil al hacer un campamento ó fortín. Para ejecutarlo es preciso llevar en un frasquito una solución concentrada de tanino. El agua que se quiere probar se pone en un vaso, y se echa en ella 20 gramos de la solución. *Si se enturbia el líquido antes de una hora, el agua no se debe beber.* Si tarda dos horas en enturbiarse, es sospechosa. Si á las seis horas sigue clara, es buena.

El café es bebida excelente. Reanima el sistema nervioso, y mezclado con agua mitiga la sed. Con-

vendrá mucho dar al soldado agua con café para las marchas, cuidándose que no la beba de una vez, sino poco á poco, para ir entreteniendo la necesidad de beber, que la pesadez del calor hace invencible. De este modo beberán menos en las charcas del camino.

El té es casi tan bueno como el café, y en algunos casos mejor. De este ultimo parecer son los ingleses, quienes le dan en gran cantidad á las tropas ultramarinas.

El vino tiene amigos y enemigos; pero tanto unos como otros están conformes en que, no siendo bueno, es decir, sano y puro, más vale no beberlo. Puede también suceder que embarque bueno en Europa, y llegue malo á América por haberse alterado en el camino. Los franceses lo mandan embotellado á alguna de sus colonias, lo que les da muy buenos resultados.

Dan á las tropas de Madagascar 60 centílitros de vino al día, y á los de otras partes de África medio litro. Los soldados italianos que operan en Abisinia tienen 28 centílitros de ración. Los ingleses no prueban el vino. Lo mismo les sucede casi siempre á nuestros soldados en Cuba.

El alcohol es malo allí como aquí y en todas partes. Por desgracia, son muchos los que creen en las virtudes del ron, el coñac, el aguardiente y la ginebra. *Falsos estimulantes, corrosivos de las mucosas*, les llama Legrand (*L'hygiène des troupes européennes aux colonies*, pág. 168.) Y tiene razón sobrada. El alcohol irrita y llega á congestionar los tejidos de los órganos que le eliminan, y más que ningún otro el pobre hígado, ya harto congestionado

é irritado por el clima. Beber mucho ron, coñac, aguardiente ó ginebra en Cuba, es tanto como procurar por sí mismo una de las enfermedades que más dan que hacer á los médicos en aquella tierra y ayudar á que sobrevengan otras. El que descuide este importantísimo precepto higiénico puede estar seguro de que la primera fiebre que tenga irá acompañada de complicaciones hepáticas.

*
* *

La mala colocación de los campamentos y fortines cuesta muchas enfermedades y no pocas vidas en aquella guerra. El que se haga en sitio bajo ó donde concurran varias vertientes pronto será hospital, más que fortín y campamento, y en poco tiempo cementerio. Debe buscarse la falda de un cerro, bien orientada, á bastante altura, en suelo seco y duro. Si fuere húmedo y blando, pronto aparecerán el paludismo, la tifoidea, y con ellos el vómito. Remover la tierra para hacer pozos ó zanjas, es sembrar el aire de gérmenes mortíferos.

La vecindad de ciénagas y manglares será siempre de malísimas consecuencias para la guarnición del fuerte ó campamento.

Lo mismo para los bohíos y barracones de los oficiales y soldados que para empalizadas, se aprovechará la mucha y excelente madera con que brinda el bosque. Hecha la elección de terreno, materia grave y que requiere meditación, se le limpiará bien de maleza. La mejor manera de limpiarlo es que-

marlo, pero no siempre se podrá hacer esta operación. Luégo se procurará que el piso esté á la mayor altura posible sobre el suelo. Será una buena precaución sostenerle sobre gruesas estacas, aunque sólo tengan dos pies de alto. Cuanto más gruesa sea la madera, más fresca y sana será la casa, la cual llegaría á ser excelente si pudiese tener paredes y techos dobles, porque la capa de aire que quedará encerrada entre las tablas defenderá muy bien del calor del sol á los habitantes. Pero pocas ó ninguna vez lograrán nuestras tropas tal lujo de higiene y comodidad.

Otras circunstancias importantísimas debe tener la vivienda. Las principales son tres: impermeabilidad, espacio, ventilación.

El que no ha visto llover en Cuba, no tiene idea de lo que fué el diluvio bíblico. Nuestros más copiosos chubascos veraniegos son, comparados con aquellas lluvias, chaparroncillos sin importancia. Pocos minutos bastan para hacer de una calle río, de un barranco torrente y de una casa laguna. No lo olvide el oficial recién llegado si le tocare acampar con su fuerza y hacer barracas para abrigarla.

El espacio y la ventilación son fundamentos de la salud en todos los climas, pero en los cálidos con mayor razón que en los otros. Una barraca para 20 soldados no debe tener menos de 18 metros de largo por ocho de ancho y tres de alto, ó sea unos 16 metros cúbicos por hombre. En cada fachada habrá una puerta y cuatro ventanas. Cuando tenga aspillera corrida, ésta bastará para que esté bien ventilada. Cuanto más altas estén las camas, más sanas serán.

Si se puede poner á la barraca un cobertizo muy saliente que la dé sombra, quedará perfecta.

Hechas las viviendas y alojada en ellas la gente, lo principal para la salud de ésta es la limpieza, y sobre la limpieza la desinfección enérgica y frecuente á la menor sospecha de enfermedad. El mejor desinfectante es el bicloruro de mercurio (sublimado corrosivo). Para 100 hombres, por espacio de un año, basta un kilo de esta substancia disuelto en cuatro litros de alcohol rectificado. Se usa al 1 por 1.000, y para graduar con facilidad la mezcla se le da color con un poco de eosina, materia que ya debe llevar el sublimado, porque es claro que en los campos de Cuba no habrá medio de proporcionársela.

La desinfección se hará de este modo: se lavan paredes, techo y suelo con agua clara, jabonando bien el pavimento, y luégo se riega todo con una disolución, no de 1 por 1.000, sino de 1 por 5.000, que es bastante, y la cual se hace echando una cucharada grande (20 gramos) en 25 litros de agua. Es claro que para 50 litros habrá que echar dos cucharadas, para 100 litros cuatro, y así en adelante.

Con esto y un grandísimo cuidado con los retretes, se habrá hecho lo necesario para conservar la salud. El oficial jefe del destacamento (y á quien supongo, como ya habrá advertido el discreto lector, sin médico) no debe olvidar un instante que enfermedades al parecer de no mucha gravedad, como la disentería, requieren tantos cuidados profilácticos como el cólera ó la fiebre amarilla. Donde quiera que un soldado con disentería vaya á defecar dejará el

germen de la dolencia, y cuantos vayan tras él la padecerán. En poco tiempo la tendrán todos.

***

En Cuba súdase copiosamente al menor esfuerzo, y de este sudor provienen erupciones muy molestas por lo que pican. La manera más eficaz de evitarlas es la limpieza. Todos los médicos militares que han servido en los trópicos, recomiendan el baño. La mejor hora de tomarle es por la mañana, entre el desayuno y el almuerzo. No desconozco que en Cuba habrá grandes dificultades para bañarse sin faltar á otras reglas de higiene muy necesarias, por ejemplo: evitar los rayos del sol, no ir á sitios cenagosos, no andar descalzo por el suelo. Por estas poderosas razones, el baño no pasará algunas veces de ducha dada como se pueda en el mismo campamento. Con esto se consigue lo principal, que es tener la piel limpia de grasas y de ácidos eliminados por los poros. Si hay medio de tomar un verdadero baño, sea corto y á la sombra. No será conveniente bañarse en el mar por la cantidad de tiburones que en él viven. En los ríos hay cocodrilos y caimanes; pero más temibles son los infinitos insectos y gusanos que la fecunda tierra cubana cría para tormento del hombre en lo seco y en lo húmedo, en el campo y en casa.

De los más feos y repulsivos es la araña peluda *(Migale cubana)*. Es grande, obscura y más ofensiva

á la vista que dañina. En ella crece un hongo, debiéndose á tan extraña vegetación la leyenda de que este animalejo salía del arbusto espinoso llamado *jía*.

De alacranes hay dos especies, ninguna verdaderamente venenosa. La picadura duele bastante y produce más que regular hinchazón.

La dorada es un heminóptero negro como una mosca, pero de aguijón muy punzante. Otro heminóptero hay llamado *hormiga brava* por la fuerza con que pica. Del mismo orden son: la ponzoña, cuya cabeza, aun después de cortada, sigue picando; el muerdehuye, así denominado porque luégo de haber picado escapa, y la hormiga loca, que hace grandes estragos en la agricultura.

Peor es otro insecto del orden de los *neurópteros* y familia de las hormigas, conocidísimo con el nombre de bibijagua. Éste todo lo destruye, incluso árboles y casas, y á veces ha muerto niños. Es la plaga de la isla. Hacen grandísimos hormigueros, con largas y hondas galerías, que revisten por dentro de betún para que no les éntre el agua. Tienen una manera de gobierno tan sabia como las abejas. De éstas hay gran cantidad. Hacen panales de mucho tamaño. La miel es rubia.

Más que el conocimiento de las costumbres de las bibijaguas, importa al oficial el de otro insecto, también del orden de los *neurópteros*, á que llaman *comején*, porque es tan diligente destructor de maderas que, si hiciere estacadas ó viviendas con troncos ó tablas que tengan comején, pronto quedará sin vivienda y sin estacada.

La chinche del monte (orden de los hemípteros) es

otro de los animales desagradables que en Cuba se encuentran. Huele muy mal.

El grueso de los enemigos del soldado, entre el numerosísimo ejército de insectos que hay por allá, está entre los *dípteros* y los *ápteros*. Sólo de moscas se conocen en aquéllos más de 300 especies. De las más temibles es la llamada *rodador* (el vulgo la cree mosquito), que se hincha de sangre como una sanguijuela, y cuando se harta de chupar cae y rueda. Pero aún es peor el jején (otro supuesto mosquito), tan pequeño que se siente el dolor de la picadura sin verle. No valen contra él mosquiteros, humo, ni otra defensa. El único recurso es la fuga. «Su larva es acuática, y se desarrolla tanto en los focos de fermentación marina como en los de agua salobre.» (Rodríguez-Ferrer: *Naturaleza y civilización de la grandiosa isla de Cuba*, págs. 908-909.)

De verdaderos mosquitos hay innumerable cantidad. De ellos, los más famosos por sus maldades son: el lancetero y el zancudo. Añádase á todos los nombrados la pulga, el herpes, la ladilla, el arador, la garrapata y el babuje, todos *ápteros chupadores;* el infusorio denominado *masamorra,* que vive en los charcos, y cuya picadura produce una comezón insufrible y llega á desorganizar el tejido de los pies; las sanguijuelas de varias castas y tamaños, y otros mil poco menos fastidiosos que los nombrados, que no son sino una pequeña parte de los que hay.

De intento dejo para el final la nigua, insecto díptero que vive en el cerdo, pero que tiene gran propensión al hombre. Oviedo le describió en su *Historia natural y general de las Indias*, y de entonces á hoy

no se sabe de este animalejo más de lo que aquel insigne naturalista dijo: «Esto de las niguas, escribe en el libro II, cap. XIV, no es enfermedad, pero es un mal acaso, porque la nigua es una cosa viva é pequeñísima, mucho menor que la menor cosa que se pueda ver. Pero, en fin, es género de pulga, porque así como ella salta, salvo que es más pequeña.»

Introdúcese por debajo de la epidermis, entrando verticalmente por la cabeza y tardando algún tiempo en hender la piel. Siéntese entonces una picazón muy desagradable. Luégo de entrada y acomodada en aquel nido, no da señal de sí; pero pasados unos días origina un quiste picante como sabañón, y al que los naturales llaman conuco. Cuando está bien hecho el quiste tiene el tamaño de un guisante ó el de un garbanzo, y entonces se le saca con un punzón de madera sin dolor alguno. El hueco que queda le llenan con ceniza de tabaco, dicen que para evitar el pasmo. Á los cinco ó seis días no queda la menor señal de la nigua.

Si en vez de sacarla con cuidado se la descuida ó no se la saca, fórmanse otros *conucos*, causa de grandes inflamaciones y aun de la pérdida de los pies, lo que algunas veces les sucede á los negros por abandonados y sucios.

El mal de niguas no tendrá importancia si con alguna frecuencia se pasa revista de pies á los soldados, sobre todo después de marchas por malos caminos, en que suelen dejar los zapatos. Un parche de mercurio en el conuco mata al insecto. (Rodríguez Ferrer: obra citada, pág. 427.) No habiendo mercurio á mano, debe buscarse un hombre práctico en la operación de

extraer la nigua. Todos los naturales la saben hacer, y los soldados la aprenden pronto.

*
* *

De las enfermedades más graves que en Cuba se padecen, y también las más comunes, son las siguientes: diarrea, disentería y paludismo, á lo que hay que añadir las dolencias del hígado, que muchas veces acompañan á aquéllas, y otras son la enfermedad principal.

La diarrea es de origen infeccioso, y la produce, si hemos de creer lo dicho por Normand, un microbio que vive en los sitios pantanosos y en la misma agua. Se adquiere de beber en los pantanos y ríos, y también de caminar por las ciénagas. Los enfriamientos intestinales predisponen á padecerla, así como también los excesos en las comidas, y el abuso del hielo y del alcohol. En los campamentos y fortines se procurará esterilizar inmediatamente los excrementos del soldado que tenga diarrea, *por pequeña que sea.*

El tratamiento es sencillo en los primeros días: dieta absoluta los dos primeros, dieta láctea después. De este modo se evitan fermentaciones en el aparato digestivo, y podrá aliviarse y aun curarse el enfermo sin ayuda del médico, lo que no es pequeña ventaja si no le hay. La enfermedad pasa de aguda á crónica, y de crónica á aguda, muy fácilmente. Da casi siempre mucha sed, producida por las pérdidas serosas ocasionadas por el flujo diarreico. Esta sed se combate con agua templada, en la que se habrá batido

previamente clara de hnevo. La proporción es dos claras de huevo por litro de agua. (Villedary: *Guide sanitaire des troupes et du colon aux colonies*, página 93.)

El enfermo debe pasar al hospital cuanto antes.

La disentería es también infecciosa. El microbio que la produce le descubrieron hace pocos años Widal y Chantemesse. Las causas de esta enfermedad y las de la diarrea son las mismas. La profilaxia igual. Los microbios de ambas, aunque bastante diferentes en el microscopio, deben ser parientes cercanos.

Al empezar la disentería, siempre es aguda. Luégo se hace crónica y resiste mucho al tratamiento. El enfermo siente fuertes dolores al defecar, necesidad continua y falsa *(tenesmo);* defeca con grandes molestias una especie de salivazo blancuzco, manchado á veces de sangre. La sed es grande, y casi siempre hay calentura.

El tratamiento preventivo no habiendo médico, el mismo de la diarrea. Urgirá buscarle y conducir al enfermo ó enfermos al hospital más próximo para evitar la propagación del mal.

En casi todas las disenterías hay congestión del hígado, de mayor gravedad si el enfermo es alcohólico. Va acompañada de dolor contusivo y sordo en la parte en que está el órgano congestionado. Algunas veces la molestia es grande, y llega á haber dificultad para respirar. Es indispensable ponerse en cura en seguida.

La hepatitis ó inflamación del hígado puede ser de muy diversos grados. Unas veces será sencilla, en

cuyo caso los síntomas no pasarán de ser algo más agudos que los de la congestión, y otras veces será aguda y podrá llegar á la mayor gravedad (hepatitis aguda parenquimatosa, hepatitis difusa aguda, ictericia maligna, tifoidea, hemorrágica).

La ictericia grave es probablemente infecciosa, y casi siempre se advierte en ella un elemento palúdico. Tres son sus principales caracteres sintomáticos: ictericia, hemorragias y alteraciones nerviosas. La piel pasa de amarilla á verdosa, y llega casi á negra. La sangre sale por la nariz, las encías y los intestinos, y se junta bajo la piel (petequias y equimosis). Hay delirio, accidentes convulsivos y sobresalto de tendones. Es de muy rápida evolución (un septenario), y cuando presenta este cuadro de síntomas, mortal en la mayor parte de los casos. Por suerte, es poco frecuente.

El absceso del hígado ó hepatitis con supuración, suele presentarse con la disentería. Comienza con un fuerte dolor (reflejo) en el hombro derecho y en los músculos del cuello, fiebre y escalofríos. Otras veces (las menos) los dolores son vagos. Requiere la intervención del cirujano.

Contra el paludismo, las precauciones más eficaces son las ya dichas antes de ahora: mojarse lo menos posible y tomar con frecuencia, en ocasiones diariamente, 0,20 ó 0,30 de sulfato de quinina. La higiene completa es incompatible con la vida de campaña.

La fiebre palúdica es unas veces intermitente, y otras continua. Aquélla empieza con escalofríos, y ésta no. La continua leve suele acabar con una repentina defervescencia al cuarto ó quinto día de ha-

ber empezado. La grave tiene á veces forma tifoidea; pero se diferencia de la tifoidea verdadera en que obedece pronto al sulfato de quinina. La perniciosa es rápida y de fatal desenlace casi siempre. Ataca al peninsular y al criollo.

Diarrea, disentería, dolencias del hígado y paludismo requieren, en cuanto se hacen persistentes, el regreso del enfermo á la patria, ó por lo menos larga residencia en sanatorios de altura.

No haciéndolo así, la curación nunca será completa. El organismo irá perdiendo fuerza para defenderse de las infecciones; la anemia acabará en ruina fisiológica, y tras esto vendrá, en los más de los casos, la tuberculosis, es decir, la muerte.

El descanso á tiempo en sitios altos, secos y ventilados salvaría á casi todos los jefes, oficiales y soldados que mueren de enfermedad en Cuba, y quitaría al vómito la mayor parte de sus víctimas.

En Cuba se ulceran fácilmente las menores heridas en los pies y en las piernas. Un arañazo, que se podría curar con dos ó tres días de descanso, llega, con las continuas marchas y el roce, á úlcera, que acaba por inutilizar al soldado. Conviene no olvidarlo.

*
* *

En 1545 hizo grandes estragos en Méjico una enfermedad á la que los indios llamaban *matlazahualt*, y cuyos síntomas eran, según noticias que nos ha dejado Alzate y Ramírez, *palidez especial de la piel* y *hemorragias nasales y gástricas*. Era probablemente el vómito negro, fiebre amarilla ó tifus ame-

ricano, que de estos y de otros modos se llama. Es también muy verosímil que la enfermedad que mató á los treinta y ocho hombres que Colón dejó en la Española en 1492; la que exterminó, ó poco menos, doce años después á los españoles que vivían en aquélla, y la que acabó con casi todos los primeros colonos de Puerto Rico, fuese esta misma.

La primera descripción completa del vómito la hizo el médico portugués Ferreira da Rosa, en su *Trattado da constituiçao pestilencial de Pernambuco*, publicado hace más de dos siglos (en 1687). No estará de más recordar á este propósito, ya que tan empachados estamos de ciencia extranjera y de nombres extranjeros, que el primer médico que estudió el cólera fué también un médico portugués, García da Horta.

No se sabe aún con certeza si es enfermedad parasitaria ó no, aunque lo primero parece cada día más probable que lo segundo. El Dr. Domingos Freire (brasileño) inoculó un cultivo de esta enfermedad á algunos conejos de Indias, y vió reproducidos en ellos los fenómenos de la fiebre amarilla, hallando luégo lesiones anatómicas iguales á las que se encuentran en los cadáveres de los que mueren de dicha infección. (Freire: *Recherches sur la cause, la nature et le traitement de la fièvre jaune*, 1880.—*Études expérimentales sur le contagion de la fièvre jaune* 1883.) El Dr. Lacerda, paisano del anterior, ha hecho también estudios y pruebas favorables á la doctrina parasitaria. Del mismo parecer son Carmona Valle (de Méjico), Cornil, Babés y otros. En cambio, médicos de gran autoridad se muestran dudosos, por ejemplo, el

Dr. Granizo Ramírez, del Cuerpo de Sanidad militar y autor de un excelente estudio de la fiebre amarilla.

Sobre si ésta es ó no contagiosa, también se ha discutido mucho. No pocos médicos, los más de ellos ingleses, niegan el contagio. Villedary (*Guide sanitaire des troupes et du colon aux colonies*) reconoce que le hay, pero dice que es poco común. El citado Dr. Granizo Ramírez declara del modo más terminante que el vómito se trasmite de una persona á otra por contagio.

Sin embargo, las más de las veces se propaga por infección atmosférica. Ya queda dicho que son focos de fiebre amarilla las poblaciones costeras. A esto añadiré que el calor favorece el crecimiento de los miasmas productores de la enfermedad; que la época del año en que mayores daños hace es en Septiembre y Octubre; que la ayudan mucho la poca ó ninguna limpieza de los naturales, pues la mayor parte de ellos viven en malas casas, con malísimos retretes ó sin retretes buenos ni malos; que los más expuestos á ella son los peninsulares, luégo los insulares, y después los negros, de los cuales sólo por excepción rarísima llega á tenerla alguno; que los asiáticos nunca la padecen; que son causas predisponentes el demasiado trabajo, la mala alimentación y cuanto pueda debilitar el organismo; y, por último, que el uso del alcohol, no siendo excesivo, no facilita la invasión de la enfermedad.

La inmunidad de que alardean los criollos, no es tan completa como muchos suponen. «Si se mirase con cuidado este punto, se vería que hacen mal en creerse tan seguros, y que su egoísmo puede exponerles á te-

rribles desilusiones.» (Berenger-Feraud: *Traité théorique et pratique de la fièvre jaune.)*

La raza blanca aclimatada en los trópicos no ha logrado sobreponerse á la infección amarilla, consiguiendo sólo ser menos accesible á ella. El criollo que pasa del campo á la ciudad está expuesto á padecerla.

Las epidemias no muy fuertes cébanse en los peninsulares; pero según aumenta la fuerza del mal, va éste matando criollos. Ni los mulatos están seguros. El Sr. Serrano Mirasol ha asistido á algunos de estos mestizos enfermos de fiebre amarilla. (Granizo Ramírez: obra citada, pág. 38.) Ya hemos visto que la marea infecciosa puede llegar hasta los negros.

De los españoles, los más expuestos son los gallegos, asturianos, montañeses y vascongados. Los menos, los andaluces, valencianos, mallorquines y canarios. Estos últimos resisten la invasión del vómito casi tanto como los cubanos.

El tiempo de permanencia en la isla no es garantía tan segura como á algunos les parecé. Ha sucedido bastantes veces morir del vómito jefes, oficiales y soldados que llevaban años en lo interior de la isla, y que después de ese tiempo pasaron á alguna población del litoral. La vida del campo les defendió de la enfermedad, pero no les hizo inmunes.

El vómito es endémico en los puertos de Cuba, y de éstos pasa todos los años á las poblaciones que tienen fácil comunicación con ellos, como sucede á Puerto Príncipe, Santa Clara, Sancti-Spíritus, etc. etcétera. Sólo en las grandes exacerbaciones epidémicas llega á otros puntos é invade la mayor parte de los pueblos de la isla.

Terminaré esta breve noticia con una ligera descripción de los síntomas de la enfermedad, porque de conocerlos bien podrá venir la ventaja de acudir á tiempo con el remedio, lo que es siempre importante en toda alteración de la salud, y en pocas tanto como en ésta.

Cuando no hay verdadera epidemia empieza el vómito como un catarro gástrico, indisposición muy común en Cuba, y cuyos síntomas son cansancio, torpeza de movimientos, malestar, boca pastosa y amarga. La fiebre viene á quitar la confusión entre ambos males. Si hay vómito epidémico, la invasión suele comenzar con un escalofrío pasajero, casi siempre nocturno, y que al cabo de unas horas se repite con más fuerza. Á este segundo escalofrío acompañan aturdimiento y gran dolor de cabeza, sobre todo en la frente, entre ambos ojos. Iniciada la fiebre, lo que no tarda en suceder, «el semblante del paciente se anima, aparece como tumefacto ó vultuoso; un matiz encendido más ó menos vivo que se extiende hasta el cuello, le colora; aumenta la pesadez cefálica y los ojos huyen de la luz». El enfermo aparece atacado de sarampión ó en los primeros momentos de la embriaguez, es decir, tiene cara de borracho. No hay duda: se trata del vómito.

Los primeros síntomas deben bastar para que, sin pérdida de un momento, acuda el médico ó sea llevado el enfermo al hospital. La fiebre y la expresión del rostro que acabo de describir pertenecen al primer período ó fase de reacción del organismo contra el poderoso enemigo que le invade.

Mientras llega el indispensable socorro facultativo,

una cosa puede hacer el oficial que será de mucho provecho para el enfermo, y es darle ánimos asegurándole que no es el vómito enfermedad más terrible y mortífera que otras que en la Península se padecen (el tifus, la viruela negra, etc., etc.), citándole ejemplos de fulano y de mengano que enfermaron y curaron, etc., etc. Uno de los efectos de la invasión es abatir el espíritu del paciente, en tales términos que algunos se dan por muertos luégo de invadidos.

Son buenos síntomas: período febril franco; fiebre regular ó poca; remisión paulatina si se inicia al tercer día de la enfermedad; piel suave; no muchas pulsaciones (de 80 á 90); poca sed; pocos vómitos; respiración acompasada; relativa tolerancia de las bebidas por el estómago; sueño tranquilo y prolongado; cesación del dolor de cabeza; orinas claras y abundantes; postración moderada; lengua húmeda, ligeramente blanca en el centro y rosada en los bordes; y, por último, aparición del apetito, vientre suelto y ligera amarillez de algunas partes de la piel. La convalecencia no es penosa, pero lenta y rara vez interrumpida. (Granizo Ramírez: *La fiebre amarilla*, páginas 173 á 175.)

Las probabilidades de salvación dependen en parte de la rapidez con que se acuda al enfermo. La mortandad de los atacados puede llegar al 75 por 100; pero casi nunca sube á tan alta cifra, bajando á veces al 14 por 100, y quedando generalmente en el 30 y 33. Otras enfermedades matan más gente con menos ruido, así en Cuba como en Europa.

EL MAL Y EL REMEDIO

La ocasión en que sale este libro me obliga á callar mucho de lo que pensaba decir. Andan algunos bribones, desperdicios de partidos decrépitos, solicitando á la necedad de unos y al hambre de otros para echarnos encima la fea mancha de unas nuevas Cabezas de San Juan, que no por más chicas serían menos viles que aquéllas, y no quiero que ciertas dolorosas verdades salgan ahora á luz por lo que pudieran allanarles el camino que les va abriendo la torpeza, la ceguedad y la falta de patriotismo de los que nos gobiernan. Lo mal que de éstos pienso, dicho queda. De los otros, de los alborotadores de guardarropía, filibusteros conscientes é inconscientes (que de todo hay), sólo diré, por no perder siquiera un minuto con tal gente, que son mucho peores.

Pero si no todà la verdad, lo esencial de ella debe saberla España. Además, se la debo al lector desde las últimas líneas del cap. IX. ¿Duele? Que duela. Más duele una amputación, y se hace cuando es necesario para salvar al enfermo. Muchísimo más dolerá la que sufra la Patria si, en vez de ponerse en cura, sigue soñando y dejándose embaucar por los merca-

deres de vidas y honras, enamorados de todo lo mezquino y pequeño, en manos de los cuales tiene inocentísimamente puestos sus destinos. Abriendo los ojos á lo que pasa, en vez de ver castillos donde hay ventas, saldremos con bien de la descomunal empresa en que estamos metidos. Aun es tiempo, pero muy pronto será tarde.

*
* *

Si el enemigo á quien combatimos vale poco más que nada, ¿cómo en año y medio, y habiendo mandado á Cuba 125.000 hombres, no le hemos vencido? Ahí va la respuesta.

No puede hacerse bien ninguna guerra sin un buen ejército, y no puede haber buen ejército en una sociedad desorganizada, ni puede estar bien organizada la sociedad que no se halla bien constituida. España es nación en estado constituyente crónico; su ejército está siempre (como parte suya) constituyéndose; de esta suerte le hallan todas las guerras, y por eso no ha podido constituir ninguna de las que ha emprendido, incluso la de la Independencia.

Ejército fuerte sin nación fuerte, es como monte sin base, como árbol sin raíces ó como alma sin cuerpo: un imposible ó un fantasma. Y adviértase que nación fuerte no quiere decir nación grande; quiere decir nación bien constituida, nación sana.

España no lo es. No podía serlo gobernándola hace tantos años una oligarquía plebeya, palabrera, codiciosa, ignorante, presumida y huera, que la ha man-

chado con sus vicios, perturbado con sus ambiciones de tendera, y, por último, estafado con el cartucho de perdigones de libertades y derechos, bautizados con pomposos nombres. Á cambio de ese cartucho ha dado la pobre España miles de millones para escuelas, para Administración pública, para Hacienda, para marina y para ejército, y no tiene nada, si no es la vergüenza de no tenerlo.

El microbio oligárquico todo lo ha invadido, y en todo ha causado los mismos fermentos patológicos, la misma podredumbre; en el ejército y en la marina, como en lo demás. La infección se halla arriba, en la cabeza, y poco á poco va bajando é invadiendo el cuerpo. Aun está sano gran parte de éste; pero si un buen cirujano no acude con el bisturí y corta mucho y bien, se pudrirá todo y no habrá remedio: la enfermedad será mortal de necesidad.

En esto puede venir á quedar nuestra revolución crónica, cuya única consecuencia verdadera ha sido cambiar el duro Fernando VII, cacique máximo de la nación, por miles de caciquillos de calderilla que todo lo apestan con sus caciqueos, y que con voracísimo apetito no hay jugo que no chupen ni cosa de substancia que no engullan.

En todo son cortos menos en el comer y en el hablar, porque, según dijo Quevedo de los habladores de su tiempo, «es gente que parece que lleva pujo de decir necedades como si hubiera tomado alguna purga confeccionada de hojas de Calepino de ocho lenguas.....; habladores de diluvios, sin escampar de día ni de noche; gente que habla entre sueños y que madruga á hablar». Los de ahora madrugan y no ano-

checen. Todavía no han anochecido, y va mediado el mes de Agosto, los que desde no sé cuándo están hablando en las Cortes. ¡Quiera Dios que escampen pronto!

En Cuba los hay de la misma especie. Por eso están allí; porque éstos, sus iguales, los mandaron. El cable, que es su voz, nos ha estado hablando meses y meses, no como hablan los cables, siempre concisos, sino como hablan los parlamentarios, piélagos inmensos de palabras. En ninguna guerra se han visto partes iguales. Nada callan. Un día nos dicen: «*Caballo cabecilla Calunga pata rota.*» Otro: «*Presentado uno trocha armas.*» En lo que, como en otras cosas, se ha podido conocer que la campaña ha sido más periodística que militar, y con vistas á la tribuna de la prensa como los discursos del Congreso y del Senado.

Señalo este solo pecado, porque basta para que se descubra el enlace entre lo de Madrid y lo de Ultramar. La marcha de las operaciones, la gravísima cuestión de las recompensas y otras muchas quedan para mejor ocasión, no pareciéndome ésta buena por lo que al principio dije.

Sin juicio la cabeza, sin voluntad el espíritu, sin rectitud la conciencia y sin el freno de la responsabilidad para los momentos de flaqueza, no hay cuerpo capaz de ninguna acción grande y persistente. Tal se halla la sociedad española hoy, y tal su ejército de Cuba, que, como parte de ella, es ella misma en armas, con todas sus virtudes y todos sus defectos.

***

Sólo estando España tan enferma, ha podido llegar el mal que en Cuba la aqueja á lo que ha llegado. La rebelión cubana es como dolencia de anémico que, siendo pequeña, le aprieta y acongoja cual si fuese mortal.

Pero el enfermo es, á Dios gracias, resistente como pocos y ha curado de mayores males, quedando luégo más lozano y fuerte que antes. Espero que también de éste ha de curar.

Si el enemigo fuese de otra consideración, no creo que pudiésemos excusar el pagar ahora todos nuestros grandes pecados; pero siendo lo que es, un poco de buena voluntad en los de arriba bastará para vencerle. No por eso se habrá evitado el desastre, pues ya ha llegado. Haber tenido que mandar á la gran Antilla 165.000 hombres (con los que ahora van á embarcar), con el inmenso material de guerra y el gasto de millones necesarios, es lo más desastroso que en ningún tiempo se ha visto. Pero si tras este inmenso esfuerzo viene la victoria, podremos darle por bien empleado, que eso y más valen la honra de las armas y la integridad de la Patria. Excelentes soldados y oficiales tenemos; jefes buenos no faltan. Aparten el pensamiento de las ruindades de la política los de arriba; levántense sobre sus codicias y miserias, y no estará en duda siquiera tres meses el resultado de la campaña. Venceremos á lo Pirro, pero venceremos, que es lo principal.

Pero, ¡por Dios vivo!, no se obstinen en emplear en la guerra de Cuba los mismos procedimientos que para ganar una elección.

Nada de habilidades. La habilidad es el talento de

los tontos. Por eso llegan en España tantos supuestos grandes hombres al colmo de la habilidad, que es engañarse á sí mismos. No nos engañemos mandando á Cuba un general hábil, que crea eficaz un poco de gitanería en cosa tan grave como es la guerra, porque entonces sí que no habrá remedio.

Basta con lo dicho para que me entiendan algunos.

Un general en Cuba, y un gobierno en Madrid que le apoye contra los que desde fuera de la isla ayudan á los rebeldes: eso es lo que hace falta para vencer. Constituída la guerra allí y la política internacional aquí, el problema empezará á resolverse.

El cómo se podrá lograr esto, no lo sé. Tengo confianza en la fibra del cuerpo nacional, y pienso que tal vez él solo, espontáneamente, por reacción fagocítica, que diría un médico, hará el milagro.

Los que no lo harán seguramente, son esos desdichados imitadores de Riego que andan soliviantando mujeres y sacando de las tabernas partidas de borrachos. El camino de la salvación está del otro lado: con un Riego al revés. Con un Riego que tuviese talento, energía y patriotismo, todo lo que al otro le faltaba, y que, sin más propósito que salvar la honra de España, pusiese un poco de orden en el caos y nos alzase á todos para ir á América á acabar aquella guerra maldita.

ÍNDICE

LA ESPAÑA EDITORIAL

MADRID

CRUZADA, 4, BAJO DERECHA

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

	PESETAS.	
	Rúst.	Tela.
ALAS (Leopoldo). *Clarín.*—**Cuentos morales.** Un tomo en 8.º	4	5
Amor (El) en la mística española. Un tomo en 16.º	1	1,50
BALART (Federico).—**El prosaísmo en el arte.** Un tomo en 8.º	3	4
BALZAC (H. de).—**La Vendetta.** Versión castellana de Timoteo de Lima. Un tomo en 12.º con ilustraciones de Klong	2	2,50
BOISGOBEY (F. du).—**Decapitada.** Versión castellana de Olegario Slipemback. Un tomo en 8.º	3	3,50
BONA (Félix de).—**La huelga.** Edición adornada con el retrato del autor y precedida de un prólogo de D. Gabriel Rodríguez. Un tomo en 8.º	3	3,50
BULWER LYTTON (E.)—**La raza futura.** Versión castellana, hecha directamente del inglés, de M. F. Un tomo en 8.º	3	3,50
CHERBULIEZ (Víctor).—**La novela de una mujer honrada.** Versión castellana de Ricardo Revenga. Un tomo en 8.º (Segunda edición)	3,50	4
DAUDET (Alfonso).—**Port-Tarascón.** *Últimas aventuras del ilustre Tartarín.* Versión castellana de Juan García Al-deguer. Un tomo en 8.º	3,50	4
DELCOURT (P.)—**El crimen de Pantin.** Versión castellana de Olegario Slipemback. Un tomo en 8.º	2	2,50

	PESETAS.	
	Rúst.	**Tela.**
DELPIT (Alberto).—**El divorcio de Edmundo.** (Passionément.) Versión castellana de Federico Urrecha. Un tomo en 8.º..................	3,50	4
DOMÍNGUEZ ALFONSO (A.) Y RODRÍGUEZ (A. Gabriel), Jueces municipales de Madrid.—**Instrucción y formularios para la celebración de los matrimonios canónico y civil,** con arreglo al Código civil, ley de Registro, etc., etc., y un apéndice sobre la facultad de los padres para corregir y castigar, el Consejo de familia y otras materias sometidas á los jueces municipales..	3	3,50
ESTEPA (El bachiller Francisco de).—**Los jesuitas y el P. Mir.** *Cartas á un académico de la Española.* Un tomo en 4.º.............	2	»
GARCÍA RAMÓN (L.)—**La nena.** (Los extranjeros en París). Un tomo en 4.º menor.........	5	6
GERARD (Dr. J.)—**Nuevas causas de esterilidad en ambos sexos. Fecundación artificial como último medio de tratamiento.** Versión castellana del Dr. Luis Marco. Un tomo de 464 páginas en 8.º, ilustrado con el retrato del autor y 230 preciosos grabados, por José Roy........................	5	5,50
GONCOURT (Ed.)—**Los hermanos Zemganno.** Versión castellana y estudio preliminar, de Emilia Pardo Bazán. Un tom en 8.º, con ilustraciones de Apeles Mestres..........	4	4,50
—**Les fréres Zemganno.** (Edición en francés, ilustrada por Apeles Mestres.) Un tomo en 8.º..................................	3,50	4,50
GREVILLE (Enrique).—**Canto de bodas.** Versión castellana de Pedro Sánchez Marín. Un tomo en 8.º (Segunda edición)..............	2,50	3
—**Cleopatra.** Versión castellana de José de Siles. Un tomo en 8.º......................	2	2,50
JONATHÁN LEVY.—**El arte de hacer fortuna.** (Para uso del aspirante á millonario.) Un tomo en 8.º................................	2	2,50
LÉTANG (Luis).—**El rey de París.** Versión castellana de Pedro Sánchez Marín. Un tomo en 8.º (Segunda edición)...................	3	3,50

	PESETAS.	
	Rúst.	Tela.
LETANY (Luis).—**La señora de Villemor.** Versión castellana de C. F. Un tomo en 8.º...	3	3,50
MALOT (H.)—**Justicia.** Versión castellana de P. de Alcalá Zamora. Un tomo en 8.º........	3	3,50
—**Madre.**—Versión castellana de José de Siles y de Olegario Slipemback. Dos tomos en 8.º..	4	5
—**Mundana.** Versión castellana de Olegario Slipemback. Un tomo en 8.º...............	2	2,50
MATHEU (José M.)—**El Santo patrono.** Un tomo en 8.º...........................	3,50	4
MAUPASSANT (Guy de).—**En el mar.** Versión castellana y ensayo sobre el autor, de Leopoldo García Ramón. Un tomo en 8.º con dibujos de Riou y grabados de Guillaume frères......	3,50	4
—**La vida errante.** Versión castellana de Olegario Slipemback. Un tomo en 8.º........	3,50	4
—**Nita.** (Fort comme la mort). Versión castellana de Federico Urrecha. Un tomo en 8.º...	3,50	4
MILLÁN (Pascual).—**Fuerza mayor.** Un tomo en 8.º................................	3,50	4
—**Los novillos.** Estudio histórico. Un tomo en 8.º................................	4	4,50
—**Menudencias.** Un tomo en 8.º...........	3	3,50
MOLINARI (G. de).—**Conversaciones sobre el comercio de granos y la protección á la agricultura.** Versión castellana de Policarpo Pastor. Un tomo en 8.º..............	1	1,50
NAVARRETE (José).—**Sonrisas y lágrimas.** Artículos escogidos. Un tomo en 8.º (Segunda edición.)................................	3	3,50
OHNET (Jorge).—**Deuda de odio.** Versión castellana de Juan García Al-deguer. Un tomo en 8.º..............................	3,50	4
—**El alma de Pedro.** Versión castellana. Un tomo en 8.º............................	4	4,50
ORTEGA MUNILLA (J.)—**La viva y la muerta.** Un tomo en 8.º..........................	3	4
OSSORIO Y GALLARDO (Carlos y Angel).—**Manual del perfecto periodista.** Un tomo en 8.º................................	3	3,50
—(Carlos).—**La vida moderna** (manchas de color). Prólogo del duque de Rivas. Ilustracio-		

	PESETAS.	
	Rúst.	Tela.
nes de Alsina, Alvarez Dumont, Amérigo, Araujo, Banet. Baroja. Carcedo, Florit, García Ruiz, Gomar, Hidalgo, Iborra, Laporta, Luna y Novicio, Moya, Oliva, Pedrero, Plasencia, Pons, Vera, Villapadierna y Villar. Fotograbados y cromotipia de Laporta. Un tomo en 8.º.......	3	4
PARDO BAZÁN (Emilia).—**Al pie de la torre Eiffel**. Un tomo en 8.º de 300 páginas.......	1,50	2
—**Por Francia y por Alemania**. (Segunda parte de *Al pie de la torre Eiffel.*) Un tomo en 8.º de 262 páginas......................	1,50	2
—**Una cristiana**. Un tomo en 8.º............	3	3,50
—**La prueba**. (Segunda parte de *Una cristiana.*) Un tomo en 8.º...................	3	3,50
—**Nuevo teatro crítico**. (Año 1891.) Números sueltos. (Precio de publicación 1'50.).....	1	»
Colección completa de dicho año (doce números)............................	10	»
PICÓN (J. O.) **Dulce y sabrosa**. Un tomo en 8.º................................	4	4,50
—**El enemigo**. Un tomo en 8.º.............	4	4,50
—**Juan Vulgar**. Un tomo en 8.º............	3	3,50
—**La hijastra del amor**. Un tomo en 8.º.....	4	4,50
—**Novelitas**. Un tomo en 8.º mayor.	3,50	4
RICHEBOURG (Emilio de)—**El millón del tío Raclot**. (Novela premiada por la Academia francesa con el premio Monthyón, destinado á la obra que más tienda á moralizar las costumbres.) Versión castellana de Olegario Slipemback. Un tomo en 8.º, ilustrado con 150 fotograbados de Riou........................	4	4,50
SALES (P. de).—**Una víbora**. Versión castellana de E. G. A. Un tomo en 8.º (Segunda edición).	3	3,50
—¡**Huérfanas**! Versión castellana de Olegario Slipemback. Un tomo en 8.º................	3,50	4
—**Un drama financiero**. Versión castellana de Carlos Docteur. Un tomo en 8.º..........	2	2,50
—**Roberto de Campignac**. Versión castellana de Olegario Slipemback. Un tomo en 8.º..................................	2	2,50
—**El diamante negro**. Versión castellana de A. y R. Revenga. Un tomo en 8.º.........	2	2,50

	PESETAS.	
	Rúst.	Tela.
SALES (P. de).—**Clara de Cressenville**. Versión castellana de A. y R. Revenga. Un t., 8.º.	2	2,50
—**El sargento Renaud**. Versión castellana de Ceferino Terán Puyol. Un tomo en 8.º....	3	3,50
—**La americana**. Versión castellana de Ceferino Terán Puyol. Un tomo en 8.º...........	3	3,50
SCHLEGEL (A. G.) **Teoría é historia de las Bellas Artes**. Un tomo en 8.º............	2	2,50
THEURIET (Andrés).—**El galán de la gobernadora**. Versión castellana de José de Siles. Un tomo en 8.º.........................	3	3,50
URRECHA (Federico).—**La estatua**. Cuentos del lunes. Un tomo en 8.º, con ilustraciones de Blanco Coris............................	3,50	4
VALBUENA (Antoni de).—*Miguel de Escalada*.—**Agridulces** (1.ª y 2.ª toma). Dos tomos en 8.º	6	7
— *Venancio González*.—**Capullos de novela**. Un tomo en 8.º.........................	3	3,50
—*Miguel de Escalada*.—**Fe de erratas del Diccionario de la Academia**. Tres tomos en 8.º (Tercera edición)................	9	10,50
— *Venancio Gonzalez*—**Ripios académicos**. Un tomo en 8.º.........................	3	3,50
Idem íd.—**Ripios aristocráticos**. Un tomo en 8.º (Quinta edición.)...................	3	3,50
Idem íd.—**Ripios vulgares**. Un tomo en 8.º (Segunda edición.)........................	3	3,50
—Y E. HERNÁNDEZ.—**Cuentos de barbería aplicados á la política**. Un tomo con ilustraciones de Quílez. (Segunda edición.).......	2	2,50
IÑIGUEZ (Eusebio).—**Ofensas y desafíos**. Recopilación de las leyes que rigen en el *duelo*, y causas originales de éste. Un tomo en 4.º.....	5	6
ZAHONERO (José).—**Barrabás**. Un tomo en 8.º	4	4,50
ZOLA (Emilio).—**El dinero**. Versión castellana de Juan García Al-deguer. Dos tomos en 8.º..	5	6
—**La bestia humana**. Versión castellana de Carlos Docteur. Dos tomos en 8.º...........	6	7
—**La última voluntad**. (Le vœu d'une morte.) Versión castellana de Carlos Docteur. Un tomo en 8.º................................	3,50	4